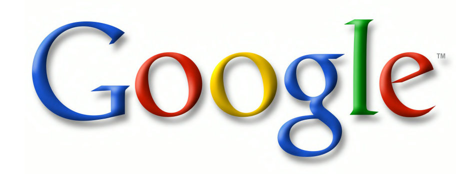
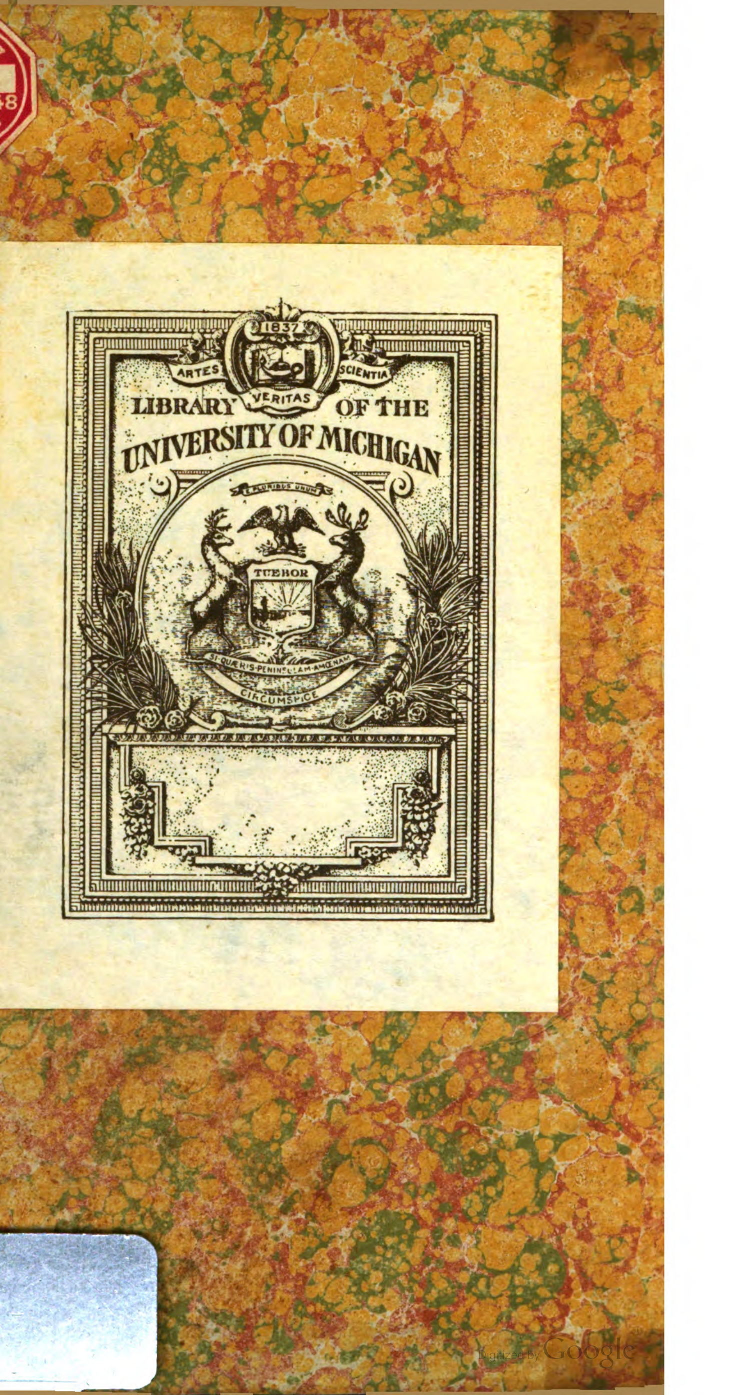





1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE





BIBLIOTECA

CASTELLANA

PUBLICADA

POR

A. KELLER y C. POSSART.

TOMO I.



STUTTGART,

POR IMLE Y LIESCHING.

1839.

Se vende tambien en las librerías de

Brockhaus y Avenarius en Paris, J. G. Heyse en Bremen.
C. Gerold en Vienna, Pirotta y Comp. en Milan.

EL

CONDE LUCANOR

COMPUESTO

POR

DON JUAN MANUEL infante of Castile

PUBLICADO

POR

A. KELLER.



STUTTGART,

POR IMLE Y LIESCHING.

1839.

Se vende tambien en las librerías de

Brockhaus y Avenarius en Paris, J. G. Heyse en Bremen.
C. Gerold en Vienna. Pirotta y Comp. en Milan.

Suarez

Spanish
12-14-22
gen.

PRÓLOGO.

Entre muchas cosas estrañas, que nuestro señor Dios fizo, tovo por bien de facer una muy maravillosa. Esta es, que de cuantos omes en el mundo son, non ha uno que del todo semeje á otro en la cara. Ca comoquier que todos los omes han esas mesmas cosas en la cara los unos que los otros, pero las cosas en sí mesmas non semejan las unas á las otras. Y pues que en las caras, que son tan pequeñas cosas, ha en ellas tan gran departimiento, menor maravilla es, que aya departimiento en las voluntades y en las enteneiones de los omes, é asi fallarédes, que nengun ome non se semeja del todo en la voluntad nin en la entencion con otro. É dirvoshe algunos ejemplos, porque la entendais mejor. Los omes, que quieren y desean servir á Dios, todos quieren una cosa, pero non le sirven todos en una manera, ca unos le sirven en una manera y otros en otra. É otrosi los, que sirven á los señores, todos les sirven, mas non les sirven todos en una manera. É los, que labran y crian

y trabajan y cazan y facen todas las otras cosas, todas las facen, mas non las entienden, nin las facen todas en una manera. Otrosi, por este ejemplo y por otros, que serian luengos de contar y de decir, podedes entender, que comoquier que los omes todos sean omes y todos ayan voluntades y entendimientos, que tan poco, como semejan en las caras, tan poco semejan en las voluntades y en las entenciones: pero que todos se semejan en tanto, que todos usan y quieren y aprenden mejor aquellas cosas de que se mas pagan, que las otras. Y porque cada home aprende mejor aquello de que se mas paga, porende él, que alguna cosa quiere mostrar, dévelo mostrar en la manera que entendiere que será mas pagado él que lo ha de aprender. Y porque á muchos hombres las cosas sotiles non les cabe en los entendimientos, porque non las entienden bien, non toman placer en leer aquellos libros, ni aprender lo que es escrito en ellos. Y porque non toman placer en ello, non lo pueden aprender ni saber asi como á ellos cumplia. Porende yo don Juan, fijo del infante don Manuel, adelantado mayor de la frontera y del reino de Murcia, fiz este libro, compuesto de las mas fermosas palabras que yo pude. Y entre las palabras entremetí algunos ejemplos, de que se podrian aprovechar los que lo oyeren. Y esto fiz segun la manera que facen los físicos, que cuando quieren facer alguna melecina, que aprovecha al figado, por razon, que naturalmente el figado se paga de las cosas dulces, mezclan con aquellas melecinas, que

quieren melecinar el figado, azúcar ó miel ó alguna cosa dulce. Y porque por el pagamiento, que el figado ha de la cosa dulce, entirándola para sí lleva con ella la melecina que ha de aprovechar, y eso mismo facen á cualquier miembro, que aya menester alguna melecina, que siempre le dan con alguna cosa, que naturalmente aquel miembro la aya de tirar para sí: y á estasemejanza, con la merced de Dios, será fecho este libro, y los que lo leyeren, si por su voluntad tomaren placer de las cosas aprovechosas, que ende fallaren, será bien: y aun los, que tan bien no entendieren, no podran escusar, que en leyendo el libro, por las palabras falagüeras, que ende fallaren, que no ayan á leer las cosas aprovechosas que son hi mezcladas, y aunque ellos no lo deseen, aprovecharsehan dellas, asi como el figado y los otros miembros dichos se aprovechan de las melecinas que son mezcladas con las cosas de que se ellos pagan: y Dios, que es complido y complidor de todos los bienes fechos por la su merced é por la su piedad, quiera que los que este libro leyeren, que se aprovechen dél á servicio suyo y para salvamiento de sus ánimas y aprovechamiento de cuerpos, asi como él sabe que yo don Juan lo digo á esa entencion: y lo que ende fallaren que no es tan bien dicho, non pongan la culpa á la mia entencion, mas pónganla á la mengua del mi entendimiento. É si alguna cosa fallaren bien dicha y aprovechosa, agradézcanlo á Dios, ca él es por quien todos los buenos dichos se facen y se dicen.

Y de aqui adelante comenzará la materia del libro en manera de diálogo entre un gran señor, que fabla con un su consejero, y decian al señor conde Lucanor y al consejero Patronio.

CAPÍTULO I.

De lo que conteció á un Moro rey de Cordova.

Fablava un dia el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta manera: Patronio, vos sabedes, que yo soy muy cazador, y he fecho muchas cazas nuevas, que nunca fizo otro ome, y aun he fecho y añadido en los capillos y en las pigüelas algunas cosas muy aprovechosas, que nunca fueron fechas, y aora los que quieren decir mal de mí fablan en escarnio en alguna manera, y cuando loan al Cid Ruy Diaz ó al conde Ferrand Gonzalez, de cuantas lides que ficieron, ó al santo y bien aventurado rey don Ferrando, cuantas buenas conquistas fizo, loan á mí, diciendo que fiz muy buen fecho, porque añadí aquello en los capillos y en las pigüelas. Y porque yo entiendo, que este alabamiento mas se me torna en denuesto, que en alabamiento, ruégovos que me aconsejedes en que manera faré, porque no me escarnezcan por la buena obra que fiz. Señor conde, dijo Patronio, para que vos sepades lo que vos cumple de facer en esto, pláceme

ya que sopiesedes lo que conteció á un Moro, que fué rey de Cordova. El conde le preguntó como fuera aquello. Patronio le dijo asi:

Huvo en Cordova un rey moro, que huvo nombre Alhaquime, y comoquier que mantenia bien asaz su reino, no se trabajó de facer otra cosa honrada nin de gran fama, de las que suelen y deven facer los reyes. Ca non tan solamente son los reyes tenudos de guardar sus reinos, mas los que buenos quieren ser, conviene que tales obras fagan, porque con derecho acrecienten sus reinos, y fagan en guisa, que en su vida sean muy mas loados de las gentes, y despues de su muerte finquen buenas fazañas de las obras que ellos ovieren fecho. É este rey non se trabajava de esto, si non de comer y de folgar y de estar en su casa vicioso: y acaeció, que estando un dia que tañian ante él un estormento, de que se pagavan mucho los Moros, que ha nombre albogon, é el rey paró mientes, y entendió que non facia tan buen son como era menester, y tomó el albogon y añadió en él un forado á la parte de yuso, en derecho de los otros forados, y dende en adelante facia el albogon muy mejor son que fasta entonces facia. É comoquiera que aquello era bien fecho para en aquella cosa, pero que non era tan gran fecho como convenia de facer al rey. É las gentes en manera de escarnio comenzaron á loar aquel fecho, y decian cuando llamavan á alguno en Arabigo *Vahedezut Alhaquime*, que quiere decir: Este es el añadimiento del rey Alhaquime. Esta palabra fué

sonada tanto por la tierra, fasta que lo ovo de oir el rey, y preguntó, porque decian las gentes aquesta palabra. É comoquier que ge lo quisieran negar y encubrir, tanto los afincó, que ge lo ouieron á decir. É desque esto oyó, tomó ende gran pesar, pero como era muy buen rey, non quiso facer mal á los que decian aquesta palabra, mas puso en su corazon de facer otro añadimiento, de que por fuerza oviesen las gentes á loar el su fecho. É entonce, porque la su mezquita de Cordova non era acabada, añadió en ella aquel rey toda la labor, que hi menguava, y acabóla. Y esta fué la mejor y mas complida y mas noble mezquita que los Moros avian en España. É loado Dios es aora Iglesia, y llámanla Santa Maria de Cordova, y ofrecióla el santo rey don Fernando á Santa Maria cuando ganó á Cordova de los Moros. É desque aquel rey ovo acabado la mezquita, y fecho aquel tan buen añadimiento, dijo, que pues fasta entonces lo avian á escarnio, retrayéndole del añadimiento que ficiera en el albogon, que tenia que de alli adelante le avrian á loar con razon del añadimiento que ficera en la mezquita de Cordova, y fué despues muy loado: y el loamiento que fasta entonces le facian escarneciéndole, fincó despues por loa, y oy dia dicen los Moros, cuando quieren loar algun buen hecho: Este es el añadimiento del rey Alhaquime.

É vos, señor conde, si tomades pesar, ó cuidades que vos loan por escarnecer del añadimiento que fecistes en los capillos y en las pigüelas y

en las otras cosas de caza que vos fecistes, guisad de facer algunos fechos granados é nobles que les pertenece de facer á los grandes omes. É por fuerza las gentes avran de loar los vuestros buenos fechos, así como loan aora por escarnio en el añadimiento que fecistes de la caza. É el conde tovo este por buen consejo, y fizolo asi, é fallóse dello muy bien. É porque don Juan entendió que este era buen ejemplo, fízolo escrivir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Si algun bien ficieres, que chico asaz fuere,
Fazlo granado, que el bien nunca muere.

CAPÍTULO II.

De don Lorenso Suarez Gallinato y don Garciperez de Vargas y otro cavallero.

Acaeció una vez, que estando el conde Lucanor fablando con Patronio su consejero en poridad le dijo en esta guisa: Á mí acaeció, que ove un rey muy poderoso por enemigo, y desque mucho duró la rencilla entre nos, fablamos entramos por nuestra pro de nos avenir. É comoquier que aora estamos avenidos é non ayamos guerra, siempre estamos sospechosos el uno del otro é asaz cuidosos é demas ende algunos de los sus cavalleros,

y otros de la mi mesnada métenme muchos omecillos y miedos, y dícenme que quieren buscar achaque para ser contra mí; é magüer yo he cuidado en mi facienda, por el buen seso que avedes, ruégovos que me consejedes lo que devo facer en esta razon.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, este es muy grave consejo de dar, y por muchas razones. Lo primero, que todo ome, que vos querria meter en contienda, ha menester gran aparejamiento para lo facer, ca dando á entender que quiere vuestro servicio é que vos desengaña é que vos apercibe é que se duele de vuestro daño, vos dirá siempre cosas para vos meter en sospecha, y por la sospecha vendredes á facer tales percebimientos, que sean comienzo de contienda, é ome del mundo non podra decir contra ellos. Ca él, que dijere que non guardedes vuestro cuerpo, davos á entender, que non quiere vuestra vida: é él, que dijere que lo guardedes é labredes é fortalezcades vuestras fortalezas, da á entender que non quiere guardar vuestra heredad: é él, que dijere que non ayades muchos amigos é vasallos, é les dedes mucho por los aver é los guardar, da á entender, que non quiere vuestra honra nin vuestro defendimiento. É todas estas cosas non se faciendo, seriades en peligro grande é puédese facer en guisa, que seria muy gran comienzo de roido: pero pues queredes que vos conseje lo que en esto entiendo, dígovos que querria que supiesedes lo que conteció á un muy buen cavallero.

El santo y bienaventurado rey don Fernando tenia cercada á Sevilla, é entre muchos buenos, que ende eran con él, avia tres cavalleros, que tenian por los mejores cavalleros de armas que entonces avia en el mundo, é decian al uno don Lorenzo Suarez Gallinato, é al otro don Garciperez de Vargas, y al otro non me acuerdo como avia nombre: é estos tres cavalleros ovieron un dia porfía entre si, cual era mejor cavallero de armas: é porque non se pudieron avenir en otra manera, acordaron todos tres, que se armasen muy bien, é que llegasen hasta la puerta de Sevilla en guisa que diesen con las lanzas en la puerta. Otro dia de mañana fuéronse á armar todos tres é enderezaron á la ciudad, é los Moros, que estavan por el muro é por las torres, desque vieron que no eran mas que tres cavalleros, cuidaron que venian por mandaderos, y non salió ninguno á ellos, é los tres cavalleros pasaron la cava y la barbacana y llegaron á la puerta de la ciudad é dieron con los cuentos de las lanzas en ella, é desque esto ovieron fecho, bolvieron las riendas de los cavallos é tornáronse para la hueste: é desque los Moros vieron que les non decian alguna cosa, toviéronse por escarnidos, y comenzaron á ir en pos dellos. É cuando ellos ovieron la puerta de la ciudad abierta, los tres cavalleros que se tornaron su paso, eran ya cuanto alongados, y salieron en pos ellos mas de mil y quinientos hombres de á cavallo, y mas de veinte mil á pie. É desque los tres cavalleros vieron bien que venian cerca dellos, bolvieron las rien-

das á los cavallos contra ellos, y esperáronlos. É cuando los Moros fueron cerca dellos, aquel cavallero, de que olvidé el nombre, fué los ferir. É don Lorenzo Suarez y Garciperez estuvieron quedos. É desque los Moros fueron mas cerca, don Garciperez de Vargas fué les ferir, y don Lorenzo Suarez estovo quedo, y nunca fué á ellos hasta que los Moros lo fueron ferir, y desque lo comenzaron á ferir, metióse entre ellos, y comenzó á facer cosas maravillosas de armas. É cuando los del real vieron aquellos cavalleros entre los Moros, fuéronlos á acorrer. É comoquier que ellos estavan en muy gran priesa, y ellos fueran feridos: pero fué la merced de Dios, que non murió ninguno dellos, é la pelea fué tan grande entre los Moros y los Cristianos, que ovo de llegar el rey don Fernando, é ese dia fueron los Cristianos bien andantes. É desque el rey se fué para su tienda, mandólos prender, diciendo que merecian muerte, porque se aventuraron á facer tan gran locura, lo uno por meter la hueste en tan gran rebato sin mandado del rey, é lo al en facer perder tan buenos cavalleros: y desque los grandes de la hueste pidieron merced al rey por ellos, mandólos soltar: y desque el rey supo, que por la contienda que entre ellos oviera fueron á facer aquel fecho, mandó llamar á cuantos buenos eran con él, para judgar cual dellos lo ficiera mejor. Y desque fueron ayuntados, ovo entre ellos gran contienda, ca los unos decian, que fuera mayor esfuerzo dél que primero los fuera ferir, y los otros decian que el segundo, y los otros decian que

el tercero. Cada uno decia tantas buenas razones para lo alabar, pero á la fin del pleito el acuerdo fué este, que si los Moros que venian á ellos fueran tantos, que se pudieran vencer por esfuerzo ó por bondad que en aquellos tres cavalleros oviese, que el primero que los fuera ferir era el mejor cavallero, pues comenzava cosa que se pudiera acabar. Mas pues los Moros eran tantos, que por ninguna guisa non los pudieran vencer, que él que iba á ellos que lo non facia por vencerlos, mas la vergüenza le facia que non fuyese, y pues non avia de fuir, y la queja del corazon, porque non podria sofrir el miedo, le fizo que los fuese á ferir. El segundo, que los fué á ferir y esperó mas que el primero, tuvieron por mejor, porque pudo sufrir mas el miedo. Mas don Lorenzo Suarez Gallinato, que sufrió todo el miedo y esperó fasta que los Moros le firieron, aquel juzgaron que era el mejor cavallero.

É vos, señor conde Lucanor, pues vedes que todos estos son miedos é espantos é contienda, que aunque la comencedes, non la podedes acabar: cuanto mas sofrieredes estos miedos é estos espantos, tanto mas seredes esforzado, é de mas saredes mejor seso: ca pues vos tenedes buen recaudo en lo vuestro, é non vos pueden facer cosa rebatadamente de que gran daño vos venga, conséjovos yo, que non vos queje la fuerza del corazon, y pues gran golpe non podedes recebir, esperad ante que vos fieran, é por ventura veredes que estos miedos é espantos, que vos ponen, non son con verdad,

é si non lo que estos dicen, que lo facen porque cumple á ellos, ca non han bien sino en el mal: é bien creed, que estos tales tambien de vuestra parte como de la otra, que non querrian guerra, nin gran paz, ca non son para se parar á la guerra, nin querran paz cumplida. Mas lo que ellos querran, será un alborozo con que pudiesen ellos tomar é facer mal en la tierra y tener á vos é á la otra parte en premia para levar de vos lo que avedes é non avedes, é non aver recelo que los castigaredes por cosa que fagan: é porende aunque alguna cosa fagan contra vos, pues non vos puede mucho empecer, que se mueva del otro la culpa, vernavos ende mucho bien, lo uno, que avredes á Dios, que es un ayuda que cumple mucho para tales cosas, é lo al, que todas las gentes ternan, que facedes derecho en lo que facedes. Y por aventura, que non vos moviendo á facer lo que non devedes, non se moverá el otro contra vos, y avredes paz, y faredes servicio á Dios é pro de los buenos. É porque don Juan tovo este por buen ejemplo, fizo estos versos, que dicen así:

Nunca vos fagan por queja ferir,
Ca siempre venciera quien sopo sofrir.

CAPÍTULO III.

De lo que aconteció á don Rodrigo el Franco y sus cavalleros.

El conde Lucanor fablava otra vez con Patronio su consejero, y díjole: Patronio, á mí acaeció de aver muy grandes guerras, en tal guisa, que estava la mi facienda en muy grande perdimiento, y cuando yo estava en el mayor menester, algunos que yo crié, á quien ficiera mucho bien, dejávanme, y aun enseñáronse á me facer mucho deservicio, y tales cosas ficieron contra mí aquellos, que bien vos digo, que me ficieran aver muy peor esperanza de las gentes, de cuanto avia ante que ellos errasen contra mí. Ruégovos que me consejedes lo que devo facer en esto. Señor conde, dijo Patronio, si los que asi erraron contra vos, fueran tales como fueron don Pero Nuñez de Fuente Almejir, y don Ruy Gonzalez de Zavallos, y don Gutierre Rodriguez de Langueruella, ó sopieran que les conteció, non ficieran lo que ficieron. El conde le preguntó como fuera aquello? Señor, dijo Patronio, aquesto acaeció asi:

El conde don Rodrigo el Franco fué casado con una dueña, hija de don García de Azagra, y fué muy buena dueña, y el conde su marido asacóle falso testimonio, é quejándose desto fizo su oracion á Dios, que si ella era culpada, que mostrase su

milagro en ella, y si el conde le asacara falso testimonio, que lo mostrase en él. É luego que la oracion fué acabada, por el milagro de Dios engafeció el conde, y ella partióse dél, é luego que fueron partidos, embió el rey de Navarra sus mandaderos á la dueña, é casó con ella, y fué reína de Navarra, y el conde siendo gafo, é viendo que no podia guarecer, fuése para la tierra santa en Romeria, para ir morir allá: é comoquier que era muy hondrado é avia muchos buenos vasallos, no fueron con él sinon estos tres cavalleros dichos, é moraron allá tanto tiempo, que les non cumplia lo que llevaron de su tierra, é ovieron de venir á tan gran pobreza, que non avian que dar al conde su señor á comer: y por la gran mengua alquilávanse cada dia en la plaza los dos, y el uno fincava con el conde, y de lo que ganavan governavan á su señor: é asimismo cada noche bañavan al conde, é limpiávanle las llagas de la gafedad. Y acaeció, que en bañándole una noche los brazos é las piernas, que por aventura ovieron menester escopir, y escopian. Y cuando el conde vió que todos escopieron, cuidando que lo facian por asco que dél tomavan, comenzó á llorar, y quejarse de gran pesar y quebranto del asco que dél ovieron. Y porque el conde entendiese que non ovieran asco de la su dolencia, tomaron con las manos de aquel agua, que estava llena de podre, y de las postillas, que le salian de las llagas que el conde avia, y bevian della muy gran pieza. É pasando con el conde tal vida, fincaron con él fasta que el

conde murió. Y porque ellos tovieron que les seria mengua tornar á Castilla sin su señor vivo ó muerto, non quisieron tornar sin él. É comoquier que les decian que lo cociesen, y llevasen los huesos, dijeron ellos, que tampoco consentirian que ninguno pusiese la mano en su señor siendo finado, como siendo vivo, é no consintieron que lé cociesen, mas enterráronla, y lo esperaron fasta que fué toda la carne deshecha, y metieron los huesos en una arquita, e traíanlos acuestas, é asi viniendo pidiendo las raciones, trajeron su señor acuestas, pero traian testimonio de lo que le avia contecido, é viniendo tan pobres, pero que bien andantes, llegaron á tierra de Tolosa, y entraron por una villa, y toparon con gran gente que llevavan á quemar una due a hondrada, porque la acusava un hermano de su marido, é decia, que si algun cavallero non salvase á la dueña, que cumplirian en ella aquella justicia, é non fallavan cavallero, que la salvase. É desque don Pero Nuñez leal é de buena ventura entendió, que por mengua de cavallero facian aquella justicia de aquella dueña, dijo á sus parientes, que si él sopiese, que la dueña era sin culpa, que él la salvaria, é fuése luego para la dueña, e preguntóle la verdad del fecho. Ella le dijo, que ciertamente que la acusavan, mas que ella nunca ficiera aquel yerro de aquello que le acusavan, mas que fuera su talante de lo facer. Como don Pero Nuñez entendió, que ella de su talante quisiera facer lo que non devia, que non podia ser, que algun mal no le conteciese al que la quisiese

salvar: pero pues él lo avia comenzado é sabia, que non ficiera todo el yerro de lo que la acusavan, dijo que él la salvaria. É comoquier que los acusadores lo cuidaron de desechar, diciendo que non era cavallero, é desque mostró el testimonio no lo pudieron desechar, é los parientes de la dueña diéronle cavallo é armas, é antes que entrase en el campo dijo á sus parientes, que con la merced de Dios, que él fincaria con honra, y que salvaria la dueña, mas que non podia ser, que á él non le aviniese alguna ocasion por lo que la dueña quisiera facer. É desque entraron en el campo, ayudó Dios á don Pero Nuñez, é venció la lid, y salvó la dueña, pero perdió don Pero Nuñez el ojo, é asi se cumplió todo lo que don Pero Nuñez dijera antes que entrase en el campo, é la dueña é sus parientes dieron tanto de aver á don Pero Nuñez, con que pudieron traer los huesos del conde su señor. Ya cuanto mas sin laceria, que ante é cuando las nuevas llegaron al rey de Castilla de como aquellos bien andantes cavalleros venian, é traian los huesos del conde su señor, é como venian tan bien andantes plógole mucho ende, porque eran de su reino omes que tal cosa ficieron, é imbióles mandar, que viniesen de pie asi mal vestidos como venian, é el dia que ovieron de entrar en el su reino de Castilla, saliólos á recebir el rey de pie, bien cinco leguas ante que llegasen al su reino, e fízoles tanto bien, que oy dia son heredados los que vienen de su linage de lo quel rey les dió. É el rey, é cuantos todos venian con

2

él, por facer honra al conde señaladamente, é por la facer á los cavalleros, fueron con los huesos del conde hasta Osma, do los enterraron, y desque fué enterrado, fuéronse los cavalleros para sus casas, y el dia que don Ruy Gonzalez llegó á su casa, cuando se asentó á la mesa con su muger, desque la buena dueña vió la vianda ante si, alzó las manos á Dios, é dijo: Señor, bendito seas tú, que me déjaste ver este dia, ca tú sabes, que despues que Ruy Gonzalez se partió desta tierra, que esta es la primera carne que yo comí, y el primero vino que yo beví. Á don Ruy Gonzalez pesóle desto, é preguntóle, que porque lo ficiera? Ella dijo, que bien sabia él, que cuando se fuera con el conde, que le dijera, que nunca tornaria sin el conde, y que ella viviese como buena dueña, que nunca le menguaria pan y agua en su casa, y pues él esto le dijera, que non era razon que le saliese de mandado, y que por esto non comiera, nin beviera sino pan y agua. É otrosi, desque don Pero Nuñez llegó á su casa, desque fincaron él y sus parientes é su muger, sin otra compañia, la buena dueña é sus parientes con el gran placer que avian comenzaron á reir, é cuidó don Pero Nuñez que hacian escarnio dél, porque perdiera el ojo, é cubrió el manto por la cabeza, é echóle muy triste en la cama. É cuando la buena dueña lo vió ansi triste, ovo ende muy gran pesar, é tanto le afincó, fasta que lo ovo de decir que se sentia mucho, porque facian escarnio por el ojo, que perdiera: é cuando la buena dueña esto oyó, dióse

con un aguja en el su ojo é quebróle, é dijo á don Pero Nuñez, que aquello ficiera ella, porque si alguna vez riyesen, nunca cuidase él que reian dél por le facer escarnio; é asi fizo Dios bien en aquellos cavalleros buenos por el bien que ficieron. É tengo, que si los, que tambien acertaron en el vuestro servicio, fueran tales, como estos, ó supieran cuanto bien les vino por esto que ficieron, que non lo erraran como lo erraron: pero vos, señor conde Lucanor, por vos facer algun yerro algunos que lo non devian facer, nunca por eso dejeis de facer bien á los que mas yerran á sí mismo que á vos, y parad mientes, que si algunos vos yerraron, que muchos otros vos sirvieron, é mas vos cumplió el servicio que aquellos vos ficieron, que vos empece, ni vos tovo mengua los que erraron: y non creades que de todos los que facedes bien, que de todos tomades servicio: mas un tal acaecimiento vos podria acaecer, que uno vos hará tal servicio, que ternedes por bien empleado cuanto bien fagades á los otros. É el conde tovo este por buen consejo, y por verdadero, y entendiendo don Juan, que este ejemplo era muy bueno, fízolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Magüer que algunos te ayan errado,
Por eso no dejes facer aguisado.

CAPÍTULO IV.

Del consejo que dió Patronio al conde Lucanor, cuando queria catar manera como salvase su ánima, guardando su honra é su estado, y el ejemplo fué del salto que dió el rey Richarte de Inglaterra.

Un dia se apartó el conde Lucanor con Patronio su consejero é díjole asi: Patronio, yo fio mucho en el vuestro entendimiento, é sé que á lo que non entendieredes, y á lo que non pudieredes dar consejo, que non ha otro ningun ome que lo pudiese acertar, porende vos ruego, que me consejedes lo mejor que vos entendieredes en lo que aora vos diré. Vos sabedes muy bien, que yo no soy ya mancebo, é acaeciòme asi, que desque fuí nacido hasta aora siempre me crié é vesquí en muy grandes guerras, á veces con Cristianos, á veces con Moros, é lo demas siempre ove con reyes mis señores, y mis vecinos, y cuando lo ove con Cristianos, como quiera que siempre me guardé de que non se levantase ninguna guerra á mi culpa, pero non se pudo escusar de tomar muy gran daño muchos que non lo mereciéron, y lo uno por esto, y por otros yerros que fice á nuestro señor Dios: otrosi porque veo, que por ome del mundo non puedo un solo dia ser seguro de la muerte, y so cierto que naturalmente segun la mi edad non puedo vivir muy largamente, y sé que he de ir ante Dios, y es tal

juez de quien no me puedo escusar por palabras de las obras malas que oviere fecho, y sé que si por mi desaventura fuer fallado en cosa, porque Dios con derecho aya de ser contra mí, so cierto, que en ninguna manera non podré escusar de ir á las penas del infierno, en que sin fin avré de fincar, y cosa del mundo no me terná hi pro: y si Dios me ficiere á tanta merced, porque Dios falle en mi tal merecimiento, porque me deva escoger para su compañero de los sus siervos, y ganar el paraiso, sé por cierto, que á este placer, y á esta gloria non se puede comparar ningun otro placer del mundo: y pues este bien y este mal es tan grande, y non se cobra si non por las obras, ruégovos segun el estado que yo tengo, cuidédes y me consegédes la manera mejor que entendierédes, porque pueda facer enmienda á Dios de los yerros que contra él fice, y pueda aver la su gracia. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, mucho me place de todas estas razones que me aveis dicho, señaladamente, porque me dijístes, que en todo esto vos consejase segun el estado, que vos tenédes, ca si de vuestra guisa me lo dijérades, bien cuidara que lo dijérades por me provar, segun la mi prueva que dije que el rey fizo á aquel su privado, que vos conté el otro dia en el ejemplo que vos dije: mas pláceme mucho, porque decídes, que querédes facer enmienda á Dios de los yerros que fecístes, guardando vuestro estado y vuestra honra, ca ciertamenta, señor conde Lucanor, si vos querédes dejar vuestro estado y tomar vida de órden ó de otro

apartamiento, non podriades escusar que non vos acaeciesen dos cosas. La primera, que seriades muy mal juzgado de todas las gentes, ca todos dirian, que lo faciades con mengua de corazon, é vos pagavades de vivir entre los buenos deste siglo. É la otra es, que seria muy gran maravilla si podiesedes sofrir las asperezas de la órden, é si despues la oviesedes á dejar ó vivir en ella non la guardando como deviades, servoshia gran daño para el alma é gran vergüenza é gran denuesto para el cuerpo y para la fama: mas pues este bien queredes facer, placermeia que sopiesedes lo que mostró Dios á un ermitaño muy santo de lo que avia de acontecer á él y al rey Richarte de Inglaterra. El conde le rogó le dijese como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, un ermitaño era de muy buena vida, y facia mucho é sofria muy grandes trabajos por ganar la gloria de Dios, é porende fizole Dios atanta merced é gracia, que le prometió que avria la gloria de paraiso. El ermitaño agradeció mucho esto á Dios, é siendo ya desto contento, pedió á Dios por merced, que le mostrase quien avia de ser su compañero en paraiso: é comoquier que nuestro señor le embiava á decir algunas veces con el ángel, que no le demandase tal cosa: pero tanto le fincó en su corazon, que tuvo por bien nuestro señor en le responder, y embióle á decir por su ángel, que él y el rey Richarte de Inglaterra que serian compañeros en paraiso. Desta razon plugo al ermi-

taño mucho, magüer él conocia muy bien al rey Richarte, y sabia que era ome muy guerrero, y que avia muertos, y robados, y desterrados muchas gentes, y que siempre le viera facer vida muy contraria de la suya, y aunque parecia muy alongado de la carrera de la salvacion, y por esto estava el ermitaño alongado de cuidar, que este seria su compañero. É desque nuestro señor lo vió asi estar, embiól á decir con su ángel, que no maravillase de lo quel dijera, que fuese cierto, que no menos servicio ficiera á Dios, y no menos mereciera el rey Richarte en un salto que él saltara, que el ermitaño en cuantas buenas obras ficiera en su vida, y el ermitaño se maravilló mucho y preguntól, que como podia esto ser? El ángel le dijo, que sopiese, que el rey de Francia y el rey de Navarra y el rey de Inglaterra pasaran en ultra mar, y el dia que llegaron al puerto, yendo todos armados para tomar tierra, vieron en la ribera tanta muchedumbre de Moros, que tomaron duda si podrian tomar la tierra. Entonces el rey de Francia embió decir al rey de Inglaterra, que viniese á aquella nave donde él estava y que entenderian como avian de facer. Y el rey de Inglaterra, que estava en su cavallo, cuando esto oyó decir al mandadero del rey de Francia, dijol que él dijese de su parte, que bien sabia, que él avia fecho á Dios muchos enojos y muchos pesares en este mundo, y siempre le pidiera merced, que le trajese á tiempo que ficiese enmienda por el su cuerpo, y que loado Dios, que veia el dia que

codiciava mucho, ca si alli muriese, pues avia fecho la enmienda, que pidiera ante que de su tierra partiese, y estava en verdadera penitencia, que era cierto quel avria Dios merced al alma, é si los Moros fuesen vencidos, que tomaria Dios mucho servicio, y serian todos de muy buena ventura. É desque esta razon ovo dicho, encomendé el cuerpo y el alma ó Dios, é pidiól merced, quel acorriese, é signóse del signo de la cruz, é mandó á los suyos quel ayadasen, y luego dió de las espuelas al cavallo, é saltó en la mar contra la ribera do estavan los Moros; é comoquier que estavan cerca del puerto, no era la mar tan baja, que el rey y el cavallo no se metiesen so el agua en guisa que no pareció nada. Pero Dios así como señor tan piadoso é de tan gran poder, acordándose de lo que dijo en el evangelio, que no queria la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, acorrió entonces al rey de Inglaterra, é libról de muerte para este mundo, y diól vida perdurable, y escapól de aquel peligro del agua, é enderezó á los Moros, é cuando los Ingleses vieron facer esto á su señor, saltaron todos en la mar en pos dél, é enderezaron todos á los Moros. Y cuando los Navarros é Franceses vieron esto, tovieron que le ferian gran mengua, lo que ellos nunca solian sofrir, y saltaron todos en la mar contra los Moros, é desque los vieron venir contra sí, é vieron que non dudavan la muerte, y que venian contra ellos tan bravamente, no los osaron esperar, é dejáronles el puerto de la mar, y comenzaron á foir

ácia la tierra, y desque los Cristianos llegaron al puerto, mataron muchos de los que pudieron alcanzar é fueron muy bien andantes y ficieron deste camino mucho servicio á Dios, é todo este bien vino por aquel salto que fizo el rey Richarte de Inglaterra. Cuando el ermitaño esto oyó, plúgol mucho é entendió, que le facia Dios mucha merced en querer, que fuese compañero en paraiso de ome, que tal servicio ficiera á Dios en tanto ensalzamiento á la fe catolica.

Y vos, señor conde Lucanor, si queredes servir á Dios y facerle enmienda de los enojos que le avedes fecho, guisad que ántes que vos partades de vuestra tierra, enmendedes lo que avedes fecho á aquellos que entendedes que tenedes fecho algun tuerto, é faced penitencia de vuestros pecados, y non paredes miéntes á la ufanidad del mundo sin pro, é que es toda vanidad, é non creades á muchos que vos dirán, que fagades mucho por la valía, y esta valía dicen ellos por mantener muchas gentes, é non catar si han de que lo puedan complir. É non paran mientes cuantos fincaron en mal de los que non cataron si non por esta razon, que ellos llamaron gran valía, y como son poblados los sus solares. É vos, señor conde Lucanor, pues decis que quereis servir á Dios y facerle enmienda de los enojos que les fecistes, non querades seguir esta carrera, que es de ufania é llena de vanidad: y mas pues Dios vos pobló en tierra que le podedes servir contra los Moros, tambien por mar, como por tierra. Faced vuestro poder porque vos

seades seguro de lo que dejades en vuestra tierra, y esto fincando seguro, é aviendo fecho enmienda á Dios de los yerros que fecistes, porque estedes en verdadera penitencia, porque de los bienes, que fecistes é ficieredes, ayades de todo merecimiento, y faciendo esto podedes dejar todo lo al y estar siempre en servicio de Dios y acabar asi vuestra vida; y faciendo esto, tengo que esta es la mejor manera que vos podedes tomar para salvar el anima, guardando vuestro estado é vuestra honra, y devedes creer que por estar en servicio de Dios non moriredes, ante viviredes mas que por estar en vuestra tierra: y si murieredes en servicio de Dios, viviendo en la manera que vos he dicho, seredes martir é muy bienaventurado, é aunque non murades por armas, la buena voluntad é las buenas obras vos farán martir, é aun los que mal quisieren decir non podrán, que ya todos veen que non dejades nada de lo que devedes facer de cavallería, mas queredes ser cavallero de Dios, y dejades de ser cavallero del diablo, y de la hufania del mundo que es fallecedera. É aora, señor conde Lucanor, vos he dicho mi consejo, segun me lo pedistes, de lo que yo entiendo como podedes mejor salvar el anima, segun el estado, que tenedes, é semejaredes á lo que fizo el rey Richarte de Inglaterra en el salto y buen fecho que fizo. É al conde Lucanor plúgole mucho del consejo que Patronio le dió, y rogó á Dios que le guisase, que lo pueda facer como él lo decia, y como el conde lo tenia en corazon. É viendo don Juan, que este ejemplo era

muy bueno, mandóle poner en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Ganará de tal salto un ome el cielo,
Si á Dios obedeciere acá en el suelo.

CAPÍTULO V.

De lo que conteció al emperador Federico y don Alvarfañez Minaya con sus mugeres.

El conde Lucanor fablava otra vez con Patronio su consejero é díjole: Patronio, dos hermanos que yo he son casados entrambos, y viven cada uno dellos desvariádamente el uno del otro, ca el uno ama tanto aquella dueña con quien es casado, que avez podemos guisar que se aparte del lugar do ella es, y non face cosa del mundo sino lo que ella quiere, y si ante no ge lo pregunta. Y el otro en ninguna guisa non podemos con él, que un dia la quiera ver de sus ojos, ni entrar do ella sea. É porque yo he gran pesar desto, ruégovos que me digades alguna manera porque podamos hi poner consejo. Señor conde, dijo Patronio, segun esto, que vos decides, entrambos vuestros hermanos andan muy errados en sus faciendas, ca el uno ni el otro non devian mostrar tan gran amor ni desamor como ellos muestran á aquellas dueñas con

quien son casados: mas comoquier que ellos yerran, por aventura es por las mugeres, que a en ellas tales mañas. É porende querria, que sopiesedes lo que conteció al emperador Federico y á don Alvarfañez Minaya con sus mugeres. Y el conde le preguntó como fuera aquello? Señor conde, dijo Patronio, porque estos ejemplos son dos, y vos los non podria entrambos decir en uno, contarvoshe primero lo que conteció al emperador Federico, y despues contarvoshe de don Alvarfañez.

Señor conde Lucanor, el emperador Federico casó con una doncella de muy alta guisa y sangre, segun le pertenecia: mas de tanto non le acaeció bien, que non supo ante que casase con ella las maneras que avia. Y despues que fueron casados, comoquier que ella era buena dueña y muy guardada en el su cuerpo, comenzó á ser la mas brava y la mas fuerte y la mas revesada cosa del mundo: asi que si el emperador queria comer, ella decia que queria ayunar, y si el emperador queria dormir, queriase ella levantar, y si el emperador queria bien á alguno, luego ella lo desamava. ¿Qué vos diré? mas todas las cosas del mundo en que el emperador tomava placer, en todas dava ella á entender que tomava pesar, y de todo lo al que el emperador queria, facia ella siempre el contrario. El emperador sufrió esto un tiempo, y vió que por ninguna guisa no la podia sacar desta intencion, por cosa quél ni otros le dijesen, ni por ruegos, ni por falagos, ni por amenazas, ni por buen talante, ni por malo que él mostrase, y vió, que el

pesar é la enojosa vida que avia de sufrir, que le era muy gran daño para la su facienda y para las sus gentes, y non podia poner consejo. Y desque esto vió, fuése para el papa y contóle toda su facienda tambien de la vida que pasava como del gran daño que le venia á él y á toda su tierra por las maneras que avia la emperatriz, y quisiera mucho de grado, si pudiera ser, que los partiese el papa. Mas vió, segun la ley de los Cristianos, no se podian partir, é otrosi, que en ninguna manera no podian vivir en uno por las malas maneras que la emperatriz avia, é sabia el papa que era esto asi. Y desque otro cobro non pudieron fallar, dijo el papa al emperador, que este fecho que lo encomendava él al entendimiento y á la sutileza del emperador, ca él no podia dar penitencia ante que el pecado fuese fecho. Y el emperador partióse del papa y fuése para su casa y trabajó por cuantas maneras pudo, por falagos y por amenazas y por consejos y por desengaños y por cuantas maneras él y cuantos con él venian pudieron asmar, para la sacar de aquella mala intencion. Mas todo esto no tuvo pro, que cuanto mas le decian que se partiese de aquella mala manera, tanto mas facia ella cada dia todo lo revesado. Y desque el emperador vió, que por ninguna guisa esto no se podria enderezar, díjole un dia, que queria ir á la caza de los ciervos, y que levaria una partida de aquella yerva que ponen en las saetas, con que matasen los ciervos, y que dejaria lo al para otra vegada cuando quisiesen ir á caza, y que se guar-

dase, que por cosa del mundo non pusiese de aquella yerva en sarna ni en postilla nin en logar do saliese sangre, ca aquella yerva era tan fuerte, que no avia en el mundo cosa viva que non matase, y tomó él de otro ungüento muy bueno é muy aprovechoso para cualquier llaga, y el emperador untóse con él ante ella en algunos lugares que no estavan sanos, y ella y cuantos ahi estavan, vieron que guarecia luego con ello, y díjole, que si le fuese menester, que de aquel pusiese en cualquier llaga que tuviese, y esto le dijo ante pieza de hombres y de mugeres. Y desque esto ovo dicho, tomó aquella yerva que avia menester para matar los ciervos y fuése á su caza asi como avia dicho que lo queria facer. Y luego que el emperador fué ido, comenzóse ella de ensañar y á embravecer y comenzó á decir: Ved el falso del emperador lo que me fué decir, porque él sabe que la sarna que yo he no es de tal manera como la suya: díjome que me untase con aquel ungüento que se el untó, porque sabe que non podria guarecer con él: mas de aquel otro ungüento con que sabe que guareceria, díjome que no tomase dél en ninguna manera, mas por le facer pesar yo me untaré con él, é cuando él viniere fallarmeha sana, é so cierta que en ninguna cosa no le podré facer mayor pesar, y por esto la faré. Y los cavalleros é las dueñas, que con ella estavan, trataron mucho con ella que lo no ficiese, y comenzáronle pedir merced llorando mucho fieramente, que se guardase de lo facer, ca cierta fuese, que si lo facia luego

seria muerta: y ella por todo esto non lo quiso dejar y tomó la yerva y untóse con ella las llagas, y á poco rato comenzóle á tomar la rabia de la muerte, y ella arrepintiérase, si pudiera, mas ya non era tiempo, en que se pudiera facer, é murió por la manera porfiosa y dañosa y á su daño.

Mas á don Alvarfañez conteciόle lo contrario desto, y porque lo sepades todo, como fué, contarvoshe como conteció. Don Alvarfañez era muy buen hombre y muy hondrado, é pobló á Ysear é morava, y el conde don Pedro Anzurez avia tres fijas, é un dia estando sin sospecha ninguna entró don Alvarfañez por la puerta, é al conde don Pedro Anzurez plugo mucho con él: y desque huvieron comido, preguntóle porque viniera tan sin sospecha, y don Alvarfañez dijo, que vinièra por demandarle una de sus fijas para con que casarse, mas que queria que se las mostrase todas tres y que le dejase fablar con cada una dellas, é despues que escogiese cual quisiese. Y el conde viendo, que le facia Dios mucho bien en ello, dijo que le placia de facer cuanto don Alvarfañez decia: é don Alvarfañez apartóse con la fija mayor é díjole, que si á ella pluguiese, que queria casar con ella: pero ante que fablase mas en el pleito, que le queria contar algo de su facienda, y que sopiese lo primero, que él no era muy mancebo y que por las muchas feridas que huviera en las lides en que se acertara, que se le enflaqueciera tanto la cabeza, que por poco vino que beviese, que le facia perder el entendimiento, y que desque estava

fuera de su seso, que se ensañava tan fuerte, que no catava lo que decia, y que á las vegadas feria á los hombres, y facia en tal guisa, que se arrepentia mucho despues que tornava en su entendimiento, y aun cuando se echava á dormir, y desque yacia en la cama, que facia muchas cosas, que non empecerian mucho si fuesen mas limpias. Y destas cosas le dijo tantas, que toda muger, que el entendimiento non oviese muy maduro, se podia tener dél por no muy bien casada. Y desque esto le ovo dicho, respondió la fija del conde, que este casamiento non estava en ella, si non en su padre y en su madre, y con tanto partióse don Alvarfañez y fuése para su padre. Y despues el padre y la madre le preguntaron que era su voluntad de facer, y porque ella non fué de tan buen entendimiento como le era menester, dijo á su padre y á su madre, que tales cosas le dijera don Alvarfañez, que ante queria ser muerta, que ser casada con él. Y el conde no le quiso decir esto á don Alvarfañez, mas díjole, que su fija non avia voluntad de casar. Y fabló don Alvarfañez con la fija mediana, y fablaron entre él y ella, bien asi como con la hermana mayor. Y despues fabló con la hermana menor y díjole todas aquellas cosas que dijera á las otras sus hermanas, y ella respondióle, que agradecia mucho á Dios en que don Alvarfañez queria casar con ella, y en lo que le decia que le facia mal el vino, que si por aventura alguna vez le cumpliese por alguna cosa de estar apartado de las gentes por aquello que él decia ó por otra

cualquier cosa, que ella lo encubriria mejor que ninguna otra persona del mundo: y á lo que decia que él era viejo, que cuanto por esto que non apartaria ella el casamiento, que complíale á ella del casamiento el bien de la honra, y que avia de ser casada con don Alvarfañez: y de lo que decia que era muy sañudo y que feria á las gentes, que cuanto por aquesto non facia gran fuerza, ca nunca ella faria porque la firiese, y que si lo ficiese, que lo sabria muy bien sufrir. Y á todas las cosas, que don Alvarfañez le dijo, á todas le supo tan bien responder, que don Alvarfañez fué muy pagado, y gradeció mucho á Dios, porque fallava muger de tal entendimiento; y dijo al conde don Peranzurez, que con aquella queria casar. Y al conde plugo mucho ende, y ficieron luego sus bodas, y fué luego con su muger en buena ventura, y esta dueña avia nombre doña Vascuñana. Y despues que don Alvarfañez llevó á su muger á su casa, fué ella tan buena dueña y tan cuerda, que don Alvarfañez se tovo por muy bien casado con ella, é tenia por razon que se ficiese todo lo que ella queria, y esto fizo él por dos razones. La primera, porque fizo Dios á ella tanto bien é tanto amava á don Alvarfañez é tanto preciava el su entendimiento, que todo lo que don Alvarfañez decia é facia, todo tenia ella verdaderamente que era lo mejor, é placíale mucho de cuanto decia. Y nunca en toda su vida contralló cosa en que entendiese que á él placia. É no entendades que lo facia esto por lisonjar ni por le falagar por estar mejor con

él, mas facíalo, porque verdadéramente creia y era su entencion, que todo lo que don Alvarfañez queria y decia que en ninguna guisa non podia ser yerro, nin lo podria otro ninguno mejorar. Y lo uno por esto, que era el major bien que podia ser, y lo al, porque era ella de tan buen entendimiento y de tan buenas obras, que siempre acertava en lo mejor. Y por estas cosas amávala y preciávala tanto don Alvarfañez que tenia por razon de facer todo lo que ella queria, y le consejava lo que era su pro y su honra, y nunca tuvo mientes por talante, nin por voluntad, que oviese de ninguna cosa, que ficiese don Alvarfañez, sino lo que á él mas pertenecia, y que era mas á sù honra y su pro. Y acaeció, que una vez siendo don Alvarfañez en su casa, que vino á él un su sobrino, que vivia en casa del rey, y plúgole mucho á don Alvarfañez con él: y desque ovo morado con don Alvarfañez algunos dias, díjole un dia, que era muy buen ome é muy cumplido, y que non podia poner en él ninguna tacha sino una. É don Alvarfañez preguntóle cual era; é el sobrino dijo, que non fallava tacha que le poner, si non que facia mucho por su muger, y la apoderava mucho en toda su facienda. É don Alvarfañez respondióle y díjole, que á esto dende á pocos dias le daria respuesta. É ante que don Alvarfañez viese á doña Vascuñana su muger, cavalgó y fuése á otro lugar é anduvo allá algunos dias y llevó allá aquel su sobrino consigo é despues embió por doña Vascuñana, é guiólo asi don Alvarfañez, que se encontraron en el camino,

pero que non fablaron ningunas razones entre sí, ni ovo tiempo, aunque lo quisieran facer, é don Alvarfañez fuése adelante, é iba con el su sobrino, é doña Vascuñana venia. Y desque ovieron andado asi una pieza, don Alvarfañez y su sobrino, fallaron una gran pieza de vacas, é don Alvarfañez comenzó á decir: ¿Vistes, sobrino, que fermosas yeguas ha en esta tierra nuestra? É cuando su sobrino esto oyó, maravillóse ende mucho é cuidó que ge lo decia por trevejo, é díjole, que como decia tal cosa, que non eran sino vacas. É don Alvarfañez se comenzó mucho de maravillar, é decíale que recelava, que avia perdido el seso, y que yeguas eran aquellas. É desque el sobrino vió, que don Alvarfañez porfiava tanto sobre esto é que lo decia á todo su seso, fincó muy espantado, é cuidó que don Alvarfañez avia perdido el entendimiento. É don Alvarfañez estuvo á departir en esta porfía, fasta que asomó doña Vascuñana, que venia por el camino. É desque Alvarfañez la vió, dijo á su sobrino: He aqui doña Vascuñana, que nos partirá nuestra contienda. Al sobrino plugo mucho de esto: y desque doña Vascuñana llegó, díjole su cuñado asi: Señora, don Alvarfañez é yo estamos en contienda, ca él dice por estas vacas, que son yeguas, é yo digo, que son vacas, é tanto avemos porfiado, que él me tiene por loco é yo tengo que no está él en su seso, é vos, señora, partidnos esta contienda. É cuando doña Vascuñana esto oyó, comoquier que ella tenia, que aquellas eran vacas, pero pues su cuñado lo decia, que

dijera don Alvarfañez que eran yeguas, tuvo ella verdadéramente en todo su entendimiento, que él errava é qne las non conocia, mas que don Alvarfañez que non errava en ninguna manera en las conocer: é pues decia que eran yeguas, que en toda guisa del mundo, que yeguas eran, y non vacas, é comenzó á decir al cuñado é á cuantos ahi estavan: Por Dios, cuñado, pésame mucho desto que vos decides, é sabe Dios que con mejor seso é major pro querria que viniesedes vos aora de casa del rey do ante avedes mucho morado, ca bien vedes, que muy grande mengua de entendimiento é de vista es tener, que las yeguas son vacas. É comenzóle mostrar tambien por las colores, como por las faciones, como por otras cosas muchas que eran yeguas y non vacas, é que era verdad lo que don Alvarfañez decia, é que por ninguna guisa el entendimiento é la palabra de don Alvarfañez que non podri errar, é tanto lo afirmó esto, que ya el cuñado é todos los otros comenzaron á dudar que ellos erravan, é que don Alvarfañez decia verdad que las, que ellos tenian por vacas, eran yeguas. É desque esto fué fecho, fuéronse don Alvarfañez é su sobrino adelante, é fallaron una gran pieza de yeguas, é don Alvarfañez dijo á su sobrino: Estas son vacas, que no las, que vos decides enciente que yo decia que eran yeguas. É cuando su sobrino esto oyó, dijo: Tio, por Dios, si vos verdad decides, el diablo me trajo á mí á esta tierra, ca ciértamente, si estas son vacas, perdidohe yo el entendimiento, ca en todas las partes del

mundo estas yeguas son, y non vacas. É don Alvarfañez comenzó á porfiar muy fuértemente, que eran vacas, é tanto duró esta porfía, fasta que llegó doña Vascuñana. É desque ella llegó é la contaron lo que decia don Alvarfañez, y lo que decia su sobrino, magüer á ella parecia, que el sobrino decia verdad, non pudo creer por ninguna guisa, que don Alvarfañez pudiese errar, nin pudiese ser verdad al sino lo que él decia, y comenzó á catar razones para provar que era verdad lo que don Alvarfañez decia: é tantas razones é tan buenas dijo, que su cuñado é todos los otros tovieron, que el su entendimiento y la su vista errava, é lo que don Alvarfañez decia era verdad, é aquesto fincó asi. É fuéronse don Alvarfañez é su sobrino adelante y anduvieron tanto, que llegaron á un rio en que avia muy gran pieza de molinos; é dando del agua á las bestias en el rio comenzó á decir don Alvarfañez, que aquel rio que corria contra la parte donde nacia, é aquellos molinos que de la otra parte les venia el agua. Y el sobrino de don Alvarfañez se tuvo por perdido, cuando esto oyó, ca tuvo que asi como errava en el conocimiento de las vacas é de las yeguas, que asi errava aora en cuidar, que aquel rio venia del reves de como decia don Alvarfañez: pero porfiaron tanto en esto, fasta que doña Vascuñana llegó y desque le dijeron esta porfía en que estavan don Alvarfañez é su sobrino: pero aunque á ella parecia, que su sobrino decia verdad, non creyó al su entendimiento, é tuvo que era verdad lo que don Alvarfañez decia,

é por tantas maneras supo ayudar á la su razon, que su cuñado y cuantos lo oyeron creyeron todos, que aquella era la verdad, é de aquel dia acá fincó por fazaña, que si el marido dice, que el rio corre contra arriba, que la buena muger lo deve creer é deve decir que es verdad. Y desque el sobrino de don Alvarfañez vió, que por todas estas razones, que doña Vascuñana decia, se provava que era verdad lo que decia don Alvarfañez, y que errava él en no conocer las cosas asi como eran, túvose por muy mal trecho é cuidando que avia perdido el entendimiento. Y de que contendieron asi una gran pieza por el camino, é don Alvar vió que su sobrino iba muy triste y en gran cuidado, díjole asi: Sobrino, aora vos he dado la respuesta á lo quel otro dia me dijistes que me davan las gentes por gran tacha, porque tanto facia por doña Vascuñana mi muger. Tambien creed, que todo esto, que vos y yo avemos oy pasado, todo lo fiz porque entendiesedes quien es ella, y que lo, que yo por ella fago, que lo fago con razon: ca bien creed, que entendia yo, que las primeras vacas que nos fallamos, que decia yo que eran yeguas, que vacas eran, asi como vos decides: y desque doña Vascuñana llegó é vos oyó lo que yo decia que eran yeguas, bien cierto so que entendia ella, que vos deciades verdad; mas porque fiava tanto en el mi entendimiento, que tiene que por cosa del mundo no podria errar, tuvo que vos y ella erravades en no lo conocer como era: y porende dijo tantas razones y tan buenas, que fizo entender á cuantos

alli estavan, que lo que yo decia era verdad, y eso mismo en lo de las yeguas y del rio. É bien vos digo en verdad, que del dia, que conmigo casó, que nunca un dia la vi facer ni decir cosa en que yo pudiese entender cosa, que queriá ni tomava placer, sinon aquello que yo quis, ni le vi tomar de ninguna cosa que yo ficiese enojo, y siempre tiene verdadéramente en su voluntad, que cualquier cosa que yo faga, que aquello es lo mejor, y lo que ella ha de facer de suso, ó le yo acomiendo, sábelo muy bien facer, y siempre lo face, guardando toda via mi hondra en mi pro, y queriendo que entiendan las gentes que yo so el señor, y que la mi voluntad y la mi hondra se cumpla en todo, y non quiere para sí otra pro ni otra fama de todo el fecho, sino que sepa que es mi pro y tome yo placer en ello: é tengo que si un Moro de allende la mar esto ficiese, que le devia yo mucho amar y preciar y facer mucho por el su consejo, y demas siendo casado con ella y siendo tal ella en el linage, de que me tengo por muy bien casado. É, sobrino, aora vos he dado respuesta á la tacha que el otro dia me dejistes que avia. É cuando el sobrino de don Alvarfañez oyó estas razones, plúgole ende mucho, y entendió que pues doña Vascuñana era tal y avia tal entendimiento y tal entencion, que facia muy gran derecho don Alvarfañez de la amar y fiar mucho en ella y facer por ella cuanto facia, y aun muy mas si mas ficiese: y asi fueron contrarias la muger del emperador y la muger de don Alvarfañez.

É vos, señor conde Lucanor, si vuestros hermanos son tan desvariados, que el uno face cuanto su muger quiere y el otro todo lo contrario, por aventura esto es, porque sus mugeres facen tal vida con ellos, como facia la emperatriz y doña Vascuñana; y si ellas tales son, non devedes maravillar nin poner culpa á vuestro hermano. Mas si ellas no son tan buenas ni tan revesadas como estas dos de que vos he fablado, sin duda vuestros hermanos no podrian ser sin gran culpa, ca comoquier que aquel vuestro hermano que face mucho por su muger, face bien, y entended que este es bien que se deve facer con razon, y non mas, ca si el ome por aver gran amor á su muger quisiere estar con ella, tanto porque deje de ir á los lugares y á los fechos en que puede facer su pro y su hondra, face muy gran yerro: ca si por le facer placer y cumplir su voluntad deja lo que pertenece á su estado y á su honra, face muy gran desaguisado: mas guardando estas cosas, todo bien y toda honra y todo buen talante y toda fianza que el marido pueda mostrar á su muger, todo le es facedero y todo lo deve facer y le pertenece muy bien que lo faga. Otrosi deve mucho guardar, que por lo que á él mucho non cumple ni le face muy gran mengua, que no le faga pesar ni enojo y señaládamente en ninguna cosa en que pueda aver pecado, ca desto vienen muchos daños, lo uno el pecado de la maldad que el ome face, y lo al que por facerle enmienda ó facerle placer porque pierda aquel enojo avrá á facer cosas que se tornarán en

daño de la facienda y de la fama. Otrosi él que por su fuerte ventura tal muger huviere como la del emperador, pues al comienzo no pudo ó no supo poner cobro, consejo non ay sino pasar por su ventura como Dios se lo quiere enderezar. Pero sabed, que para lo uno y para lo al cumple mucho, que del primer dia que el hombre casa deve dar á entender á su muger, que él es señor, y que le faga entender la vida que ha de pasar. É vos, señor conde Lucanor, al mio cuidar parando mientes á estas cosas podedes consejar á vuestros hermanos en cual manera vivan con sus mugeres. Y al conde plugo mucho de estas cosas, que Patronio le dijo, y tovo que le decia verdad y muy buen seso. Y entendiendo don Juan, que estos ejemplos eran muy buenos, fizolos escrivir en este libro y fizo estos versos que dicen asi:

En el comienzo deve ome mostrar
Á su muger como deve pasar.

CAPÍTULO VI.

De lo que conteció al conde de Provincia con Saladin, que era soldan de Babilonia.

Una vez fablava el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta manera: Patronio, un mi vasallo me dijo el otro dia, que queria casar

una su parienta, y que asi como él era tenudo de me aconsejar lo mejor que pudiese, que me pedia por merced, que le aconsejase en esto lo que entendia que era mas su pro, y díjome los casamientos todos quél traia: y porque este es ome, que yo querria que acertase muy bien, y yo sé que vos sabedes mas de tales cosas, ruégovos que me digades lo que entendedes en esto, por que yo le pueda dar tal consejo que se falle el bien dello. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, para que podades consejar bien á todo ome, que aya de casar su parienta, placermeia mucho, que supiesedes lo que aconteció al conde de Provincia con Saladin, que era soldan de Babilonia. El conde Lucanor le rogó le dijese como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, un conde huvo en Provincia, que fué muy buen ome, y deseava mucho facer en guisa, porque huviese Dios merced á la su anima, y ganase la gloria del paraiso, faciendo tales obras, que fuese grande su hondra, y de su estado. É para que esto pudiese cumplir tomó muy gran gente consigo y muy bien guisada y fuése para la tierra santa de ultra mar: y poniendo en su corazon, que porque quier que pudiese acaecer, que siempre seria hombre de muy buena ventura, pues le venia estando él deréchamente en servicio de Dios, y porque los juicios de Dios son muy maravillosos é muy ascondidos, y nuestro señor tiene por bien de tentar muchas vegadas á los sus amigos: pero si aquella tentacion sabe sofrir siempre, nuestro señor guisa que torne

el pleito á hondra y á pro de aquel á quien tienta. É por esta razon tuvo nuestro señor Dios por bien de tentar al conde de Provincia, y consintió que fuese preso en poder del soldan. É comoquier que estava preso, sabiendo Saladin el soldan la gran bondad, facíale mucho bien y mucha hondra, y á todos los grandes fechos que avia de facer, todos los facia por su consejo, é tambien le consejava el conde: tanto fiava dél el soldan, que comoquier que estava preso, tan gran lugar y tan gran placer avia, y tanto facian por él en toda la tierra del soldan, como farien en la suya misma. Y cuando el conde se partió de su tierra, dejó una fija muy pequeñuela. Y el conde estuvo en la prision, que era ya su fija en tiempo para casar, é la condesa su muger é sus parientes embiaron á decir al conde, cuantos fijos de reyes y otros grandes hombres la demandavan por casamiento. Y un dia cuando Saladin vino á fablar con el conde, desque ovieron acordado aquello porque Saladin alli vino, fabló el conde con él en esta manera: Señor, vos me fecistes tanta merced y tanta honra y fiades tanto de mí, que me ternía por muy de buena ventura, si vos lo pudiese servir: y pues vos, señor, tenedes por bien, que vos conseje yo en todas las cosas, que vos acaecen, atreviéndome á la vuestra merced, fiando del vuestro buen entendimiento, ruégovos por merced, que me consejedes en una cosa que á mi acaeció. El Saladin gradeció este fecho mucho al conde, y díjole, que le consejaria muy de grado, y aunque le ayudaria muy de buena mente en cualquier cosa

que le cumpliese. Estonces le dijo el casamiento que le movian para aquella su fija, y Saladin le respondió asi: Conde, yo sé que tal es el vuestro entendimiento, que en pocas que vos hombre diga entenderedes todo el fecho: porende vos quiero consejar en este fecho segun lo yo entiendo. Yo conozco todos estos que demandan vuestra fija, que linage ó que poder han, ó cuales son las sus costumbres, y cuanta vecindad han con busco, y que mejoría han los unos sobre los otros. Porende non vos puedo en esto consejar deréchamente, mas el mi consejo es este, que casedes vuestra fija con hombre. Y el conde ge lo tuvo en merced y entendió muy bien lo que aquello queria decir, y embió el conde á decir á la condesa su muger, y á sus parientes el consejo que el soldan le diera, y que supiese de cuantos hombres fijosdalgo oviese en todas comarcas de que naturas y de que costumbres eran en los sus cuerpos, y que no catasen por su riqueza ni por su poder, mas que le embiasen decir por escrito, que tales eran en sí los fijos de los reyes, y de los grandes señores que la demandavan, y que tales eran los otros fijosdalgo que eran en las comarcas. Y la condesa y los parientes del conde se maravillaron desto mucho, pero ficieron lo que el conde les embió mandar, y pusieron por escrito todas las maneras y costumbres buenas y contrarias que avian todos los que demandavan la hija del conde y todas las otras condiciones que eran en ellos, y otrosi escrivieron cuales eran en sí los hombres fijosdalgo, que eran en las comar-

cas, é embiáronlo todo contar al conde. É desque el conde ovo este escrito, amostrólo al soldan, y desque el soldan lo vió, comoquier que todas eran buenos, falló que todos los hijos de los reyes y de los grandes señores avia en cada uno algunas tachas de ser mal acostumbrados en comer y en bever y en ser sañudo ó apartadizos y de mal recibimiento á las gentes y pagarse de malas compañías ó embargados de su palabra ó alguna otra tacha de muchas que los hombres pueden aver, é falló que un fijo de un rico hombre, que non era de muy gran poder, segun lo que parecia dél en aquel escrito, era mejor hombre y el mas cumplido y el mas sin ninguna mala tacha de que él oviera fablar. Y desque esto oyó el soldan, consejó al conde, que casase su fija con aquel hombre, ca entendió que comoquier que aquellos otros eran mas hondrados y mas hijosdalgo, que mejor casamiento era aquel y mejor casava su fija el conde con aquel, que con ninguno de los otros en que huviese alguna mala tacha, cuanto mas si huviese muchas, y tuvo que mas de preciar era el hombre por las sus obras y por la nobleza de su linage, que non por la riqueza. Y el conde embió mandar á la condesa y á sus parientes que casasen á su fija con aquel que Saladin le mandara: y comoquier que se maravillaron mucho ende, embiaron por aquel fijo de aquel rico hombre, y dijéronle lo que el conde embiava mandar: y él respondió, que bien entendia que el conde era mas fidalgo que él y mucho mas rico y mas hondrado: pero si él tan gran

poder oviese, que bien tenia que toda muger seria bien casada con él, y que esto que fablava con él, si lo decia para lo non facer, que tenia que le facian muy gran tuerto. Y ellos dijeron, que lo querian facer en toda guisa y contáronle la razon en como el soldan aconsejava al conde, que le diese á su fija ante que á ninguno de los otros fijos de los reyes, ni de los grandes señores señaládamente, porque le escogiera por hombre. Y desque él esto oyó, entendió que fablavan con él verdadéramente del casamiento, y tovo, que pues Saladin lo escogiera por hombre y le ficiera á tan grande honra, que non seria él hombre si non ficiese en este fecho lo que pertenecia: y dijo á la condesa y á los parientes del conde, que si ellos querian, que creyese que se lo decian verdadéramente, que le apoderasen entéramente de todo el condado luego y de todas las rentas: pero non les dijo nin declaró ninguna cosa de lo que él en su pensamiento pensava facer, y á ellos plugo mucho de lo que él les dijera, y apoderáronle luego de todo, y él viéndose apoderado en muy grande aver, en gran poridad armó una galera y tuvo muy gran aver guardado. Y desque ovo fecho esto, mandó aguisar sus bodas para un dia señalado. Y despues que las bodas fueron fechas, y acabadas muy ricas y muy honradas, en la noche cuando se huvo de ir á su casa donde estava su muger, ante que se echasen en la cama llamó á la condesa su suegra y á todos sus parientes, y díjoles en gran puridad, que bien sabian que el conde le escogiera

entre otros muy muchos y muy mejores que él, y que lo ficiera porque el soldan Saladin le aconsejara que casase su fija con hombre, y que pues el soldan y el conde su señor á tanta honra le ficieran y asi ambos lo escogieran por hombre, que no ternia que lo era si non ficiese en esto lo que pertenecia, y que él se queria ir, y que les encomendava aquella doncella, con que él avia de casar, y el condado, que fiava por Dios que le enderezaria, porque entendiesen las gentes que facia fecho de hombre. Y luego que esto ovo dicho, cavalgó y fuése en buena ventura y enderezó al reino de Armenia y moró ende tanto tiempo, fasta que supo muy bien el lenguage y todas las maneras de la tierra. Y supo como el Saladin era muy cazador, y él tomó muchas buenas aves y muchos buenos canes y fuése para Saladin y partió en aquella su galera, y púsola en un puerto, y mandóles que nunca se partiesen dende fasta que él ge lo mandase. Y desque él llegó al soldan, fué muy bien recebido, pero no le besó la mano ni le fizo ninguna reverencia de las que deve facer hombre á su señor. Y Saladin mandóle dar todo lo que huvo menester, y él gradecióselo mucho, mas no quiso tomar dél ninguna cosa, y díjole que non viniera por tomar dél nada, mas por cuanto bien oyera decir dél: que si él por bien tuviese, que él queria vivir algun tiempo en la su casa, por aprender dél alguna cosa de cuanto bien avia en él y en las sus gentes: y porque sabia que el soldan era muy cazador, quél traia muchas aves y muy buenas y muchos canes,

y que si la su merced fuese, que tomase ende lo que quisiese, y con lo que le fincaria á él, que andaria con él á caza, y le faria cuanto servicio pudiese en aquello y en al. Y esto le agradeció mucho Saladin, y tomó lo que tuvo por bien de lo que él traia, mas por ninguna guisa nunca pudo guisar, que el otro tomase dél ninguna cosa, nin le dijese ninguna cosa de su facienda, nin oviese cosa entre ellos por quél tomase ningun cargo de Saladin, porque fuese tenudo de le guardar. Y asi andando en su casa muy grande tiempo, y como Dios acarrea, cuando su voluntad es, las cosas que él quiere, quiso que alcanzaron los falcones á unas gruas, y fueron matar la una de las gruas á un puerto de la mar, do estava la galera que el yerno del conde pusiera, y el soldan, que iba en muy buen cavallo, y él en otro, alongáronse tanto de las gentes, que ninguno dellos no vió por donde iban. Y cuando Saladin llegó, do los falcones estavan con la grua, descendió muy aina por los acorrer: é el yerno del conde, que venia con él, de que le vió en tierra, llamó á los de la galera, é el soldan que non parava mientes si non por cevar sus falcones, cuando vió la gente de la galera en derredor de sí, fué muy espantado, y el yerno del conde metió mano á la espada y dió á entender que lo queria ferir con ella. É cuando Saladin esto vió, comenzóse á quejar mucho, diciendo que esto era muy gran traicion, y el yerno del conde díjole que nunca lo mandase Dios, que bien sabia él, que nunca lo tomara él por señor nin quisiera

tomar nada de lo suyo, nin tomar dél ningun embargo, porque huviese razon de lo guardar, mas que supiese quel Saladin avia fecho todo aquello. É él desque esto ovo fecho, tomólo é metiólo en la galera, y desque lo tovo dentro, díjole como era yerno del conde, y que era aquel que él escogiera entre los otros mejores que él por hombre, é que, pues él por hombre lo escogiera, que bien entendia que no fuera él hombre si esto non ficiera, é que le pedia por merced que le diese su suegro, porque entendiese, que el consejo, que él le diera, que era bueno é verdadero, y que se fallava bien dél. Y cuando Saladin esto oyó, gradecióle mucho á Dios, é plúgole mas, porque acertó él en su consejo, que si le oviera acaecido otra pro ó otra honra por grande que fuese, y dijo al yerno del conde, que ge lo daria muy de buena mente. É el yerno del conde fió en el soldan, é sacólo de la galera, é fuése con él, é mandó á los de la galera que se alongasen del puerto, tanto que no los pudiesen ver ningunos que llegasen. É el soldan é el yerno del conde cevaron muy bien sus falcones, é cuando las gentes hi llegaron, hallaron á Saladin mucho alegre, é nunca dijo á hombre del mundo nada de cuanto le avia acontecido. Y desque llegaron á la villa, fué luego á decender á la casa, donde el conde estava preso, y llevó consigo al yerno del conde. Y él desque vió al conde, comenzóle á decir con muy grande alegria: Conde, mucho agradezco á Dios por la merced, que me fizo en acertar tan bien, como acerté, en el consejo

que vos di en el casamiento de vuestra fija. Y ved aqui vuestro yerno, que vos ha sacado de prision. Y entonce le contó todo lo que su yerno avia fecho, y la lealtad y el grande esfuerzo que ficiera en lo prender, y en fiar luego en él. Y el soldan y el conde é todos, cuantos esto oyeron, loaron mucho el entendimiento y el esfuerzo y lealtad del yerno del conde. É otrosi loaron mucho las bondades de Saladin y del conde, y gradecieron mucho á Dios, porque quiso guiar de lo traer á tan buen acabamiento. Y entónces dió el Saladin muchas dadivas y muy ricas al conde y á su yerno, y por el daño que el conde tomara en la prision, dióle dobladas todas las rentas, que el conde pudiera llevar de su tierra, y cuanto estuvo en la prision, y embióle muy rico y muy honrado y muy bien andante para su tierra. Y todo este bien vino al conde por el buen consejo, que el soldan le dió, que casase su fija con hombre.

Y vos, señor conde Lucanor, pues avedes aconsejar aquel vuestro vasallo en razon del casamiento de aquella su parienta, aconsejadle, que la principal cosa que cate en el casamiento, que sea aquel, con quien la huviere á casar, buen hombre en sí, ca si esto no fuese, por hondra nin por riqueza nin por fidalguia que aya, nunca puede ser bien casada. Y devedes saber, que el hombre con bondad acrecienta la honra y alza su linage y acrecienta las riquezas. Y por ser muy fidalgo y muy rico, si bueno non fuere, toda será muy aína perdido. Y desto vos podria dar muchas fazañas

de muchos hombres de gran guisa, que eran los padres muy ricos y mucho hondrados, y despues los fijos non fueron tan buenos, como devian, y fué en ellos perdido el linage é la riqueza: y otros de gran guisa y de pequeña, que por gran bondad, que huvieron en sí, acrecentaron mucho en sus honras y en sus faciendas, en guisa que fueron muy mas leales y mas preciados por lo, que ellos ficieron y por lo que ganaron, que aun por todo su linage. Y asi entended, que todo el pro y todo el daño nace de cual el hombre en sí es, de cualquier estado que sea. Y porende la primera cosa que se deve catar en el casamiento es, cuales maneras y cuales costumbres é cual entendimiento y cuales obras ha en sí el hombre y la muger que ha de casar, y esto seyendo primero catado, dende en adelante, cuanto sea el linage mas alto y la riqueza mayor y la apostura mas cumplida y la vecindad mas acerca é mas aprovechosa, tanto es el casamiento mejor. Y al conde plugo mucho destas razones que Patronio le dijo, y tovo que era verdad todo asi como él le decia. É viendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, fizolo escrivir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Quien ome es, faz todos los provechos,
É quien no lo es, mengua en los fechos.

CAPÍTULO VII.

De lo que conteció á un rey con tres hombres burladores.

El conde Lucanor fablava otra vez con Patronio su consejero y díjole: Patronio, un hombre vino á mí y díjome un muy gran fecho y dáme á entender, que será muy grande mi pro. Pero dice que lo non sepa hombre del mundo por mucho que yo en él fie, y tanto me encarece que guarde esta poridad fasta que dice, que si á hombre del mundo lo digo y descubro, que toda mi facienda y la mi vida es á muy gran peligro de se perder. Y porque yo sé, que hombre non vos podria decir cosa que vos lo entendades si se dice por bien ó por algun engaño, ruégovos que me digades lo que vos parece en esto. Señor conde, dijo Patronio, para que vos entendades al mi cuidar lo que vos mas cumple facer en esto, placermeia que supiesedes lo que aconteció á un rey con tres hombres burladores que vinieron á él. Y el conde le preguntó, como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, tres hombres burladores vinieron á un rey y dijéronle, que eran muy buenos maestros para hacer paños, y señaladamente que hacian un paño, que todo hombre, que fuese fijo de aquel padre que todos decian, que veian el paño, mas él, que non fuese fijo de

aquel padre que él tenia y que las gentes decian, que non podria ver el paño. Y al rey plugo mucho desto, teniendo que por aquel paño podria saber cuales omes del su reino eran fijos de aquellos que devrian ser sus padres ó cuales no, y por esta manera que podria enderezar mucho lo suyo, ca los Moros no heredan cosa de lo de su padre, sino verdaderamente sus fijos: y para esto mandóles dar un palacio en que ficiesen aquel paño. Y ellos dijéronle, que porque viese que no le querian engañar, los mandase encerrar en aquel palacio fasta que el paño fuese fecho, y desto plugo mucho al rey. Y desque ovieron tomado para facer el paño mucho oro y mucha plata é seda y muy grande aver para que lo ficiesen, entraron en el palacio y encerráronlos, y ellos pusieron sus telares y davan á entender, que todo el dia tejian en el paño. Y á cabo de algunos dias fué el uno dellos á decir al rey, que el paño era comenzado, y que era la mas fermosa cosa del mundo, y díjol á que figura y á que labores lo comenzavan á facer, y que, si fuese la su merced, que lo fuese á ver, y que non entrase con hombre del mundo. É desto plugo al rey mucho. Y el rey queriendo provar aquello ante que otro, embió un su camarero que lo viese, pero no le apercibió que lo desengañase. Y desque el camarero vió los maestros y lo que decian, non se atrevió á decir que non lo vió, y cuando tornó al rey, dijo que viera el paño. Y despues embió otro y dijo eso mismo. Y despues que todos los que embió el rey le dijeron que vieran

el paño, fué allá el rey á lo ver. Y cuando entró en el palacio, y vió á los maestros que estavan tejiendo, y decian 'Esto es tal labor, y esta es tal historia, y esta es tal figura, y esto es tal color,' y concertavan todos en una cosa, y ellos no tejian ninguna cosa, y cuando el rey vió que ellos tejian y decian de que manera era el paño, y que él no lo veia, y que lo avian visto los otros, túvose por muerto, ca tovo que porque non era fijo del rey que él tenia por su padre, que por eso non podia ver el paño, y receló, que si dijese que no lo via, que perderia el reino, y porende comenzó á loar mucho el paño, y aprendió la manera muy bien como decian aquellos maestros que era fecho. Y desque fué en su casa con las gentes, comenzó á decir maravillas de cuan bueno é cuan maravilloso era aquel paño, pero él estava con muy mala sospecha. Y á cabo de dos ó tres dias mandó á su alguacil, que fuese á ver aquel paño, y el alguacil fué allá. Y desque entró y vió los maestros que tejian, y decian las figuras y las cosas que avia en el paño, y oyó al rey como lo avia visto, y que él no le veia, tuvo que non era fijo de aquel padre que él cuidava que por eso non lo viera, y tuvo, que si ge lo supiesen, que perderia toda su honra. Y porende comenzó á loar el paño tanto como el rey é mas. Y desque tornó al rey, y le dijo, que viera el paño, y que era el mas noble y la mas apuesta cosa del mundo, tóvose el rey aun por mas mal andante, y pensó que el alguacil viera el paño, y que pues non le viera, que ya non avia

dubda, que él no era fijo del rey que él cuidava, é porende comenzó á loar é de afirmar la bondad de la nobleza del paño y de los maestros, que tal obra sabian facer. É otro dia embió el rey otro su privado é conteciòle como al rey é á los otros que vos dije: mas desta guisa y por este recelo fueron engañados el rey é cuantos fueron en su tierra, ca ninguno no osava decir que non via el paño. É asi pasó este pleito fasta que vino una gran fiesta, é dijeron todos al rey, que vistiese de aquellos paños para la fiesta, é los maestros trajéronlos embueltos en muy buenas sabanas, é dieron á entender, que desbolvian el paño, y preguntaron al rey, que queria que tajasen de aquel paño. Y el rey dijo cuales vestiduras queria, é ellos davan á entender, que tajavan y metian el talle que avian de aver las vestiduras. É despues que las cosian, y cuando el dia de la fiesta vino, vinieron los maestros al rey con sus paños tajados y cosidos, y ficiéronle entender que le vestian y que le tallavan los paños. Asi lo ficieron fasta que el rey tuvo que era vestido, ca él non se atrevia á decir que non via el paño. É desque fué vestido tan bien como avedes oido, cavalgó por andar por la villa, mas de tanto le avino bien que era verano. É desque las gentes lo vieron asi venir, é sabian que él que no via aquel paño, que non era fijo del padre, que cuidava cada uno, cuidava que lo veian los otros, é que pues él non los veia, que seria perdido é deshonrado si lo dijese: é por esto fincó aquella poridad guardada, que non se atrevió nin-

guno á descubrirla fasta que un negro que guardava el cavallo del rey, que non avia que perder pudiese, llegó al rey é díjole: Señor, á mí no me empece, que me tengades por fijo de aquel, que yo digo, nin de otro, é porende dígovos que soy cierto, que vos desnudo ides. Y el rey comenzóle á maltraer diciendo, que porque no era fijo de aquel padre, que él cuidada, que por eso no veia los sus paños. É desque el negro esto dijo, otro, que lo oyó, dijo eso mismo, y asi lo fueron diciendo, fasta que el rey y todos los otros perdieron el recelo de conocer la verdad, y entendieron el engaño, que los burladores avian fecho. Y cuando los fueron á buscar, non los fallaron, ca se fueron con lo que avian llevado al rey por el engaño que avedes oido.

Y vos, señor conde Lucanor, pues que aquel hombre vos dice, que non sepa ninguno de los en que vos fiades, nada de lo que vos él dice, cierto sed que vos cuida engañar, ca bien devedes entender, que non ha él razon de querer mas vuestro pro, que non ha con busco tanto deudo como todos los que con busco viven, que han mas deudos y bien fechos de vos, porque devan querer mas vuestro pro y vuestro servicio. Y el conde tuvo este por buen consejo y fizolo asi, y fallóse ende bien. Y veyendo don Juan, que este era buen ejemplo, fizolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Quien te conseja encobrir de tus amigos,
Engañarte quiere asaz, y sin testigos.

CAPÍTULO VIII.

De lo que conteció á un rey con un hombre que le decia sabia facer alquimia.

Un dia fablava el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta guisa: Patronio, un hombre vino á mí, é díjome, que me faria cobrar muy grande pro y muy mucha honra, y para esto que catase alguna cosa de lo mio con que se comenzase aquel fecho, ca desque fuese acabado, por un dinero avria diez. Y por el buen entendimiento, que Dios en vos puso, ruégovos que me digades lo que vierdes que mas me cumple de facer en ello. Señor conde, dijo Patronio, para que en esto fagades lo que vos mas fuese vuestra pro, placermeia que supiesedes lo que conteció á un rey con un hombre que decia, que sabia facer alquimia. Y el conde le preguntó le dijese como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, un hombre muy gran golhin, y avia muy gran sabor de enriquecer y salir de aquella mala vida en que estava, y aquel hombre supo, que un rey que non era de buen recaudo é se trabajava de facer alquimia. Y aquel golhin tomó cien doblas, y limólas, y de aquellas limaduras hizo con otras cosas, que puso en ellas, cien pellas, y cada una de aquellas pellas pesava una dobla, y demas las

otras cosas que él metió con las limaduras de las doblas, y fuése para una villa do era el rey, y vistióse de paños muy sosegados, y llevó aquellas pellas, y vendiólas á un especiero, y el especiero preguntó para qué eran aquellas pellas. El golhin dijo, que para muchas cosas, y señaladamente que sin aquella cosa que se non podia facer el alquimia. Y vendióle todas las cien pellas por cantía de dos ó tres doblas. Y el especiero preguntó, que como avian nombre aquellas pellas, y el golhin díjole que Tabardit. Y aquel golhin moró un tiempo en aquella villa en manera de hombre muy asosegado, y fué diciendo á unos y otros en manera de poridad, que sabia facer alquimia. Y estas nuevas llegaron al rey, y el rey embió por él, y preguntóle, si sabia facer alquimia. Y el golhin comoquier que le fizo muestra, que se queria encubir, y que lo non sabia, al cabo dióle á entender que lo sabia, pero dijo al rey, que le consejava, que en este fecho non fiase de hombre del mundo, nin aventurase mucho de su aver, pero que, si quisiese, que provaria ante él un poco, y que le mostraria lo que ende sabia. Esto le gradeció el rey mucho, y parecióle que segun estas palabras non podia ende aver daño ninguno. Y entonce fizo traer las cosas que quiso, y eran cosas que se podian fallar, y entre las otras cosas mandó traer una pella de Tabardit, y todas las cosas, que mandó traer, no costavan mas de dos ó tres dineros. Y desque la trajeron, y las fundieron ante el rey, salió peso de una dobla de oro fino. Y desque el rey vió, que

desta cosa, que costava tan poco precio, salia una dobla, fué muy alegre, y túvose por el mas bien andante del mundo; y díjole al holguin, que esto facia, que cuidava el rey, que era muy buen hombre, y que ficiese mas. Y el holguin respondió, como si non supiese mas de aquello: Señor, cuanto yo desto sabia, todo vos lo he mostrado, y de aqui adelante vos lo faredes tan bien como yo: y conviene, que sepades una cosa, que cualquier destas cosas que mengüe, non se podria facer este oro. Y desque le ovo dicho, despidióse del rey, y fuése para su casa. Y el rey provó sin aquel maestro de facer el oro, y dobló la receta, y salió peso de dos doblas de oro: y otra vez dobló la receta, y salió peso de cuatro doblas, y asi como fué creciendo la receta, asi salió peso de doblas. Y desque él vió, que podia facer cuanto oro quisiese, mandó traer tanto de aquellas cosas, para que pudiese facer mil doblas, y fallaron todas las otras cosas, mas no fallaron el Tabardit. Y desque el rey vió que menguava el Tabardit, y que no se podia facer el oro, embió por aquel, que ge lo mostrava facer, y díjole que non podia facer el oro como solia. Y él preguntó, si tenia todas las cosas que él le diera por escrito. Y el rey dijo, que sí, mas que le menguava el Tabardit. Y el holguin le dijera, que por cualquier cosa que le falleciese, que non podia facer el oro, y que asi le avia dicho él el primer dia. Y entónces le preguntó el rey, que si sabia él, donde era el Tabardit. Y el golhin le dijo que sí. Entonces le mandó

el rey, que pues él sabia, do era, que fuese por ello, é que trajese tanto, porque pudiese facer cuanto oro quisiese. É el golhin le dijo, que comoquier que esto podria facer otro tan bien, y mejor que él, que si el rey lo fallava por su servicio, que él iria por ello, que en su tierra fallaria asaz. Y estonce contó el rey lo que podia costar la compra y la despensa, é montó grande aver. É desque golhin lo tuvo en su poder, fuése su carrera y nunca tornó al rey, y asi fincó el rey engañado por su mal recaudo. É desque vió, que tardava mas de cuanto devia, el rey embió á su casa por saber, si sabian dél algunas nuevas, é non fallaron en su casa cosa del mundo, si non una arca cerrada. Y desque la abrieron, fallaron hi un escrito, que decia asi: Bien creo, que no ay en el mundo Tabardit, mas sabed que vos he engañado, y cuando yo vos decia que vos faria rico, devieradesme decir, que lo ficiese primero á mí, é que me creeriades. É á cabo de algunos dias unos hombres estavan riyendo é trevejando é escrivian todos los hombres que ellos conocian, cada uno de cual manera que era, é decian 'Los ardides son fulano é fulano, é los cuerdos fulano é fulano' y asi de todas las otras cosas buenas y contrarias. É cuando huvieron de escrevir los hombres de mal recaudo, escrivieron hi al rey, y cuando el rey lo supo, embió por ellos, é seguróles que les non faria mal por ello, é díjoles, que porque le escrivieran por hombre de mal recaudo. Ellos dijeron, que por razon que dicra tan grande aver á hombre

estraño, y de quien non tenian ningun recaudo: é el rey les dijo que avian errado, que si viniese aquel, que levara el aver, que non fincaria él por hombre de mal recaudo. Ellos dijéronle, que non perderian nada de su cuenta, que si el otro viniese, que sacarian á él del escrito, y pornian á él.

Y vos, señor conde Lucanor, si quisieredes que vos non tengan por hombre de mal recaudo, non aventuredes por cosa que non sea cierta tanto de lo vuestro que vos arrepintades, si lo perdieredes por fiucia de aver grande algo siendo en dubda. Al conde plugo mucho este consejo, y fízolo asi, é fallóse ende bien. É porque don Juan tuvo este por buen ejemplo, fizolo escrevir en este libro, é fizo estos versos, que dicen asi:

Non aventures mucho tu riqueza
Por consejo del ome que ha pobreza.

CAPÍTULO IX.

De lo que conteció en Tunes á dos cavalleros que vivian con el infante Enrique.

Fablava un dia el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta guisa: Patronio, gran tiempo ha, que yo he un enemigo, de que me vino mucho

mal, y eso mismo á él de mí, en guisa que por las obras y por las voluntades estamos muy mal en uno. Y aora acaeció asi, que otro hombre muy mas poderoso que non entrambos va comenzando algunas cosas, de que cada uno de nos recela que le puede venir muy gran daño: é aora aquel mi enemigo embióme á decir, que nos aviniésemos en uno para nos defender de aquel otro que quiere ser contra nos: ca si amos fuéremos ayuntados, es cierto que nos podremos defender, y si el uno de nos desvaria del otro, es cierto que cualquier de nos quel quiera destruir aquel de quien nos recelamos, que lo puede facer ligeramente, é desque el uno de nos fuere destruido, cualquier de nos que fincare será muy ligero de destruir. Y yo aora estoy en muy gran duda deste fecho, ca de una parte me temo mucho, que aquel mi enemigo me quiera engañar, é si él una vez en su poder me tuviese, no seria yo bien seguro de la vida; é si gran amor é amistad pusiésemos en uno, no se puede escusar de fiar yo en él y él en mí, é esto me face estar en gran recelo: é de otra parte entiendo, que si non fuéremos amigos, asi como me lo embia rogar, que nos puede venir gran daño, por la manera que vos ya he dicho. É por la gran confianza, que yo en vos he y en el vuestro entendimiento, ruégovos que me consejedes que faga en este fecho. Señor conde, dijo Patronio, este fecho es muy grande y muy peligroso, y para que mejor entendades lo que vos cumpla de facer, placermeia que sopiésedes lo que conteció en Tunez

á dos cavalleros que vivian con el infante don Enrique. É el conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, dos cavalleros, que vivian con el infante don Enrique en Tunez, eran entrambos muy amigos y posavan siempre en una posada, y estos dos cavalleros non avian mas de sendos cavallos, y asi como se querian los cavalleros muy gran bien, los cavallos se querian muy grande mal, é los cavalleros no eran ricos, que pudiesen mantener dos posadas, é por la malquerencia de los cavallos no podian posar en una posada, y por esto avian á vivir vida muy enojosa. Esto les duró un tiempo; é desque vieron que non lo podian mas sofrir, contaron su facienda á don Enrique, y pidiéronle merced, que mandase echar aquellos cavallos á un leon quel rey de Tunez tenia. Y don Enrique les agradeció mucho lo que decian, y fabló con el rey de Tunez, y fueron los cavallos muy bien pechados á los cavalleros, é metiéronlos en el corral, donde estava el leon. Y cuando los cavallos se vieron en el corral, ante que el leon saliese de la casa do yacia, comenzáronse á matar la mas bravamente del mundo. Y estando ellos en su pelea, abrieron la puerta de la casa, do estava el leon. É desque el leon salió al corral y los cavallos le vieron, comenzaron á tremer muy fieramente, y poco á poco fuéronse llegando el uno al otro. É desque fueron ayuntados en uno, entrambos estuvieron asi una pieza y enderezaron entrambos al leon, é paráronle tal á muesos y á coces, que por fuerza se huvo á

encerrar en la casa donde salió, y fincaron los cavallos sanos, que les non fizo ningun mal el leon. É despues fueron aquellos cavallos tan bien avenidos en uno, que comian en un pesebre é estavan en uno en casa muy pequeña: é esta avenencia tomaron entre sí por el gran pavor que huvieron del leon.

Y vos, señor conde Lucanor, si entendedes que aquel vuestro enemigo á tan gran recelo de aquel otro, de que se recela, é á tan gran menester á vos, para que forzadamente aya de olvidar, cuanto mal pasó entre vos y él, y entiende, que sin vos non se puede defender, tengo que bien asi como los cavallos poco á poco se fueron ayuntando en uno fasta que perdieron el recelo, é fueron bien seguros el uno del otro, que asi devedes vos poco á poco tomar fianza, é fiucia mente con aquel vuestro enemigo. É si fallarédes en él buena obra y leal por siempre, en tal manera, que seades bien cierto, que en ningun tiempo, que por bien que le venga nunca vos verná dél daño, entónces farédes bien, é será vuestra pro de vos ayudar, para que otro hombre estraño no vos conquiera, ni vos destruya: ca mucho deven los hombres facer é sufrir á sus parientes é á sus vecinos, porque no sean mal traidos de los otros estraños. Pero si vieredes que aquel vuestro enemigo es tal y de tal manera, que desque lo ovieredes ayudado en guisa, que saliese por vos de aquel peligro y que despues que lo suyo fuese en salvo, que seria contra vos, é non podriades dél ser seguro (si él tal fuere) fariades

mal seso en le ayudar: é ante tengo, que le deveis estrañar cuanto pudieredes, ca pues vistes que seyendo él en tan gran queja é siendo de vos socorrido, no quiso olvidar el mal talante que vos avia, é entendistes que vos lo tenia guardado para cuando viese su tiempo, que lo podía facer, bien entenderedes, que vos non deja lugar para facer ninguna cosa, porque salga por vos de aquel gran peligro en que está. É al conde plugo mucho desto que Patronio dijo, y que le dava muy buen consejo. É porque entendió don Juan que este ejemplo era muy bueno, mandóle escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Guardaos de ser conquerido del estraño,
Siendo del vuestro guarido de todo daño.

CAPÍTULO X.

De lo que conteció á un senescal de Carcasona.

Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta guisa, é díjole: Patronio, porque yo sé que la muerte no se puede escusar, querria facer en guisa, que despues de mi muerte dejase alguna cosa señalada que fincase á mi alma, é que fincase para siempre, porque todos supiesen

que yo ficiera aquella obra, é ruégovos que me consejedes en que manera lo podré facer mejor. Señor conde, dijo Patronio, comoquier que el bien facer en cualquier guisa é por cualquier intencion que se faga, siempre el bien facer es bien. Pero para que vos supiésedes lo que hombre face por su alma como se deve facer, y á cual intencion, placermeia mucho que supiésedes lo que conteció á un senescal de Carcasona. Y el conde le preguntó, como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, un senescal de Carcasona adoleció, é desque entendió que no podia escapar, embió por el prior de los frayles predicadores é por el guardian de los frayles menores, é ordenó con ellos facienda de su alma é mandó, que luego que él fuese muerto, que cumpliesen todo aquello que mandava. É ellos ficiéronlo asi, y él avia mandado mucho por su alma: y porque fué tan bien cumplido é tan aína, estavan los frayles muy pagados é en buena intencion y en buena esperanza de la su salvacion. Y acaeció, que dende á pocos dias, que fué una muger endemoniada en la villa, y decia muchas cosas maravillosas, porque el diablo fablava en ella. Y cuando los frayles supieron las cosas que aquella muger decia, tuvieron que era bien de la ir á ver, por le preguntar si sabia alguna cosa del alma del senescal, é ficiéronlo asi. É luego que entraron por la casa en que estava la muger demoniada, ántes que ellos le preguntasen ninguna cosa, díjoles ella, que bien sabia porque venian, y que supiesen que aquel alma

porque ellos querian preguntar, que muy poco avia que se partiera della y la dejára en el infierno. Y cuando los frayles le oyeron esto decir, dijéronle que mentia, ca ciertos eran que fuera muy bien confesada, y recibiera los sacramentos de la santa madre iglesia, é que pues la fe de los Cristianos era verdadera, que no podia ser que fuese verdad lo que ella decia. Y ella díjoles, que sin duda la fe y la ley de los Cristianos toda era verdadera, y que si él, cuando muriera, ficiera lo que devia facer él que es verdadero Cristiano, que salva fuera la su anima, mas él non lo fizo como verdadero, nin buen Cristiano. Ca comoquier que mucho mandó facer por su alma, non lo fizo como devia, ni ovo buena intencion. Ca él mandó cumplir aquello despues que fuese muerto, é su intencion era, que si muriese, que lo cumpliria, mas si viviese que non ficiese nada dello, y él mandólo cumplir despues que muriese, cuando no lo podia tener, ni levar consigo. Otrosi dejávalo, porque fincase dél fama para siempre de lo que ficiera, porque huviesen fama dél las gentes é el mundo. É porende comoquier que él fizo buena obra, no lo fizo bien, é este bien hacer es la intencion, é porque la intencion del senescal non fué buena, ca fué cuando non devia ser fecha. É porende no ovo dello buen galardon.

Y vos, señor conde, pues me pedistes consejo, dígovos que el mio grado, que el bien que queredes facer, es, que lo faredes en vuestra vida, é para que ayades buen galardon dello, conviene que lo

primero que fagades, sea desfacer los tuertos que avedes fecho, ca poco valdria robar el carnero, y dar los pies por Dios: é á vos poco valdria tener mucho robado é forzado á tuerto é facer limosna de lo ageno. Y para que la limosna sea buena, conviene que aya en ella estas cinco cosas: la primera, que se faga de lo que hombre oviere de buena parte; é la otra, que la faga estando en verdadera penitencia; é la otra, que sea tanta, que sienta hombre alguna mengua por lo que da, y que sea cosa de que se duela hombre; é la otra, que la faga en su vida; é la otra, que la faga simplemente por Dios é non por vanagloria, nin por ufania del mundo. É faciendo estas cinco cosas, serán todas las obras de limosnas cumplidas, y avria hombre de todas muy buen galardon. Pero vos, nin otro, que tan cumplidamente non las pudiese facer, non deve por eso dejar de facer buenas obras, teniendo que pues non las face en las cinco maneras que son dichas, que non les tiene pro en las facer. Ca esto seria muy mala razon y seria como desesperamiento, ca cierto es, que en cualquier manera que hombre faga bien, que siempre es bien, ca las buenas obras prestan al hombre á salir de pecado, é facerlo ir á penitencia, y á salud del cuerpo, é que sea rico y honrado, y que aya buena fama de las gentes, y para todos los bienes temporales: y asi todo bien que ome faga siempre es bueno: mas seria mejor para salvamiento, y para aprovechamiento de la ánima, guardando las cinco cosas susodichas. Y el conde tuvo que era

verdad lo que Patronio le decia, y puso en su corazon de lo facer asi, é rogó á Dios que lo guiase, que lo pudiese facer en la manera que Patronio decia. Y entendiendo don Juan, que este ejemplo era muy bueno, fizolo escrevir en este libro, é fizo estos versos, que dicen asi:

Faz bien á buena intencion en tu vida,
Si quieres aver la gloria cumplida.

CAPÍTULO XI.

Del consejo que dió Patronio al conde Lucanor, cuando tenia un su hermano, que era mayor que no él, y decia que lo tenia en lugar de padre. Y el ejemplo fué de lo que aconteció á un Moro con una su hermana, que se espantava de quier que veia.

El conde Lucanor fablava otra vez con Patronio su consejero en esta guisa: Patronio, sabed que yo he un hermano, que es mayor que yo, y somos fijos de un padre y de una madre, é porque es mayor que yo, tengo que le he de tener en lugar de padre, y serle mandado. Y él ha fama que es buen Cristiano y muy cuerdo, pero aguisólo Dios asi, que yo soy mas rico y mas poderoso que él. Y comoquier que no lo da á entender, so cierto que ha ende codicia, y cada que yo he

menester su ayuda, ó que faga por mí alguna cosa, dáme á entender que lo deja de facer, porque seria pecado, y estrañamelo tanto, fasta que lo parte por esta manera. Y algunas veces que ha menester mi ayuda, dáme á entender, que aunque todo el mundo se perdiese, que no devo dejar de aventurar el cuerpo y cuanto tengo porque faga lo que á él cumple. Y porque yo paso con él en esta guisa, ruégovos que me consejedes lo que vierdes que yo devo facer en esto, é lo que mas cumple que yo faga. Señor conde, dijo Patronio, á mí parece que la manera, que este vuestro hermano trae con busco, semeja mucho á lo que dijo un Moro á una su hermana. El conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, un Moro avia una hermana, y era tan regalada, que de quier que veia ó le facian, que de todo dava á entender que tomava recelo y se espantava, y tanto avia á esta manera, que cuando bevia agua en unas terrazuelas, que la suelen bever, que suena el agua cuando beven con ellas, cuando aquella Mora oia aquel sueno, que facia aquel agua en aquella terrazuela, dava á entender, que tan gran miedo avia de aquel sueno, que se queria amortecer. Y aquel su hermano era buen mancebo, mas era muy pobre, y porque la gran pobreza face al ome facer lo que non quiere, no podia escusar aquel mancebo de no buscar la vida vergonzosamente, y fizolo asi. Cada dia que moria algun ome, iba de noche, y tomávale la mortaja y lo que enterravan con él, y desto

mantenia á sí y á la hermana y á su compañía. Y su hermana sabia esto: y acaeció que murió un ome muy rico, y enterraron con él muy ricos paños y otras cosas que valian mucho. Cuando la hermana esto supo, dijo á su hermano, que ella queria ir con él aquella noche para traer aquello con que aquel ome avian enterrado. Desque la noche vino, fueron el mancebo y su hermana á la fuesa del muerto y abriéronla, y cuando le cuidaron quitar los paños muy preciados, que tenia vestidos, non pudieron sino rompiendo los paños ó quebrando las cervices del muerto. Cuando la hermana vió, que si non quebrasen el pescuezo del muerto, avian de romper los paños, y que perderian mucho de lo que valian, fué tomar con las manos muy sin duelo y sin piedad de la cabeza del muerto y descoyuntólo todo é sacó los paños, que tenia vestidos, é tomaron cuanto hi estava é fuéronse con ello. Y luego otro dia cuando se asentaron á comer, desque comenzaron á bever, cuando la terrazuela comenzó á sonar, dió á entender que se queria amortecer de miedo de aquel sueno que facia la terrazuela. Cuando el hermano aquello vió, é se acordó, cuan sin miedo descoyuntava la cabeza del muerto, dijo en su Algaravia: *A ha ya hati, tassa niboa valo tassa ni fortuheni.* Esto quiere decir: ¿Aha, hermana, espantádesvos del sonido de la terrezuela, que face butu butu, é non vos espantades del descoyuntamiento del pescuezo del muerto? Este proverbio es aora aun muy retraido entre los Moros.

É vos, señor conde Lucanor, si aquel vuestro hermano mayor vedes, que en lo que á vos cumple se escusa por la manera que avedes dicho, dando á entender que tiene por muy gran pecado lo que vos querríades que ficiese por vos, non seyendo tanto como él dice, é tiene que es guisado é dice que fagades vos lo que á él cumple, y aunque sea mayor pecado, y mayor vuestro daño, é entendiendo que de la manera de la Mora que se espantava del sonido de la terrezuela, é non se espantava de descoyuntar la cabeza del muerto. Y pues él quiere que fagades vos por lo que seria vuestro daño si lo ficierdes, faced vos lo que él face á vos é decilde buenas palabras, é mostralde buen talante. Y en lo que vos non empeciere, faced por él lo que le cumpliere. Mas en lo, que fuere vuestro daño, partidlo siempre en la mas apuesta manera que pudierdes, y en cabo por una guisa ó por otra guardadvos de facer vuestro daño. El conde tuvo este por buen consejo, y fízolo asi, y fallóse ende bien. Y entendiendo don Juan, que este ejemplo era muy bueno, fízolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Quien non quisier lo que te cumpliere facer,
Non quieras tu por él lo tuyo perder.

CAPÍTULO XII.

De lo que conteció á Saladin con una dueña, muger de un cavallero su vasallo.

Un dia fablava el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta guisa: Patronio, bien sé yo ciertamente que vos avedes tal entendimiento, que hombre de los que son aora en esta tierra, no podrian dar aora tan buen recaudo á ninguna cosa, que le preguntasen, como vos, y porende vos ruego que me digades, cual es la mejor cosa que hombre puede aver en sí. Esto vos pregunto, porque bien entendido tengo, que muchas cosas ha menester el hombre para saber acertar en lo mejor, y facerlo: ca por entender hombre la cosa y no obrar della bien, no tengo que mejora mucho en su facienda: y porque las cosas son tantas, querria saber á lo ménos una, porque siempre me acordase della para la guardar. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, vos por la vuestra merced me loades mucho, y señaladamente decides que yo he muy gran entendimiento. Señor conde, yo recelo que vos engañades en esto, y bien creed, que no ha cosa en el mundo en que hombre tanto ni tan de ligero se engañe, como conocer los hombres, y cuales son en sí, y de que entendimiento sean. Estas son

dos cosas: la una, cual es el hombre en sí, y la otra, que entendimiento ha. Y para saber, cual es en sí, ha lo de mostrar en las obras que ficiere á Dios é al mundo, ca muchos parecen que facen buenas obras, y son buenas, y todo el su bien es para este mundo. Y creed, que toda esta bondad, que les costará muy cara, ca por este bien que dura un dia, sofrirán mucho mal sin fin. Y otros facen buenas obras para servicio de Dios, y no cuidan en lo del mundo. Y comoquier que estos escogen la mejor parte, y lo que nunca les será tirado, nin la perderán, pero los unos nin los otros no guardan entramas las carreras, que son lo de Dios y del mundo, y para las guardar amas ha menester muy buenas obras y muy gran entendimiento, que tan grave cosa es de facer esto, como tener la mano en el fuego, y no sentir la su calentura. Pero ayudándole Dios y ayudándose hombre todo se puede facer, ca ya fueron muchos buenos reyes, y otros hombres santos, pues estos buenos fueron á Dios y al mundo. Otrosi para saber cual ha buen entendimiento ha menester muchas cosas, ca muchos dicen buenas obras y grandes sesos, y no saben ó no pueden ó no quieren decir tres palabras á derechas, y otros fablan muy bien sus faciendas é asaz son de malas intenciones. É comoquier que estos obran bien para sí, obran mal para las gentes. Y destos tales dice la escritura, que son tales como el loco, que tiene la espada en la mano, y como el principe, que ha gran poder. Mas para que vos podades conocer en todos los

otros hombres, cual es bueno á Dios y al mundo, y cual es de buen entendimiento, y cual es de buena palabra, y cual es de buena intencion, y para lo escoger verdaderamente, conviene que non juzguedes á ninguno sino por las obras, que ficiere luengamente y no poco tiempo, como vierdes que mejora ó empeora su facienda, ca en estas dos cosas se parece todo lo que de suso es dicho. Y todas estas razones vos dije aora, porque vos loades mucho á mí y al mi entendimiento, y so cierto, que desque entendierdes estas cosas y las catardes, que me non loaredes tanto. Y á lo que me preguntastes, que vos dijese, cual era la mejor cosa, que hombre podria aver en sí, para saber desto la verdad, querria mucho que supiésedes lo que conteció á Saladin con una buena dueña, que era muger de un su vasallo. Y el conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, Saladin era soldan de Babilonia é traia consigo muy gran gente. Y un dia, que todos no podian posar con él, fuése posar á casa de un su cavallero. Y cuando el cavallero vió á su señor (que era hondrado) en su casa, fízole cuanto servicio pudo, y él y su muger y sus fijos sirviéronle cuanto pudieron: y el diablo, que se trabaja en que faga el hombre lo mas desaguisado, puso en el talante de Saladin, que olvidase todo lo, que devia amar, y que amase aquella dueña como no devia, y el amor fué tan grande, que él ovo de traer aconsejarse con un su mal consejero, en que manera podria cumplir lo que él

queria. Y devedes saber, que todos devian rogar á Dios, que guardase á su señor de querer facer mal fecho, é si el señor lo quiere, cierto sed que nunca menguará quien ge lo conseje y quien le ayude á lo cumplir. Y conteció á Saladin, que luego falló quien le consejó como pudiese cumplir aquello que él queria. Y aquel mal consejero consejóle, que embiase por su marido, y que le ficiese mucho bien, y que le diese muy gran gente de que fuese mayoral, y á cabo de algunos dias que le embiase á alguna tierra lueña en su servicio, y en cuanto el cavallero estuviese allá, que podria él cumplir toda su voluntad: y desto plúgo mucho á Saladin, y fizolo asi. Y desque el cavallero fué ido en su servicio, cuidando que iba muy bien andante y muy amigo de su señor, fuése Saladin para su casa. Y desque la buena dueña supo, que Saladin venia, porque tanta merced avia fecho á su marido, recibiólo muy bien y fizole mucho servicio y cuanto placer pudo ella y toda su compañía. Y desque la mesa fué alzada, y Saladin entró en su cámara, embió por la dueña, y ella teniendo que embiava por al, fué á él, y Saladin le dijo, que la amava mucho. Y luego que ella esto oyó, entendióle muy bien, pero dió á entender, que no entendiâ aquella razon, y díjole que le diese Dios buena vida, y que ge lo gradecia, ca bien sabia Dios, que mucho deseava la su vida, y que siempre rogava á Dios por él, como lo devia facer, porque era su señor y señaladamente por cuanto bien y merced ficiera á su marido y á ella. Y Saladin le dijo,

que sin todas aquellas razones le amava mas que á otra muger del mundo, y ella teníagelo en merced, no dándole á entender que entendia otra razon hi que vos iré mas alongando. Saladin le ovo de decir como la amava: y cuando la buena dueña esto oyó, como era muy buena y de buen entendimiento, respondióle asi á Saladin: Señor, comoquier que yo asaz muger de pequeña guisa so, pero bien sé que el amor no es en poder del hombre, ántes es el hombre en poder del amor: y pienso, que si vos grande amor me avedes como decides, que podria ser verdad esto, que vos decides: pero asi como esto sé bien, asi sé otra cosa, que cuando los hombres y señaladamente los señores vos pagades de algunas mugeres, dades á entender que farédes cuanto ella quisiere, y desque ella finca mal andante y escarnida, apreciádesla poco como es derecho, y finca del todo mal. É yo, señor, recelo que conteceria asi á mí. Y Saladin ge lo comenzó á desfacer y prometíale cuanto ella quisiese, porque fincase muy bien andante. Y desque Saladin esto le dijo, respondióle la buena dueña, que si él le prometiese de cumplir lo que ella le pediria ante que le ficiese fuerza, ni escarnio, que ella le prometia que luego, que lo huviese cumplido, faria ella todo lo que él mandase. Y Saladin dijo, que recelava, que le pediria que no la fablase mas en aquel fecho. Y ella le dijo, que no le demandaria eso, ni cosa que él muy bien no pudiese facer. Y Saladin ge lo prometió, y la buena dueña le besó la mano y el pie y díjole, que lo que dél

queria era, que le dijese, cual era la mejor cosa, que hombre podria aver en sí, y que era madre é cabeza de todas las bondades. Y cuando Saladin esto oyó, comenzó muy fuertemente á cuidar, é no pudo fallar que respondiese á la buena dueña. Y por lo que le avia prometido, díjole que queria acordar sobre ello, y ella díjole que le prometia que en cualquier tiempo que él diese desto recaudo, que ella cumpliria todo lo que él mandase. Y asi fincó el pleito asosegado entre ellos; y Saladin fuése para sus gentes y comenzó por otra razon y preguntó á todos sus sabios por esto. Y los unos decian, que era verdad para el otro mundo, mas que por ser solamente de buen ánima, que no seria por esto mucho bueno para este mundo. É otros decian, que comoquier que ser leal es muy buena cosa, que podria ser leal, y seria muy cobarde ó muy escaso ó muy torpe ó mal acostumbrado y asi que al avia menester, aunque fuese muy leal. Y en esta guisa fablavan en todas las cosas, y no podian acordar en lo que Saladin preguntava. Y desque Saladin no fallava, quien le diese recaudo á su pregunta en toda su tierra, tomó consigo dos joglares, y esto fué porque mejor pudiese andar por el mundo, y desconocidamente pasó la mar y fué á la corte del papa, do se ajuntan todos los Cristianos, y preguntando por aquella razon, nunca falló quien le diese recaudo. Y dende fué á casa del rey de Francia, é á todos los reyes, y nunca falló recaudo. Y en esto moró allá tanto tiempo, que era muy repentido de lo que avia co-

menzado, ca sin duda el gran hombre mengua face, si deja lo que una vez comienza solamente que el fecho no sea malo ó pecado: mas si por miedo ó por trabajo lo deja, no se podria de mengua escusar. Y porende Saladin no queria dejar de saber aquello por que fuera de su tierra. Y acaeció, que andando un dia por su camino con sus joglares, que toparon un escudero, que venia de correr monte é avia muerto un ciervo, y el escudero casara poco tiempo avia, é avia un padre muy viejo, que fuera el mejor cavallero, que fuera en toda aquella tierra, y por la gran vejez no via y no podia salir de su casa, pero avia el entendimiento tan bueno y tan cumplido, que no le menguava ninguna cosa por la vejez. Y el escudero que venia de su caza muy alegre, preguntó á aquellos hombres que donde venian, y que hombres eran. Ellos le dijeron, que eran joglares. Y cuando él esto oyó, plúgole ende mucho, y díjoles que él venia muy alegre de su caza, y para cumplir el alegria, que pues ellos eran buenos joglares, que fuesen con él esa noche. Y ellos le dijeron que iban á muy gran priesa, que muy gran tiempo avia que se partieron de su tierra en demanda de una cosa, y que non pudieron fallar della recaudo, y que se querian tornar, y que por eso no podian ir con él esa noche. Y el escudero les preguntó tanto, fasta que lo ovieron á decir aquello que cosa era que querian saber. Y cuando el escudero esto oyó, díjoles, que si su padre no les diese consejo á esto, que no ge lo daria hombre del mundo, y contóles que hombre

era su padre. Y cuando Saladin aquel que el escudero tenia por joglar oyó esto, plúgole ende mucho, é fuéronse con él. Y desque llegaron á casa de su padre, y el escudero le contó como venia mucho alegre, porque cazara muy bien, y aunque avia mayor alegria porque traia consigo aquellos joglares, y dijo á su padre lo que andavan preguntando, y pidióle por merced, que les dijese lo que desto entendia él, ca él les avia dicho, que pues no fallavan quien desto les diese recaudo, que si su padre no ge lo dijese, que no fallarian hombre que les diese recaudo. Cuando el cavallero anciano esto oyó, entendió que él que esta pregunta facia, que no era joglar, y dijo á su fijo, que despues que huviesen comido, que él les daria recaudo en esto que le preguntavan. Y el escudero dijo esto á Saladin, que él tenia por joglar, de que fué Saladin mucho alegre. Y desque los manteles fueron levantados y los joglares ovieron fecho su menester, díjoles el cavallero anciano, que le dijera su fijo, que ellos andavan faciendo una pregunta, y non fallavan hombre quien les diese recaudo, y que ellos le dijesen que pregunta era aquella, y él que les diria lo que entendia. Y entónces Saladin, que andava por joglar, díjole que la pregunta era esta: Que cual era la mejor cosa que hombre podria aver en sí y que era madre y cabeza de todas las bondades. Y cuando el cavallero anciano oyó esta razon, entendióla muy bien, y otrosi conoció en la palabra, que aquel era Saladin, y él visquiera con él muy gran tiempo en su casa, é recibiera

dél mucho bien y mucha merced, y dijo: Amigo, la primera cosa, que vos respondo, dígovos que cierto so que fasta el dia de oy, que nunca tales joglares entraron en mi casa; y sabed, que si yo derecho ficiere, que vos devo conocer cuanto bien de vos tomé;' pero desto no vos diré aora nada, fasta que fable con vos en poridad, porque no sepa ninguno nada de vuestra facienda. Pero cuanto á la pregunta, que facedes, vos digo, que la mejor cosa que hombre puede aver en sí y que es madre y cabeza de todas las bondades, dígovos que esta es la vergüenza, ca por vergüenza sufre hombre la muerte, que es la mas grave cosa que puede ser, y por vergüenza deja hombre de facer todas las cosas, que no parecen bien, por gran voluntad que aya de las facer; y ansi en la vergüenza ay comienzo y cabo de todas las bondades, y la desvergüenza es comienzo de todos los malos fechos. Cuando Saladin esta razon oyó, entendió verdaderamente que era asi como aquel cavallero decia: y pues entendió, que avia fallado recaudo de la pregunta que facia, ovo ende muy gran placer, y despidióse del cavallero é del escudero, cuyos huéspedes avian seido. Mas ántes que se partiesen de su casa, fabló con el cavallero anciano, y díjole como le conocia, y era Saladin, y contóle cuanto bien avia dél recebido, y él é su fijo ficiéronle cuanto servicio pudieron, pero en guisa que non fué descubierto. Y desque estas cosas fueron pasadas, enderezó Saladin para se ir á su tierra cuanto mas aina pudo. Y desque llegó á su tierra, ovieron

las gentes con él muy gran placer por la su venida. Y despues que aquellas alegrias fueron pasadas, fuése Saladin para casa de aquella buena dueña, que le ficiera aquella pregunta. Y desque ella supo que Saladin venia á su casa, recibiólo muy bien, y fizole cuanto servicio pudo. Y despues que Saladin ovo comido y entró en su cámara, embió por la buena dueña, y ella vino á él, y Saladin le dijo cuanto avia trabajado por fallar respuesta cierta de la pregunta que le ficiera, y que la avia fallado, y pues le podia dar respuesta complida asi como le avia prometido, que ella otrosi cumpliese lo que le avia prometido. Y ella díjole que le pedia por merced, que le guardase lo que le avia prometido, y que le diese la respuesta á la pregunta que le avia fecho, é si fuese tal, que el mismo entendiese, que la respuesta era cumplida, que ella muy de grado compliria todo lo que le avia prometido. Y estónces le dijo Saladin, que le placia desto que ella le decia, y díjole, que la respuesta de la pregunta, que ella ficiera, que era esta. Que ella le preguntara cual era la mejor cosa que el hombre podria aver en sí, y que era madre y cabeza de todas las bondades, y que le respondia, que la mejor cosa que hombre podria aver en sí, y que es madre y cabeza de todas las bondades, que esta era la vergüenza. Y cuando la buena dueña esto oyó, fué muy alegre y díjole: Señor, aora conozco que decides verdad, y que me avedes cumplido lo que me prometistes: y pídovos por merced que me digades verdad, asi como rey la deve decir en lo

que vos preguntare, si cuídades que ha en el mundo mejor hombre que vos. Y Saladin le dijo, que comoquier que se le facia muy gran vergüenza de lo decir: pero pues él le avia á decir verdad asi como á rey, que él decia que cuidava, que mejor era que los otros, y que no avia otro mejor que él. Y cuando la buena dueña esto oyó, dejóse caer en tierra ante los sus pies, y díjole asi muy fieramente: Señor, vos me avedes aqui dicho dos muy grandes verdades: la una, que sodes el mejor hombre del mundo; la otra, que vergüenza es la mejor cosa que hombre puede aver en sí. É, señor, pues vos esto concededes, y sodes el mejor hombre del mundo, pídovos por merced, que querades aver en vos la mejor cosa del mundo, que es la vergüenza, y que ayades vergüenza de lo que decides. Y cuando Saladin todas estas buenas razones oyó, entendió como aquella buena dueña con la su bondad y con su buen entendimiento supiera aguisar, que fuese él guardado de tan gran yerro, gradeciólo mucho á Dios. Y comoquier que la él amava á tan de corazon ante de otro amor, amóla mucho mas de alli adelante de amor leal y verdadero, cual deve aver el buen señor y leal á todas sus gentes, y señaladamente por la bondad della, embió por su marido, y fízoles tanta honra y tanta merced, porque ellos y todos los que dello vinieron fueron bien andantes entre todos sus vecinos. Y todo este bien acaeció por la bondad de aquella buena dueña, y porque ella guisó que fuese sabido, la vergüenza es mejor cosa que hombre puede aver

en sí, y es madre é cabeza de todas las bondades.

Y pues vos, señor conde Lucanor, me preguntades cual es la mejor cosa que hombre puede aver en sí, dígovos que la vergüenza, ca la vergüenza face al hombre esforzado y franco y leal y de buenas costumbres y de buenas maneras y facer todos los bienes que face. Pero creed bien, que todas estas cosas face hombre mas con vergüenza, que con talante de lo facer. Y otrosi, por la vergüenza deja hombre de facer todas las cosas desaguisadas, que la voluntad al hombre viene de facer. Y porende cuan buena cosa es aver el hombre vergüenza de facer lo que non deve, y dejar de facer lo que deve: tan mala y tan dañosa y tan fea cosa es él que pierde la vergüenza. Y deves saber que yerra mucho fieramente él que face algun fecho vergonzoso, cuidando que pues que lo face encubiertamente, que non deve ende aver vergüenza; é cierto creed, que no ha cosa, por encubierta que sea, que tarde ó aína no sea sabida, y aunque luego, que la cosa vergonzosa se faga, no aya ende vergüenza, devia el hombre cuidar que vergüenza seria cuando fuese sabido; y cuando en todo esto non cuidase, deve entender cuan sin ventura es, pues sabe, que si un mozo viere que ven lo que él face, que lo dejará por su vergüenza, y no lo dejará por aver vergüenza, ni miedo de Dios que lo vé y lo sabe, y es cierto que le dará la pena que él mereciere. Y aora, señor conde Lucanor, vos he respondido en esta pregunta, y con esta

respuesta vos he respondido á las preguntas, que me avedes fecho, y avedes estado en ello tanto tiempo, que so cierto, que son enojadas muchas de vuestras compañías, y señaladamente se enojan ende los que non han muy gran talante de oir nin de aprender las cosas de que se pueden mucho aprovechar. Y contéceles como á las bestias que van cargadas de oro, que sienten el peso que llevan acuestas, é non se aprovechan de la pro, que ha en ello; y ellos sienten el enojo de lo que oyen, y non se aprovechan de las cosas buenas y aprovechosas que oyen. Y porende vos digo, que lo uno por esto, y lo al por el trabajo que he tomado en las otras respuestas que vos di, que vos non quiero mas responder á otras preguntas, que me fagades, que en este ejemplo vos quiero facer fin á este libro. É porque don Juan tovo este por buen ejemplo, fizolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

La vergüenza todos males parte,
Por ella face ome bien sin arte.

CAPÍTULO XIII.

De lo que conteció á un dean de Santiago con don Illan el mágico, que morava en Toledo.

Otro dia fablava el conde Lucanor con Patronio su consejero, y contóle su hacienda en esta guisa: Patronio, un hombre me vino á rogar que le ayudase en un fecho que avia menester mi ayuda, y prometióme que faria por mí todas las cosas que fuesen mi pro y mi honra: y yo comencéle de ayudar cuanto pude en aquel fecho, y ante que el pleito fuese acabado, entendió él que ya el su pleito era librado, é acaeció una cosa en que cumplia que él la ficiese por mí, y roguéle que la ficiese por mí, é púsome escusa, é despues acaeció otra cosa que pudiera facer por mí, y púsome escusa como la otra vez, é esto me fizo en todo lo que le yo rogué que ficiese por mí. Y aquel fecho por que él me rogó no es aun librado, nin se librará si yo non quisiere, é por la fiucia, que yo he en vos y en el vuestro entendimiento, ruégovos que me consejedes lo que faga en esto. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, para que vos fagades en esto lo que devedes, mucho querria que supiesedes lo que conteció á un dean de Santiago con don Illan el gran mágico, que morava en Toledo. El conde le preguntó como fuera aquello.



Señor conde, dijo Patronio, en Santiago avia un dean, que avia muy gran voluntad de saber el arte de la nigromancia, é oyó decir que don Illan de Toledo sabia ende mas que ninguno, que fuese en aquella sazon, é porende vínose para Toledo para aprender de aquella ciencia. Y el dia que llegó á Toledo, enderezó luego á casa de don Illan, é fallólo que estava leyendo en una cámara muy apartada. Y luego que llegó á él recibiólo muy bien y díjole, que non queria que le dijese ninguna cosa de lo porque viniera fasta que huviese comido, y pensó muy bien dél, é fizole dar muy buenas posadas y todo lo que ovo menester, y dióle á entender que le placia mucho con él. Y despues que huvieron comido, apartóse con él, y contóle la razon, porque alli viniera, y rogólo mucho afincadamente, que le mostrase aquella ciencia, y que él avia muy gran talante de la aprender. Y don Illan dijo, que él era dean y hombre de gran guisa, y que podria llegar á gran estado, y los hombres que tienen gran estado de que todo lo suyo han librado á su voluntad, olvidan mucho aína lo que otri ha fecho por ellos, y que él que se recelava, que de quel oviese aprendido aquello que él queria saber, que le non faria tanto bien como él le prometia. É el dean le prometió, y le aseguró, que de cualquier bien que él oviese, que nunca faria sino lo que él mandase, y en estas fablas estuvieron desde que huvieron yantado fasta hora de cena. Y desque su pleito fué bien asosegado entre ellos, dijo don Illan al dean, que aquella ciencia non se

podia aprender, si non en lugar mucho apartado, y que luego esa noche le queria mostrar donde avian de estar fasta que huviese aprendido aquello, que él queria saber. É tomóle por la mano é levóle á una cámara. Y en apartándose de la otra gente llamó á una manceba de su casa é díjole que tuviese perdices para que cenasen en esa noche, mas que non las pusiese á asar fasta que él ge lo mandase. Y desque esto huvo dicho, llamó al dean, é entraron amos por una escalera de piedra muy bien labrada, y fueron descendiendo por ella muy gran pieza en guisa que parecian tan bajos, que pasava el rio Tajo sobre ellos. É desque fueron en cabo de la escalera, fallaron una posada muy buena en una cámara mucho apuesta, que ahi avia, do estavan los libros y el estudio en que avian de leer. Desque se asentaron, estavan parando mientes, en cuales libros avian de comenzar. Estando ellos en esto entraron dos hombres por la puerta, y diéronle una carta que le embiava el arzobispo su tio, en que le facia saber, que estava muy mal doliente, y que le embiava á rogar, que si le queria ver vivo, que se fuese luego para él. Al dean pesó mucho con estas nuevas, lo uno por la dolencia de su tio, lo al por recelo que avrian á dejar su estudio tan aína: y fizo sus cartas de respuestas, y embiólas al arzobispo su tio. Y dende á cuatro dias llegaron otros hombres á pie, que traian otras cartas al dean, en que le facia saber que el arzobispo era finado, y que estavan todos los de la iglesia en su eleccion, y que fiavan por la merced

de Dios, que esleirian en él, y que por esta razon non se quejase de ir á la iglesia, y que mejor era para él en que lo esleyesen, seyendo él en otra parte, que non estando en la iglesia. Y dende á cabo de ocho ó siete dias vinieron dos escuderos muy bien vestidos y muy bien aparejados, y cuando llegaron á él, besáronle la mano y mostráronle las cartas, y como le avian esleido por arzobispo. Y cuando don Illan esto oyó, fué al electo, y díjole como gradecia mucho á Dios por estas buenas nuevas que llegaron á su casa: y pues Dios tanto bien le ficiera, que le pedia por merced, que el deanazgo, que fincava vacado, que le diese á un su hijo. Y el electo le dijo, que le rogava, que quisiese consentir que aquel deanazgo lo huviese un su hermano, mas que él le faria bien en la iglesia en guisa que él fuese pagado, y que le rogava que se fuese con él á Santiago, y que levase con él aquel su fijo. Y don Illan le dijo, que lo faria, y fuéronse para Santiago. Y cuando allá llegaron, fueron bien recebidos y mucho honradamente. Y desque moraron hi un tiempo, un dia llegaron al arzobispo mandaderos del papa con sus cartas, en como le dava el obispado de Tolosa, é que le facia gracia que pudiese dar el arzobispado á quien él quisiese. Y cuando don Illan esto oyó, retrayéndole mucho afincadamente lo que con él avia pasado, pidiéndole de merced que le diese á su fijo. Y el arzobispo le rogó que consintiese, que lo huviese un su tio hermano de su padre, y don Illan dijo, que bien entendia que le facia muy gran tuerto,

pero que lo consentia en tal, que fuese seguro, que ge lo enmendaria adelante. Y el arzobispo le prometió en toda guisa que él lo faria, y rogóle que fuese con él á Tolosa, y que levase á su fijo. Y desque llegaron á Tolosa, fueron muy bien recebidos de condes y de cuantos hombres buenos avia en la tierra. Y desque huvieron hi morado fasta dos años, llegáronle mandaderos del papa con sus cartas, en como le facia el papa cardenal, y que le facia gracia que diese el obispado de Tolosa á quien él quisiese. Y entonce fué á él don Illan y díjole: Que pues que tantas veces le avia fallecido de lo que con él pusiera, que ya aqui non avia lugar de le poner escusa ninguna, que le non diese alguna de aquellas dignidades á su fijo. Y el cardenal rogóle que consintiese, que huviese aquel obispado un su tio, hermano de su madre, que era hombre bueno anciano, mas que pues él cardenal era, que fuese con él para la corte, ca asaz averia en que le ficiese bien. Y don Illan aquejóse ende mucho, pero consintió en lo que el cardenal quiso, y fuése con él para la corte. Y desque hi llegaron, fueron muy bien recebidos de los cardenales y de cuantos en la corte eran, y moraron hi muy gran tiempo. Y don Illan afincando cada dia al cardenal, que le ficiese alguna gracia á su fijo, él poníale sus escusas. Y estando asi en la corte, finó el papa, y todos los cardenales elegieron aquel cardenal por papa. Y estonce fué á él don Illan y díjole, que ya no le podia poner escusa de le non cumplir lo que le avia prometido. Y el papa

dijo, que non le afincase tanto, que siempre avria lugar en que le ficiese merced segun fuese razon. É don Illan se comenzó á quejar ende mucho, retrayéndole cuantas cosas le prometiera, é que nunca le avia cumplido ninguna, é diciéndole que aquello recelara él la primera vegada que con él fablara. Y pues aquel estado era llegado, y no le cumplia lo que le prometiera, que ya no le fincava lugar en que atendiese dél bien ninguno. Y deste afincamiento se quejó mucho el papa, y comenzóle á maltraer, y diciéndole que si mas le afincase, que le faria echar en una cárcel, que era herege y encantador, y que bien sabia él que no avia él otra vida, nin otro oficio en Toledo, donde él morava, sino vivir por aquella arte de la nigromancia. Y desque don Illan vió cuan mal le galardonava el papa lo que por él avia fecho, despidióse dél, é solamente non le quiso dar el papa que comiese por el camino. Entónces don Illan dijo al papa, que pues él non tenia que comer, que se avia á tornar á las perdices que mandara traer aquella noche, é llamó la muger, y díjole que asase las perdices. Y cuando esto dijo don Illan, fallóse el papa en Toledo, dean de Santiago como lo era cuando hi vino, y tan grande fué la vergüenza que ovo, que non supo que le decir, y don Illan díjole que fuese en buena ventura, que asaz avia provado lo que tenia en él, y que se tuviera por malaventurado si le huviera dado parte de las perdices.

Y vos, señor conde Lucanor, pues vedes que tanto facedes por aquel hombre que vos demanda

ayuda, y non vos da ende mejores gracias, tengo que non avedes vos porque trabajar, nin aventurarvos mucho por llegar á lugar, que vos dé tal galardon como el dean dió á don Illan. El conde tuvo este por buen ejemplo y por buen consejo é fízolo asi, y fallóse ende bien. Y porque don Juan entendió, que este ejemplo era muy bueno, fízolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Al que mucho ayudares, y non te lo gradeciere
Atiende ménos dél, aun cuando mas oviere.

CAPÍTULO XIV.

De lo que conteció al rey Ben Avit de Sevilla con la reina Romaquia su muger.

Un dia fablava el conde con Patronio en este manera: Á mí conteció con un hombre asi, que muchas veces me ruega que le ayude y le dé algo de lo mio, comoquier que cuando faga aquello, quél me ruega, da á entender, que me lo agradece, y luego que otra vez me pide alguna cosa, si lo non fago asi como él quiere, luego se ensaña, y da á entender, que me lo non agradece, y que ha olvidado todo lo que fiz por él. Y por el buen entendimiento, que avedes, ruégovos que me con-

sejedes en que manera pase con este hombre. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, á mí parece que vos contece con este hombre, segun conteció al rey Ben Avit de Sevilla con la reina Romaquia su muger. Y el conde le preguntó, que le dijese, como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, el rey Ben Avit de Sevilla era casado con Romaquia, y amávala muy mas que á cosa del mundo, y ella era muy buena muger, y los Moros han della muy buenos ejemplos. Pero una manera avia, que non era muy buena: esto era, que á las vegadas tomava algunos antojos á su voluntad. Y acaeció, que un dia estando en Córdova en el mes de Febrero, cayó una nieve, y cuando Romaquia esto vió, comenzó á llorar. Y el rey le preguntó, porque llorava. Y ella dijo, que porque nunca la dejava estar en tierra á que huviese nieve. Y el rey por le facer placer fizo poner almendrales por toda la sierra de Córdova, porque pues Córdova es tan caliente tierra y non nieva hi cada año y que en el mes de Febrero pareciesen los almendrales floridos, que semejavan nieve, por le facer perder el deseo de la nieve. Y otra vez estando Romaquia en una cámara sobre el rio, vió una muger, que estava descalza rebolviendo lodo cerca el rio, para facer adobes. Y cuando Romaquia la vió, comenzó de llorar. Y el rey preguntóle, porque llorava. Y ella díjole, que porque nunca podia estar á su guisa, siquier faciendo aquello que facia aquella muger. Y entonce por le facer placer, mandó henchir de agua de rosas

aquella albuhera de Córdova, en lugar de agua, y en lugar de lodo fízola henchir de azúcar y de canela y de agengibre y espar y alambar y algalia y de todas las otras buenos especias y de buenos olores que podian ser, y en lugar de paja fízole poner cañas de azúcar. Y desque destas cosas fué llena la alberca, y de tal lodo, cual podedes entender que podria ser, dijo el rey á la Romaquia, que se descalzase y follase aquel lodo y ficiese adobes dél cuantos quisiese. Y otro dia por otra cosa que se le antojó, comenzó á llorar, y el rey preguntóle, porque lo facia, y ella dijo, que como non llorara, que nunca ficiera el rey cosa por le facer placer. Y el rey veyendo, que pues tanto avia fecho por le facer placer, y por cumplir su talante, y que ya non sabia que pidiese, díjole una palabra que se dice en Algarabia desta manera: *ehu alenahac aten*, que quiere decir: y non el dia del lodo, como diciendo, que pues las otras cosas olvidava, que non devia olvidar el lodo que él ficiera por le facer placer.

Y vos, señor conde Lucanor, si vedes que por cosa que por aquel hombre fagades, que si non facedes lo que vos dice, que luego olvida é desagradece todo lo que por él avedes fecho, conséjovos que non fagades por él tanto, que se vos torne en gran daño de vuestra facienda y á vos. Otrosi conséjovos, que si alguno ficiere por vos alguna cosa que vos cumpla, y despues non ficiere todo lo que vos querriades, que por esto nunca lo desconozcades el bien que vos vino de lo que por vos fizo.

Y el conde tomó este ejemplo por buen consejo y fizolo asi, y fallóse ende bien. Y porque entendió don Juan, que este era buen ejemplo, fízolo escrevir en este libro, é fizo estos versos, que dicen asi:

Quien desconoce tu buen fecho,
Déjale por tu provecho.

CAPÍTULO XV.

De lo que conteció á un Lombardo en Boloña.

El conde Lucanor fablava un dia con Patronio su consejero en su facienda, y el conde le dijo: Patronio, algunos hombres me consejan, que ayunte el major tesoro que pudiere, y que este me cumple mas que otra cosa, por cualquier cosa que me contezca: y ruégovos que me digades, que es lo que vos parece en ello. Señor conde, dijo Patronio, comoquier que á los grandes señores vos cumple aver algun tesoro para muchas cosas, señaladamente porque no dejedes por mengua de aver de facer lo que vos cumpliere. Pero no entendades que este tesoro devedes ayuntar en guisa, que pongades tanto el talante en ayuntar el tesoro, que dejedes de facer lo que devedes á vuestras gentes, y para guarda de vuestra honra y de vuestro estado, ca si lo ficiésedes, podervosia acaecer lo que acaeció

á un Lombardo en Boloña. El conde le preguntó le dijese como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, en Boloña avia un Lombardo, que avia muy gran tesoro, y non catava si era de buena parte ó no, sino ayuntarlo en cual manera pudiese. Y el Lombardo adoleció de dolencia mortal, y un su amigo que avia, cuando lo vió á la muerte, consejóle que se confesase con Santo Domingo, que era entonce en Boloña, y él quísolo facer. É cuando fueron por Santo Domingo, Santo Domingo mandó á un fraile, que fuese allá. Y cuando los fijos del Lombardo supieron, que avian embiado por Santo Domingo, pesóles ende mucho, temiendo que Santo Domingo faria á su padre, que diese lo que avia por su alma, é que non fincaria nada á ellos. Y cuando el frayle vino, dijéronle que sudava su padre, mas cuando cumpliese, que ellos embiarian por él, y á poco rato perdió el Lombardo la fabla y murió, en guisa que non fizo nada de lo que avia menester para su alma. Y otro dia cuando se llevavan á enterrar, rogaron á Santo Domingo que predicase de aquel Lombardo, y Santo Domingo fizolo. Y cuando en la predicacion huvo de fablar de aquel hombre, dijo una palabra que dice en el evangelio asi: *ubi est thesaurus tuus, ibi est cor tuum*, que quiere decir: do es tu tesoro, hi es el tu corazon. Y cuando esto dijo, tornóse á las gentes y díjoles: Amigos, porque veades que la palabra del evangelio es verdadera, faced catar el corazon á este hombre, y yo vos digo que non lo fallarán en el su cuerpo,

y fallarlohan en el arca, do tenia el tesoro suyo. Y entónces fueron catar el corazon en el cuerpo del Lombardo, é no lo fallaron, y falláronlo en el arca, como Santo Domingo dijo, y estava lleno de gusanos, y olia peor que ninguna cosa, por mala ni podrida que fuese.

Y vos, señor conde Lucanor, comoquier que el tesoro como de susodicho alleguedes, guardad dos cosas: la una, que el tesoro que ayuntaredes, que sea de buena parte; la otra, que non pongades todo el corazon en el tesoro, porque non fagades ninguna cosa, que vos non caya de facer, nin dejedes nada de lo que devedes facer por ayuntar gran tesoro, mas ayuntad tesoro de buenas obras, porque ayades la gracia de Dios y buena fama de las gentes. Y al conde plugo mucho del consejo que le dió Patronio y fízolo asi, y fallóse ende bien. Y teniendo don Juan, que este ejemplo era muy bueno, fízolo poner en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Gana el tesoro verdadero,
Guarte del fallecedero.

CAPÍTULO XVI.

De lo que dijo el conde Ferran Gonzalez á Nuño Lainez.

Fablava el conde Lucanor un dia con Patronio su consejero en esta guisa: Patronio, bien entendedes que yo no soy ya muy mancebo, y sabedes que pasé muchos trabajos fasta aqui, y bien vos digo, que querria de aqui adelante folgar y cazar y escusar los afanes y trabajos. Y porque yo sé, que siempre me consejaredes lo mejor, ruégovos que me consejedes lo que vieredes que me cale mas de facer. Señor conde, dijo Patronio, comoquier que vos decides buena razon, placermeia que supiesedes lo que dijo una vez el conde Ferran Gonzalez á Nuño Lainez. El conde Lucanor le dijo, que le dijese como era aquello.

Señor conde, dijo Patronio, el conde Ferran Gonzalez era en Burgos, y avia pasado muchos trabajos por defender su tierra. Y una vez, que estava ya mas en sosiego y en paz, díjole Nuño Lainez, que seria bien que de alli en adelante, que non se metiese en tantos roidos, y que folgase él y que dejase folgar á sus gentes. Y el conde respondió, que á hombre del mundo non placeria mas que á él folgar y estar vicioso, si pudiese, mas que bien sabia que avia guerra con los Moros y con los

Leoneses y con los Navarros, y que si quisiesen mucho folgar, que los sus contrarios que luego serian contra ellos, y que si quisiesen andar á caza, y con buenas aves por Arlanza ayuso y arriba, y en buenas mulas gordas, é dejar de defender la tierra, que bien lo podria facer, mas que le conteceria, como dice el proverbio antiguo:

Murió el hombre,
Y murió su nombre.

Mas si quisieremos olvidar los vicios y facer mucho por nos defender, y levar nuestra honra adelante, dirán por nos despues que murieremos:

Murió el hombre,
Mas non su nombre.

Y pues viciosos y lazdrados todos avemos á morir, non me semeja que seria bien, si por el vicio de la folgura dejaremos de facer en guisa, que despues que nos murieremos, que nunca muera la buena fama de los nuestros buenos fechos.

Y vos, señor conde Lucanor, pues sabedes que avedes á morir, por el mi consejo, nunca por vicio nin por folgura, dejaredes de facer tales cosas, porque aun desque vos murieredes, siempre finque vuestro nombre. Y al conde plugo mucho desto, que Patronio le dijo y fizolo asi, y fallóse ende bien. Y porque don Juan tuvo este por buen ejemplo, fizolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Si por el vicio y folgura la buena fama perdemos,
La vida muy poco dura, denostados fincaremos.

CAPÍTULO XVII.

De lo que conteció á don Rodrigo Melendez de Valdes.

Fablava el conde Lucanor con Patronio su consejero un dia y díjole: Patronio, vos bien sabedes que yo he contienda con un mi vecino, que es hombre muy poderoso y muy hondrado, y avemos entrambos puesto postura de ir á una villa, y cualquier de nos que allá vaya cobrará la villa, y perderlaha el otro, y vos sabedes, como tengo toda mi gente ayuntada. Y bien fio por la merced de Dios, que si yo fuese, que fincaria ende con grande honra y con pro, y aora estó embargado, y non lo puedo facer por esta ocasion que me acaeció, que non estó bien sano, y comoquier que me es gran perdida en lo de la villa, bien vos digo que me tengo por mas ocasionado por la mengua que tomó, y por la honra que á él viene, que aun por la perdida y por la fianza que yo en vos he, ruégovos que me digades lo que entendedes que en esto podria facer. Señor conde, dijo Patronio, comoquier que vos facedes razon de vos quejar, y para que en tales cosas como estas ficiesedes lo mejor siempre, placermeia que supiesedes lo que conteció á don Rodrigo Melendez de Valdes. Y el conde le rogó le dijese como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, don Rodrigo Melendez de Valdes era un cavallero mucho honrado del reino de Leon, y avia por costumbre, que cada que le acaeciese algun embargo, que siempre decia: bendito sea Dios, ca pues él lo fizo, esto es lo mejor. Y este don Rodrigo Melendez de Valdes era consejero é muy privado del rey de Leon. Y otros sus contrarios por grande embidia que le huvieron, asacáronle muy gran falsedad y buscáronle tanto mal con el rey, que acordó de lo mandar matar. É seyendo don Rodrigo Melendez en su casa llegó mandado del rey, que embiava por él: y los que le avian de matar estávanle esperando á media legua de aquella su casa. Y queriendo cavalgar don Rodrigo Melendez para se ir para el rey, cayó de una escalera y quebróse la pierna. Y cuando sus gentes, que avian de ir con él, vieron esta ocasion que le acaeciera, pesóles ende mucho, y comenzáronlo á maltraer, diciéndole á don Rodrigo Melendez: Vos que decides siempre: lo que Dios face, esto es lo mejor, ¿tenedvos aora este bien que Dios vos ha fecho? Y él díjoles, que fuesen ciertos, que comoquier que ellos tomavan gran pesar desta ocasion, que le conteciera, que ellos dirian, que pues Dios lo ficiera, que aquello era lo mejor. Y por cosa que ficieron nunca lo pudieron sacar desta intencion. Y los, que le estavan esperando por lo matar por mandado del rey, desque vieron que no venia, y supieron lo que le avia contecido, tornáronse para el rey, y contáronle la razon, porque no pudieron cumplir su mandado. Y don

Rodrigo Melendez estuvo gran tiempo que non pudo cavalgar. Y en cuanto él asi estava maltrecho, supo el rey que aquello que avian asacado á don Rodrigo Melendez, que era muy gran falsedad, y prendió aquellos que ge lo avian dicho, y fué á ver á don Rodrigo Melendez, y contóle la falsedad que dél le dijeran. Y como le él mandara matar, y pidióle perdon por el yerro que él oviera á facer, y él le fizo mucha hondra y mucho bien por le facer enmienda, y mandó luego facer muy gran justicia ante él de aquellos que aquella falsedad le asacaron: y asi libró Dios á don Rodrigo Melendez, porque era sin culpa, é fué verdadera la palabra que él siempre solia decir, que todo lo que Dios face, aquello es lo mejor.

É vos, señor conde Lucanor, por este embargo que aora vos vino non vos quejedes, y tened por cierto en vuestro corazon, que todo lo que Dios face, aquello es lo mejor. Y si lo ansi pensaredes, él vos lo sacará todo á bien. Pero devedes entender aquellas cosas que acaecen, que son en dos maneras: la una es, si viene á hombre algun embargo en que se puede poner consejo; la otra es, si viene á hombre algun embargo en que se non puede poner consejo alguno. Los embargos, en que se puede poner consejo alguno, deve facer hombre todo cuanto pudiere por lo poner hi, y non le deve dejar por dar á entender, que por voluntad de Dios ó por ventura se endereza, ca esto seria tentar á Dios. Mas pues el hombre ha cumplido entendimiento y razon, todas las cosas que facer

pudiere por poner consejo en las cosas que le acaecieren, dévelo facer: mas en las cosas, en que non se podria hi poner consejo ninguno, aquellas deve hombre tener que pues se facen por la voluntad de Dios, que aquello es lo mejor. Y pues esto que á vos acaeció, es de las cosas que vienen por la voluntad de Dios, en que non pueden poner consejo, que pues lo Dios face, que es lo mejor, y ponedlo asi en vuestro talante, é Dios lo guisará que se faga asi como lo vos tenedes en corazon. Y el conde tuvo, que Patronio le decia verdad, y le dava buen consejo, y fízolo asi, y fallóse ende bien. Y porque don Juan tuvo este por buen consejo y buen ejemplo, fízolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Non te quejes por lo que Dios ficiere,
Ca por tu bien será cuando él quisiere.

CAPÍTULO XVIII.

De lo que conteció á un gran filosofo con un rey mozo su criado.

Fablava el conde Lucanor otra vez con Patronio su consejero en esta guisa: Patronio, asi acaeció, que yo avia un pariente que amava mucho, é aquel mi pariente finó, y dejó un fijo muy pequeñuelo,

y este mozo criélo yo, y por el gran deudo y grande amor que yo avia á su padre, y otrosi por la grande ayuda que yo atiendo dél desque sea tiempo para me la facer, é sabe Dios que lo amo como si fuese mi fijo. Y comoquier que el mozo ha buen entendimiento, y fio por Dios que será muy buen hombre: pero porque la mocedad engaña muchas veces á los mozos, y non les deja facer todo lo que les cumple, mas placermeia, si la mocedad non engañase tanto á este mozo, y por el buen entendimiento, que vos avedes, ruégovos que me digades en que manera yo pueda guisar, que este mozo ficiese lo que le fuese provecho para el cuerpo y para el alma y para la su facienda. Señor conde, dijo Patronio, para que vos ficiesedes en facienda deste mozo lo que al mio cuidar seria mejor, mucho querria que supiesedes lo que conteció á un hombre muy gran filosofo con un rey mozo su criado. El conde le rogó le dijese como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, un rey avia un fijo, y dióle á criar á un filosofo en que fiava mucho. Y cuando el rey finó, fincó el rey su fijo mozo pequeño, y crióle aquel filosofo fasta que pasó por quince años. Mas luego que entró en la mancebia, comenzó á despreciar el consejo de aquel que lo criara, y allegóse á otros consejeros de los mancebos y de los que no avian tan gran deudo con él, porque mucho ficiesen por le guardar. Y trayendo su facienda desta guisa, ante de poco tiempo llegó su fecho á lugar, que tambien

en las maneras y costumbres de su cuerpo como la su facienda, era todo empeorado: y fablavan las gentes todas muy mal, de como perdia aquel mozo el cuerpo é la facienda. Y veyendo aquel pleito tan mal el filosofo que criara al rey, y se sentia y le pesava ende mucho, no sabia que se facer, ca muchas veces provava de lo castigar con ruego y con falago, y aun maltrayéndole, y nunca pudo facer nada, que la mocedad lo estorvava todo. Y desque el filosofo vió, que por otra manera non podia dar consejo en aquel fecho, pensó en esta manera que aora oiredes. Fl filosofo comenzó á decir poco á poco en casa del rey, que era el mayor agorero del mundo. Y tantos hombres oyeron esto, que lo huvo á saber el rey. Y desque lo supo el rey, preguntó al filosofo, si era verdad que sabia catar agüeros tan bien como le decian. El filosofo comoquier que le dió á entender que lo queria negar, pero al cabo díjole, que era verdad, mas que no era menester que hombre del mundo lo entendiese. Y como los mozos son quejosos para saber y para facer todas las cosas, el rey que era mozo, quejávase mucho por ver como catava los agüeros el filosofo. Y cuanto el filosofo mas alongava, tanto avia el rey mozo mayor queja por lo saber, y tanto afincó al filosofo, que puso con él de ir un dia de gran mañana á los catar, en manera que lo non supiese ninguno. Y madrugaron mucho, y el filosofo enderezó por un valle en que avia pieza de aldeas yermas. Y desque pasaron por muchas, vieron una corneja que estava dando

voces en un árbol, y el rey mostróla al filosofo, y él fizo señal que la entendia. Y otra corneja comenzó á dar voces en otro árbol, y las cornejas estuvieron asi dando voces, á veces la una, á veces la otra. Y desque el filosofo escuchó, estuvo una pieza, y comenzó á llorar muy fieramente y rompió sus paños y facia el mayor duelo del mundo. Y cuando el rey mozo esto vió, fué muy mal espantado y preguntó al filosofo, porque facia aquello. El filosofo dió á entender, que se lo queria negar. Y desque lo afincó mucho, díjole, que mas queria ser muerto, que vivo, ca non solamente los hombres, mas aun las aves entendian como por mal recaudo era perdida su tierra, y toda su facienda y su cuerpo despreciado. El rey mozo preguntó como era aquello. Él le dijo, que aquellas aves avian puesto de casar al fijo de la una con la fija de la otra. Y aquella corneja, que comenzó á fablar primero, que decía á la otra, pues tanto avia que era puesto aquel casamiento, que era bien que los casasen. Y la otra corneja dijo, que verdad era que fuera puesto, mas aora era ella mas rica que la otra, y que loado sea Dios, que despues que este rey reinava, que eran yermas todas las aldeas de aquel valle, y que fallava en las casas yermas muchas culebras y lagartos y sapos y otras tales cosas que se crian en los lugares yermos, porque avian muy mejor de comer que solia: porende que entonce non era el casamiento igual. Y cuando la otra corneja esto oyó, comenzóse á reir, y respondióle, que poco seso decia, si por esta razon

queria alongar el casamiento, que solo en que Dios diese vida á este rey, que muy aína seria ella mas rica que la otra, ca muy aína seria yermo aquel otro valle do ella morava, en que avia diez tantas aldeas que en el suyo, y que por esto non avia porque alongar el casamiento. Y por esto otorgaron ambas las cornejas de ayuntar luego el casamiento de entre sus fijos. Y cuando el rey mozo esto oyó, pesóle mucho, y comenzó á cuidar, como era su mengua en yermar asi lo suyo. Y desque el filosofo vió el pesar y el cuidar que el rey mozo tomava, y que avia sabor de cuidar en su facienda, dióle muchos buenos consejos, en guisa que en poco tiempo fué su facienda toda enderezada, tambien del su cuerpo como de su reino.

É vos, señor conde Lucanor, pues criades este mozo, y querriades que se enderezase su facienda, catad alguna manera que por ejemplos ó por palabras maestradas y falagüeras le fagades entender su facienda. Mas por cosa del mundo non derranchedes contra él castigándolo, nin maltrayéndole cuidándole enderezar, ca la manera de los mas mozos es tal, que luego aborrecen á los que los castigan, y mayormente si es hombre de gran guisa, ca llévanlo á manera de menosprecio, no entendiendo cuando yerran, ca non ay tan buen amigo en el mundo como él que castiga mozo, porque non faga su daño, mas ellos non lo toman asi, sino por la peor manera. Y por aventura cabria tal desaventura entre vos y él, que ternia daño á entrambos para delante. Y al conde plugo mucho deste consejo,

que Patronio le dió y fizolo asi. Y porque don Juan se pagó mucho deste consejo, fizolo poner en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Non castigues el mozo maltrayéndole,
Mas díle como vayas aplaciéndole.

CAPÍTULO XIX.

De lo que fizo un rey moro con tres fijos que avia, por saber cual dellos era mejor hombre.

Fablava un dia el conde Lucanor con Patronio, y díjole asi: Patronio, en la mi casa se crian muchos mozos, dellos de grande guisa, y dellos que lo non son tanto, y veo en ellos muchas mañas mucho estrañas. Y por el gran entendimiento, que vos avedes, ruégovos que me digades cuanto vos entendedes, en que manera pueda yo conocer cual mozo recudirá á ser mejor hombre. Señor conde, dijo Patronio, esto que me vos decides es muy fuerte cosa de decir, ca non se puede saber ciertamente ninguna cosa de lo que es por venir, y esto que vos preguntades es por venir, y porende non se puede saber ciertamente. Mas lo que desto se puede saber, es por señales, que parecen en ellos tambien por dedentro, como por defuera, y las que parecen defuera son las figuras de la cara y el

donaire y el color y el talle del cuerpo y de los buenos miembros, ca por estas cosas parece la señal de complision y de los miembros principales, que son el corazon, el meollo, y el figado. Comoquier que estas señales son, que non se pueden por esto saber cierto, ca pocas veces se acuerdan todas; las unas señales muestran lo uno, y muestran las otras lo contrario, pero á lo mas, segun son estas señales, asi recuden las obras. Y las mas ciertas señales son las de la cara, y señaladamente las de los ojos: y otrosi el donaire, ca muy pocas veces fallecen estas. Y non tengades que el donaire se dice por ser el hombre fermoso en la cara nin feo, ca muchos hombres son pintados y fermosos, y non han donaire de hombres. Y otros parecen feos, é han buen donaire para ser hombres apuestos, y el talle del cuerpo y de los miembros muestran señal de la complision, y parece si deve ser valiente y ligero en las tales cosas. Mas el talle del cuerpo, y el de los miembros non muestran ciertamente cuales deven ser las obras, pero con todo eso estas son señales. Y pues digo señales, digo cosa no cierta, ca la señal siempre es cosa, que parece por ella lo que deve ser, mas no es cosa forzada que sea asi en toda guisa. Y estas son las señales de dentro, que siempre son muy dudosas para conocer. Lo que vos preguntades mas para conocer los mozos por señales de fuera, que son ya cuanto mas ciertas, placermeia que supiesedes como provó una vez un rey moro tres fijos que avia, por saber cual dellos seria

mejor hombre. El conde le rogó le dijese como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, un rey moro avia tres fijos, y porque el padre puede facer que reine cual fijo dellos quisiere, despues que el rey llegó á la vejez, los hombres buenos de su tierra pidiéronle por merced, que les señalase cual de aquellos fijos queria que reinase en pos dél. El rey díjoles, que dende á un mes que él ge lo diria, y cuando vino á ocho ó diez dias, una tarde dijo al fijo mayor, que otro dia gran mañana queria cavalgar, y que fuese con él. Y otro dia vino el fijo infante mayor al rey, pero non tan mañana como el rey su padre dijera. Y desque llegó, díjole el rey que se queria vestir, y que le hiciese traer los paños. El infante dijo al camarero que trajese los paños, y el camarero preguntó cuales paños queria. El infante tornó al rey y preguntóle, que cuales paños queria. Y el rey dijo, quel aljuba. Y él tornó al camarero y díjole que el aljuba queria el rey. El camarero le preguntó, que cual aljuba queria. Y el infante tornó al rey á ge lo preguntar. Y asi fizo por cada vestidura, que siempre iba y venia con cada pregunta, fasta que el rey tuvo todos los paños, y vino el camarero y lo vistió, y lo calzó. Y desque fué vestido y calzado, mandó el rey al infante, que ficiese traer el cavallo. Y él que los guardava díjole, que cual cavallo traeria. Y el infante tornó con esto al rey, é asi lo fizo con la silla y por el freno y por la espada, y por las espuelas y por todo lo que avia menester

para càvalgar, y por cada cosa fué preguntar al rey. É desque todo esto fué guisado, dijo el rey al infante, que non podia cavalgar, y que fuese él á andar por la villa, y que parase mientes á las cosas que veria, porque lo pudiese contar al rey. Y el infante cavalgó, y fueron con él todos los hombres honrados del rey y del reino, y iban muchas trompetas y atabales y otros estormentos, y el infante anduvo una pieza por la villa. Y desque tornó al rey, preguntóle lo que le pareciera de lo que viera. Y el infante dijo, que bien le parecia, sino que le facian gran ruido aquellos estormentos. Y á cabo de otros dias mandó el rey al fijo mediano, que viniese á él otro dia mañana. Y el infante fizolo asi, y el rey fizole todas las preguntas que ficiera al infante mayor su hermano, y él fizolo y dijo bien como el hermano mayor. Y á cabo de otros dias mandó al infante menor su hijo, que fuese con él de gran mañana, y el infante madrugó ante que el rey despertase, y esperó fasta que despertó el rey, y luego que fué despierto, entró el infante y humillóse con la reverencia que devia, y él mandó que le ficiese traer de vestir. El infante preguntóle, que paños queria, y de una vez le preguntó por todo lo que avia de vestir y calzar, y fué por ello y trajolo, y no quiso que otro camarero le vistiese nin lo calzase sino él, y dando á entender, que se tenia por de buena ventura, si el rey su padre tomase placer, y que pues su padre era, que razon y guisado era del facer cuantos servicios y humildanzas pudiese. Y

desque el rey fué vestido y calzado, mandó al infante que le ficiese traer el cavallo, y él preguntóle que cual cavallo queria é con cual silla é con cual freno é cual espada é por todas las cosas que eran menester para cavalgar, é quien queria que cavalgase con él, é asi por todo como cumplia. Y desque todo lo fizo é no preguntó por ello mas de una vez, é trajolo como el rey le avia mandado. É desque todo fué fecho, dijo el rey que non queria cavalgar, mas que él cavalgase é catase lo que viese y se lo dijese. É el infante cavalgó, é fueron con él como ficieron con los otros sus hermanos. Mas él ni ninguno de sus hermanos no sabian nada, ni hombre del mundo de aquella cosa, porque el rey facia esto. É desque el infante cavalgó, mandó que le mostrasen la villa de dentro y las calles y donde tenia el rey sus tesoros é cuantos podian ser é las mezquitas é toda la nobleza de la villa de dentro é las gentes que hi moravan. É despues salió fuera, y mandó que saliesen allá todos los omes de armas, de cavallo é de pie, y mandóles que trevejasen, y le mostrasen todos los juegos de armas é de trevejos, y vió los muros y las torres é las fortalezas de la villa. Y desque lo ovo visto, tornóse para el rey su padre. É cuando tornó, era ya muy tarde. El rey le preguntó de las cosas, que avia visto, é el infante le dijo, que si á él non pesase quél le diria lo que le parecia de lo que avia visto. El rey le mandó sopena de la su bendicion, que le dijese lo que le parecia. Y el infante le dijo, que comoquier que él era muy

buen rey, que le parecia que no era tan bueno como devia, ca si lo fuese, pues avia tan buena gente y tan gran poder y tan gran aver, que si por él non fincase, que todo el mundo devia ser suyo. Y al rey plugo mucho deste denuesto que el infante le dava. Y cuando vino el plazo á que avia de dar respuesta á los de la tierra, díjoles que aquel fijo les dava por su rey, y esto fizo por las señales que vió en los otros, y por los que en este vió. Y comoquier que mas quisiera cualquier de los otros para rey, non huvo por aguisado de lo facer por lo que vió en los unos y en el otro.

É vos, señor conde, si quisieredes saber cual mozo será mejor, parad mientes á estas tales cosas, y asi entenderedes algo, y por ventura lo mas de lo que ha de ser de los mozos. Al conde plugo mucho de lo que Patronio le dijo. Y porque don Juan tuvo esto por buen ejemplo, lo fizo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Por maneras y obras podrás conocer
Cuales los mozos han mejores ser.

CAPÍTULO XX.

De lo que conteció á los de la iglesia catedral y á los frailes menores en Paris.

Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta guisa: Patronio, yo he un amigo, é querriamos facer una cosa, que es pro y honra de amos, é yo podria facer aquella cosa, y non me atrevo á lo facer fasta que él llegue. Y por el entendimiento, que Dios vos dió, ruégovos que me consejedes. Señor conde, dijo Patronio, para que fagades en esto lo que me parece mas vuestro pro, placermeia que supiesedes lo que conteció á los de la iglesia catedral y á los frailes menores en Paris. Y el conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, los de la iglesia decian, que pues ellos eran cabeza de la iglesia, que ellos devian tañer primero á las horas: y los frailes decian, que ellos avian de estudiar y levantarse á maitines y á las horas, en guisa que non perdiesen su estudio, y demas que eran esemptos, é non avia porque esperar á ninguno. Y sobre esto fué muy grande la contienda, y costó muy grande aver los adbogados y los pleitos á entramas las partes, é duró muy grande tiempo el pleito en

la corte del papa. Y á cabo de gran tiempo un papa que vino acomendó este pleito á un cardenal y mandóle que lo librase de una guisa ó de otra. Y el cardenal fizo traer ante sí el proceso, que era tan grande, que todo hombre se espantaria de la vista. Y despues que el cardenal tuvo ante sí todas las escrituras, púsoles plazo para que viniesen otro dia á oir sentencia. Y cuando fueron ante él, fizo quemar todos los procesos y díjoles asi: Amigos, este pleito ha mucho durado, y avedes tomado grande cosa y gran daño, é yo non vos quiero traer á pleito, mas dóvos por sentencia, que él, que ántes despertare, ántes tanga.

É vos, señor conde Lucanor, si el pleito es provechoso para amos, é vos lo podedes facer, conséjovos que lo fagades, y non le dedes vagar, ca muchas veces se pierden las cosas que se podrian acabar, por les dar vagar. Y despues cuando hombre querria ó se puede facer ó no. Y el conde se tuvo desto por bien consejado, y fizolo asi, y fallóse ende bien. Y entendió don Juan, que este ejemplo era bueno, y fizo estos versos, que dicen asi:

Si muy gran tu pro pudieres facer,
Non le des vagar que se pueda perder.

CAPÍTULO XXI.

De lo que conteció á los muy buenos falcónes garceros y señaladamente á un muy buen falcon sacre, que era del infante don Manuel.

Fablava otro dia el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta manera: Patronio, á mí conteció de aver muchas veces contienda con muchos hombres, y depues que la contienda es pasada, algunos conséjanme, que tome otra contienda con otros, y algunos conséjanme que huelgue, y esté en paz, y otros me consejan, que comience guerra y contienda con los Moros. Y porque yo sé, que ninguno non me podria mejor consejar que vos, porende vos ruego, que me consejedes lo que faga en estas cosas. Señor conde, dijo Patronio, para que vos en esto acertedes en lo mejor, seria bien que supiesedes lo que conteció á un muy buen falcon sacre, que era del infante don Manuel. Y al conde le plugo como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, el infante don Manuel andava un dia á caza cerca de Escalona, é lanzó un falcon sacre á una garza, y montando el falcon con la garza, vino al falcon una águila, y el falcon temiendo del águila, dejó la garza, y comenzó á fuir. Y el águila, desque vió que non podia

ganar el falcon, fuése. Y desque el falcon vió ida el águila, tornó á la garza. Y andando el falcon con la garza, tornó otra vez el águila al falcon, y el falcon comenzó á fuir como la otra vez, y la águila fuése, y el falcon tornó otra vez á la garza. Esto fué bien tres ó cuatro veces, y cada que el águila se iba, luego el falcon tornava á la garza, y luego venia la águila por lo matar. Y desque el falcon vió que la águila non le queria dejar matar la garza, dejóla y montó sobre el águila, y vino á ella tantas veces firiéndola, fasta que la fizo desterrar de la tierra. Y desque la ovo desterrado, tornó á la garza, y andando con ella muy alto vino la águila otra vez por le matar. Y desque el falcon vió, que non le valia cosa que ficiese, subió otra vez sobre el águila, y dejóse venir á ella, é dióle tan gran golpe, que le quebrantó el ala. Y desque le vió caer la ala quebrantada, tornóse el falcon á la garza é matóla, y esto fizo, porque la su caza non la devia dejar luego que fuese desembargado de aquella águila que ge lo embargava.

É vos, señor conde Lucanor, pues sabedes que la vuestra caza y la vuestra honra y todo vuestro bien para el cuerpo y alma es, que fagades servicio á Dios, é sabedes que en cosa del mundo, segun el estado que vos tenedes, non le podedes tanto servir como es en aver guerra con los Moros, por ensalzar la santa é verdadera fe católica, consejovos yo que luego que podades ser seguro de las otras partes, que ayades guerra con los Moros, y en esto faredes muchos bienes. Lo primero, que

faredes servicio á Dios, y lo al faredes vuestra honra, y cobraredes vuestro oficio de vuestro menester, y non estaredes comiendo el pan de valde, que es una cosa que non parece bien á ningun gran señor, ca los señores cuando estades sin aver gran menester, non preciades las gentes tanto como devedes, nin facedes por ellos todo lo que deviades facer, y echades vos á otras cosas, que serian á las veces bien de las escusar. Y pues á los señores vos es bueno y provechoso algun menester, cierto es que los menesteres non podedes aver ninguno tan bueno y tan honrado y tan á pro del ánima y del cuerpo y tan sin daño, como la guerra de los Moros. Y siquier parad mientes al ejemplo tercero que vos dije en este libro, del salto que fizo el rey Richarte de Inglaterra, y cuanto ganó por él. Y pensad en vuestro corazon, que avedes á morir, y avedes fecho en vuestra vida muchos pesares á Dios, y que Dios es derecho, y de gran justicia, y que non podedes fincar sin gran pena de los males que avedes fecho. Pues ved, si sodes de buena ventura en fallar carrera porque en un punto podades aver penitencia de vuestros pecados: ca si en la guerra de los Moros murieredes, estando en verdadera penitencia, sodes martir y muy bien aventurado, y aunque por armas non murades, las buenas obras y la buena entencion vos salvará. Y el conde tuvo este por buen ejemplo, y puso en su corazon de lo facer, y rogó á Dios que ge lo guisase como él sabia que lo él deseava. Y entendió don Juan, que este ejemplo era muy bueno, y

fizolo escrivir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Si Dios te guisare de aver seguranza,
Pugna cumplida ganar buena andanza.

CAPÍTULO XXII.

De lo que acueció al conde Ferran Gonzalez, y de la respuesta que dió á sus vasallos.

Una vegada venia el conde Lucanor de una hueste muy cansado y muy lazdrado y pobre, y ante que oviese á folgar nin descansar, llególe mandado muy apresurado de otro fecho que se movió de nuevo, y las mas de sus gentes consejáronle, que folgase algun tiempo, y despues que faria lo que fuese guisado. Y el conde preguntó á Patronio lo que faria en aquel fecho, y Patronio le dijo: Señor, para que vos escojades en esto lo mejor, placermeia que supiesedes la respuesta, que dió una vez el conde Ferran Gonzalez á sus vasallos.

El conde Ferran Gonzalez venció á Almanzor en Hacinas, y murieron hi muchos de los suyos, y él y todos los mas, que fincaron hi vivos, fueron muy mal feridos, y ante que viniesen á guarecer supo que le entrava el rey de Navarra por la tierra,

y mandó á los suyos, que enderezasen á lidiar con los Navarros, y todos los suyos dijéronle, que tenian muy cansados los cavallos y aun los cuerpos: y aunque por esto non lo dejasen, que lo devian dejar porque él y todos los suyos estavan muy mal feridos, y que dejase la lid y esperase fasta que él y ellos fuesen guaridos. Y cuando el conde vió, que todos querian partir de aquel camino, sintióse mas de la honra que del cuerpo, y díjoles: Amigos, por los feridas que avemos non dejemos la batalla, ca estas feridas nuevas que aora nos darán, nos farán que olvidemos las que nos dieron en la otra lid. Y desque los suyos vieron, que se non dolia del su cuerpo, y por defender su tierra y su honra, fueron con él, y venció la lid, y fué muy bien andante.

Y vos, señor conde Lucanor, si queredes á facer lo que devieredes, cuando vieredes que cumple para defendimiento de lo vuestro, y de los vuestros, y de vuestra honra, nunca vos sintades por laceria, nin por trabajo, nin por peligro, é faced en guisa, que el peligro nuevo non vos faga acordar lo pasado. Y el conde tovo este por buen ejemplo y por buen consejo y fizolo asi, y fallóse ende bien. Y entendió don Juan, que este era buen ejemplo, y fizolo escrevir en este libro, y á demas fizo estos versos, que dicen asi:

Tened esto por cierto, ca es verdad provada,
Que honra y vicio grande non han una morada.

CAPÍTULO XXIIII.

De lo que conteció al rey con su privado.

Acaeció una vez, que el conde Lucanor estava fablando en su poridad con Patronio su consejero, y díjole: Patronio, á mí acaeció, que un grande hombre mucho honrado y muy poderoso y que da á entender que es ya cuanto mi amigo, que me dijo pocos dias ha en muy gran poridad, que por algunas cosas que le acaecerian, que era su voluntad de se partir desta tierra, y non tornar á ella en ninguna manera: y que por el amor y gran fianza que en mí avia, que me queria dejar toda su tierra, lo uno vendido, y lo á él encomendado: y pues esto quiere, semėjame que es muy grande honra y gran aprovechamiento para mí, y ruėgovos que me consejedes lo que vos parece que faga en esto. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, bien entiendo quel mi consejo non vos facia muy gran mengua, pero pues vuestra voluntad es que vos diga lo que en esto entiendo y vos conseje sobre ello, facellohe: y luego primeramente vos digo, que esto que aquel cuanto cuidades que es vuestro amigo, vos digo que no lo face sinon por vos provar, y parece que vos conteció con él, como conteció al rey con su privado: y el conde Lucanor

le rogó que le dijese como fuera aquello, y Patronio le dijo asi:

Un rey era, que avia un privado, en que fiava mucho, y porque non puede ser, que los hombres que alguna buena andanza han, que algunos otros non ayan embidia dellos, y por la privanza y buena andanza que aquel su privado avia, otros privados de aquel rey avian muy gran embidia, y trabajávanse de le buscar mal con el rey su señor; y comoquier que muchas razones le dijeron, nunca pudieron guisar con el rey, que le ficiese mal alguno, ni aunque tomase sospecha, nin dubda dél, ni de su servicio. Y desque vieron, que por otra manera non podian acabar lo que querian facer, ficieron entender al rey, que aquel su privado que se trabajava de guisar porque él muriese, y que un fijo pequeño que el rey avia, que fincase en su poder, y desque él fuese apoderado en la tierra, que guisaria como muriese el mozo, y que fincaria el señor de la tierra. Y comoquiera que fasta entónces non pudieran poner en ninguna dubda al rey contra aquel su privado, de que esto le dijeron, no le pudo sufrir el corazon, que non tomase dél recelo, ca en las cosas en que ay tan gran mal, que se non pueden cobrar si se facen, ningun ome cuerdo deve esperar ende la prueva. Y porque el rey fué caido en esta dubda y sospecha, estava con gran recelo, pero non se quiso mover en ninguna cosa contra aquel su privado, fasta que desto sopiese alguna verdad: y aquellos otros que buscavan mal aquel su privado, dijéronle una manera muy

engañosa en como podrian provar, que era verdad aquello que ellos decian, y informaron bien al rey en una manera engañosa, segun adelante oiredes como fablase con aquel su privado, é el rey púsolo en su corazon de lo facer, é fizolo. Y estando á cabo de algunos dias el rey fablando con aquel su privado; entre otras razones que fablaron comenzóle un poco á dar á entender, que se despagava mucho de la vida deste mundo, é que le parecia que todo era vanidad, é entónces non le dijo mas. É despues al cabo de algunos dias fablando otra vez en uno con aquel su privado, dándole á entender, que sobre otra razon comenzava aquella fabla con él, tornóle á decir, que cada dia se pagava ménos de la vida deste mundo, é de las maneras que en él veia. É esta razon le dijo tantos dias y tantas vegadas, fasta que el privado entendió que el rey no tomava placer en las honras ni en las riquezas, ni en alguna cosa de los bienes deste mundo, ni de los placeres que en este mundo avia. Y desque el rey entendió que aquel su privado era bien caido en aquella intencion, díjole un dia, que avia pensado de dejar el mundo, y irse desterrar á tierra, do no fuese conocido, y catar algun lugar estraño y muy apartado, en que ficiese penitencia de sus pecados. Y por aquella manera pensava, que Dios le avria merced de sus pecados, é que podria aver la su gracia, porque ganase la gloria del paraiso. Cuando el privado del rey esto le oyó decir, estrañóselo mucho, diciéndole muchas maneras porque lo non devia facer, y entre las otras

maneras díjol que faria muy gran deservicio á Dios en dejar tantas gentes como avia en el su reino, que tenia él bien mantenidos en paz y en justicia, y que era cierto que luego que dende se partiese, que avria entre ellos muy gran bullicio y muy grandes contiendas, y que tomaria Dios muy gran deservicio, y la tierra muy gran daño. Y cuando por todo lo dejase, que lo non devria dejar por la reina su muger y por un su hijo pequeño que dejava, que era cierto que serian en muy gran aventura tambien de los cuerpos, como de las faciendas. Y á esto respondió el rey, que ántes quél posiese de se partir de aquella tierra, pensaria en su corazon en la manera, como dejaria recaudo en su tierra, porque su muger y su fijo fuesen servidos, y toda su tierra mantenida y guardada, y que la manera era esta. Que bien sabia él, que el rey le avia criado y le avia fecho mucho bien, y quel fallara siempre leal, y que él serviria muy bien y muy derechamente, y que por estas razones fiava en él mas que en ome del mundo, y que él tenia por bien de le dejar la muger y el hijo en su poder, y entregarle y apoderarle en todas las fortalezas y lugares del reino, porque ninguno non pudiese facer ninguna cosa que fuese deservicio de su fijo: y si él tornase en algun tiempo, que era cierto que fallaria buen recaudo de todo lo que dejase en su poder, y si por ventura muriese, que era cierto que serviria muy bien á su fijo, y que él ternia muy bien guardado el su reino fasta que fuese de tiempo que lo pudiese muy bien gover-

nar, é asi desta manera tenia que dejava muy buen recaudo en toda su facienda. É cuando el privado oyó decir al rey, que le queria dejar en su poder el reino, y al fijo, comoquier que no lo dió á entender, plúgole mucho en su corazon, entendiendo que pues todo fincava en su poder, que podria obrar en ello como quisiese. Y este privado avia en su casa un su cautivo, que era muy sabio ome, y era muy filosofo, y todas las cosas que aquel privado del rey avia de facer y los consejos que él avia de dar, todo lo facia por consejo de aquel su cautivo que tenia en casa. É luego que el privado se partió del rey, fuése para aquel su cautivo, y contóle todo lo que le conteciera con el rey, dándole á entender con muy gran placer y con muy gran alegria que tenia, que era de muy buena ventura, pues que el rey le queria dejar todo el reino, y su fijo en su poder. Cuando el filosofo que estava cautivo oyó decir á su señor todo lo que avia pasado con el rey, y como el rey entendiera, que queria él tomar en su poder á su fijo é al reino, entendió que era caido en gran yerro, y comenzóle á lo maltraer muy fieramente, diciendo que fuese cierto, que era en muy gran peligro del cuerpo y de toda su facienda, ca todo aquello, quel rey le dijera, non fuera porque el rey oviese voluntad de lo facer, sinon que algunos que le querian mal avian puesto al rey que le dijese aquellas razones por le provar, é pues el rey entendia que le placia, que fuese cierto que tenia el cuerpo y su facienda en muy gran peligro. Cuando el privado del rey

oyó aquestas razones, fué en muy gran cuita, ca entendió verdaderamente que todo era asi como aquel su cautivo le dijera. Y desque aquel sabio, que tenia en su casa, lo vido en muy gran cuita, consejóle que tomase una manera como podria escapar de aquel peligro en que estava, y la manera fué esta. Luego aquella noche fizose raer la cabeza y la barba, y cató una vestidura muy mala y toda apedazada, tal cual suelen traer estos hombres que suelen andar en las romerias pidiendo sus limosnas, y un bordon y unos zapatos rotos y bien ferrados, foradados, y metió entre las costuras de aquellos pedazos de sus vestiduras una grande cantidad de doblas. Y ante que amaneciese, fuése para la puerta del rey, y dijo á un portero, que ende falló, que dijese al rey que se levantase, porque se pudiesen ir ante que la gente despertase, ca él alli estava esperando, y mandóle que lo dijese al rey en gran poridad. Y el portero fué muy maravillado, cuando le vió venir en tal manera y entró al rey, y dijogelo como aquel su privado le mandara. Y desto se maravilló mucho el rey é mandó que le dejasen entrar: y desque lo vió como venia, preguntóle, porque facia aquello. Y el privado le dijo, que bien sabia en como le dijera que se queria ir á desterrar, y pues él asi lo queria facer, que nunca Dios quisiese que él desconociese cuanto bien le ficiera: y que asi como de la honra y del bien que el rey oviera, tomara muy gran parte, que asi era muy gran razon que de la laceria y del desterramiento que él queria tomar, que él otrosi que te-

mase ende su parte, y que pues el rey no se dolia de su muger y de su fijo y del reino y de lo que acá dejava, que non era razon que se doliese él de lo suyo, y que iria con él y que le serviria en manera que ningun hombre non ge lo pudiese entender, y que aun levava tanto aver metido en aquella su vestidura que le abondaria asaz para en toda su vida: y que pues á irse avian, que se fuesen ántes que pudiesen ser conocidos. Y cuando el rey entendió todas aquellas cosas, que aquel su privado le decia, tovo que ge lo decia todo en lealtad, y agradecióselo mucho, y contóle toda la manera en como oviera ser engañado, y que todo aquello lo ficiera el rey por le provar, y asi oviera aquel privado á ser engañado por mala codicia, y quísole Dios guardar, y fué guardado por consejo del filosofo, que tenia cautivo en su casa.

É vos, señor conde Lucanor, ha menester que vos guardedes que non seades engañado deste que tenedes por amigo, ca cierto sed, que esto que vos dijo, que non lo fizo sinon por provar que es lo que tenia en vos, y conviene que en tal manera fabledes con él, que entienda que queredes toda su pro y su honra, y que non avedes codicia de lo suyo: ca si hombre estas dos cosas no guarda á su amigo, non puede durar el amor entre ellos luengamente. Y el conde se falló bien aconsejado del consejo, que Patronio su consejero le dió, y fizolo como le consejara, y fallóse ende bien. Y entendiendo don Juan que estos ejemplos eran muy buenos, fizolos escrevir en este libro, y fizo estos

versos, en que se pone la sentencia de los ejemplos, y los versos dicen asi:

> Non vos engañedes, ni creades que en donado
> Face ome por otro su daño de grado.

Y otros que dicen asi:

> Por la piedad de Dios y por buen consejo
> Sale ome de cuita y cumple su desejo.

CAPÍTULO XXIV.

De lo que conteció al hombre bueno con su fijo.

Otrosi otra vez acaeció, quel conde Lucanor fablava con Patronio su consejero, y díjole en como estava en gran cuita, y en gran queja de un fecho que queria facer, ca si por ventura lo ficiese, sabia que muchas gentes le travarian en ello, y otrosi, si no la ficiese, quel mismo entendiera que le podrian travar en ello con razon. Y díjole cual era el fecho, y rogóle que le consejase lo que entendia que devia facer sobre ello. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, bien sé que vos fallaredes muchos que vos podrian consejar mejor que yo, y á vos mucho vos dió Dios buen entendimiento, que sé que mi consejo vos face muy pequeña mengua: mas pues lo queredes, decir vos he lo que entiendo ende. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, mucho me

placeria que parasedes mientes á un ejemplo de una cosa que conteció una vegada á un hombre con su hijo. El conde le rogó le dijese como fuera aquello, y Patronio dijo asi:

Acaeció que un hombre bueno avia un fijo, é comoquiera que era mozo segun sus dias, era asaz de noble entendimiento, y cada que el padre alguna cosa queria facer, porque pocas son las cosas en que algun contrario non puede acaecer, decíale el fijo que en aquello que él queria facer que veia que podria acaecer el contrario, y por esta manera le partia de algunas cosas, quel cumplian para su facienda. Y bien creed, que cuanto los mozos son mas sutiles de entendimiento, tanto son mas aparejados para facer grandes yerros para sus faciendas, ca han entendimiento para comenzar la cosa, mas no saben la manera como se puede acabar, y por esto caen en grandes yerros, si non han quien los guarde dellos. Y asi aquel mozo por la sutileza que avia del entendimiento, y que le menguava la manera de saber facer la obra cumplidamente, embargava á su padre en muchas cosas que avia de facer. Y desque el padre pasó gran tiempo esta vida con su fijo, lo uno por el daño que se le seguia de las cosas que se le embargavan de facer, y lo al por el enojo que tomava de aquellas cosas que su fijo le decia, é señaladamente lo mas por castigar á su fijo en le dar ejemplo, como ficiese en las cosas que le acaeciesen adelante, tomó esta manera, segun que aqui oiredes. El hombre bueno y su fijo eran labradores é moravan cerca de una

villa, y un dia que se facia hi mercado, dijo á su fijo que fuesen amos allá para comprar algunas cosas que avian menester, y acordaron de levar una bestia en que lo trajesen, é yendo amos al mercado, levavan la bestia sin ninguna carga, y iban amos de pie, y encontraron unos omes que venian de aquella villa do ellos iban. É desque fablaron en uno y se partieron los unos de los otros, aquellos omes que encontraron, comenzaron á departir ellos entre sí, y decian que no les parecian de buen recaudo aquel ome bueno y su fijo, pues llevavan la bestia descargada, ir entrambos á pie. Y el ome bueno que aquesto oyó, preguntó á su fijo, quel parecia de aquello que decian aquellos omes, y el fijo dijo que le parecia que decian verdad, que pues la bestia iba descargada, que non era buen seso ir entrambos á pie. Y entónces mandó el buen ome á su fijo que subiese en la bestia. É yendo asi en la bestia por el camino, fallaron otros omes, y desque se partieron dellos, comenzaron á decir, que loco era mucho aquel ome bueno, porque iba él de pie, que era viejo y cansado, y el mozo que podria sofrir la laceria iba en la bestia. Preguntó entonce el ome bueno á su fijo, que le parecia de aquello que aquellos decian, y él dijo que le parecia que decian razon, y entónces mandó á su fijo que decendiese de la bestia, y subió en ella. Y á poca pieza encontráronse con otros, y dijeron que facian muy desaguisado de dejar el mozo, que era tierno, y non podria andar y sofrir laceria é ir de pie, y el ome

bueno que era usado de pararse á las lacerias, ir cavallero en la bestia. Estónces preguntó el ome bueno á su fijo, que le parecia desto que estos decian. El mozo díjole que segun él cuidava, que decian verdad. Y estónces mandó el ome bueno á su fijo, que sobiese en la bestia, porque non fuese ninguno dellos de pie. É yendo asi encontraron otros omes, que comenzaron á decir, que aquella bestia en que iban era tan flaca, que mala vez podria andar bien por el camino, y pues asi era, que facian gran yerro en ir amos cavalleros en la bestia. El ome bueno preguntó á su fijo, que le semejava aquello que aquellos omes decian. Y el mozo dijo á su padre, que le semejava verdad aquello que decian. Estónce el padre respondió á su fijo desta manera: Fijo, bien sabes, que cuando salimos de nuestra casa, que cuando veniamos de pie, traiamos la bestia sin carga ninguna, dejiste, que te semejava bien, é despues fallamos omes en el camino, que nos dijeron que no era bien, y mandéte yo sobir en la bestia, y finqué yo en pie, y tu dijiste, que era bien. Y despues fallamos otros omes, que dijeron que aquello non era bien, y porende decendiste tú, é sobí yo en la bestia, é tú dejiste que aquello era lo mejor: y porque los otros, que fallamos, dijeron que non era bien, mandéte sobir en la bestia conmigo, y tú dejiste que era lo mejor, que non fincar tú de pie, y yo ir en la bestia: y aora estos que fallamos dicen, que facemos yerro en ir entrambos en la bestia, y tú tienes que dicen verdad. Y pues que

asi es, ruégote que me digas que es lo que podremos hacer en que las gentes non puedan trabar, é ya fuímos entrambos de pie, y dijeron no faciamos bien, y fuí yo de pie, y tú en la bestia, é dijeron que erraramos, y fué yo en la bestia é tu de pie, y dijeron que era yerro, y aora imos ambos en la bestia, y dicen que facemos mal, pues en ninguna guisa non podemos ser, que alguna destas cosas non fagamos, ca ya todas las fecimos, y todas dicen que son yerros, y esto fiz yo porque tomases ejemplo de las cosas que te acaeciesen en tu facienda, que cierto soy que nunca fagas cosa que todos digan bien, ca si fuere buena la cosa, los malos é aquellos que se les non sigue pro de aquella cosa, dirán mal della, y si fuere la cosa mala, los buenos, que se pagan del bien, non podrán decir que es bien al mal que tú feciste. Y porende, si tú quieres facer lo mejor, y mas á tú pro, cata que fagas lo mejor, y lo que entendieres que te cumple mas, y sol que non sea mal, non dejes de lo facer por recelo del dicho de las gentes, ca cierto es que las gentes á lo demas siempre fablan en las cosas á su voluntad, y non catando lo que es mas á su pro.

Y vos, señor conde Lucanor, en esto que me decis que queredes facer, y que recelades que de vos dirán las gentes en ello, y si non lo ficieredes, que eso mismo farán. Pues me mandades, que os conseje en ello, el mi consejo es este, que ántes que comencedes el fecho, que cuidedes toda la pro y el daño que ende se puede seguir, é que vos

fiedes en vuestro seso, y que vos guardedes que vos non engañe la voluntad, y que vos consejedes con los que entendieredes que son de buen entendimiento, é leales, é de buena poridad. Y si tal consejero non fallaredes, guardad que vos non rebatedes á lo que ovieredes á facer, á lo ménos fasta que pase un dia y una noche, si fuere cosa que se non pierda tiempo, y estas cosas guardaredes en lo que ovieredes de facer por recelo de lo que las gentes podrian dello decir. El conde tuvo por buen consejo lo que Patronio le consejava y fizolo asi, y fallóse ende bien. Y cuando don Juan falló este ejemplo, mandóle escrevir en este libro, é fizo escrevir estos versos, en que está abreviada toda la sentencia deste ejemplo, y los versos dicen asi:

Por el dicho de las gentes sol que non sea á mal,
A la pro tened las mientes, non fagades ende al.

CAPÍTULO XXV.

De lo que conteció á un Ginoves que fablava con su alma.

Un dia fablava el conde Lucanor con Patronio su consejero, y contávale su facienda en esta manera: Patronio, loado Dios, yo tengo mi facienda asaz en buen estado, y en paz todo lo que me

cumple, segun mis vecinos y mis iguales y por ventura mas, y algunos consėjanme que comience un fecho de muy grande aventura y muy peligroso, é yo he muy gran voluntad de facer aquello que me consejan. Pero por la fianza, que en vos he, no lo quise comenzar fasta que fable con busco y vos rogase que me consejasedes lo que en ello ficiese. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, para que vos fagades en este fecho lo que vos mas cumple, placermeia que supiesedes lo que conteció á un Ginoves, que fablava en su ánima. Y el conde le rogó que le dijese como fuera aquello.

Y Patronio le dijo: Señor conde Lucanor, un Ginoves era muy rico y muy bien andante segun sus vecinos, y aquel Ginoves adoleció muy mal, é de que entendió que no podia escapar de la muerte, fizo llamar á sus parientes y á sus amigos é de que todos fueron con él, embió por su muger é por sus fijos, y asentóse en un palacio muy bueno, donde parecia la mar y la tierra, é fizo traer ante sí todo su tesoro y todas sus joyas. Y desque todo lo tuvo ante sí, comenzó en manera de trevejo á fablar con su alma en esta guisa: Alma, yo veo que tú te quieres partir de mí, é non sé porque lo faces, ca si tú quisieres muger y fijos, bien los vees aqui delante tales, de que te deves tener por pagada; y si quieres parientes y amigos, vees aqui muchos y muy buenos é muy honrados; y si quieres muy gran tesoro de oro y de plata y de piedras preciosas y de joyas y de paños y de mercaderias, tú tienes aqui tanto dello, que te non

face aver mengua mas; y si tú quieres naves y galeras que te ganen y te traigan grande aver é muy gran honra, veslas aqui, donde están en la mar, que parecen deste mi palacio; y si quieres muchas heredades y huertas muy hermosas y muy deleitosas, veslas, do parecen destas finiestras; y si quieres cavallos y mulas y canes para cazar y tomar placer é joglares para te facer alegria y solaz y muy buena posada y mucho apostada de de camas é de estrados y de todas las otras cosas que son hi menester, de todas estas cosas á ti non mengua nada, y pues tu has tanto bien y no te tienes por pagada nin puedes sofrir el bien que tienes, pues con todo esto non quieres fincar, é quieres buscar lo que non conoçes, de aqui adelante véte con Dios.

Y vos, señor conde Lucanor, pues loado á Dios estades en paz é con bien é con honra, tengo que non faredes buen recaudo en aventurar esto, y comenzar lo que decides que vos consejan, ca por ventura estos vuestros consejeros vos lo dicen, porque saben que desque en el fecho vos vieren metido, que por fuerza avredes á facer lo que ellos quisieren, y que avredes á següir su voluntad desque fueredes en gran menester, asi como siguen ellos la vuestra aora que estades en paz, y por ventura cuidan, que por el vuestro pleito enderezaran ellos sus faciendas, lo que se les non guisa en cuanto vos viviéredes en sosiego, é contecervosia lo que decia el Ginoves á su alma: mas por el mi consejo, en cuanto pudieredes aver paz y sosiego

á vuestra honra, sin vuestra mengua, non vos metades en cosa que lo ayades todo aventurar. Y al conde plugo mucho del consejo, que Patronio le dava, é fizolo asi, é fallóse ende bien. Y cuando don Juan halló este ejemplo, túvolo por bueno, y non quiso facer versos de nuevo, si non que puso hi una palabra que dicen las viejas en Castilla, y la palabra dice asi: Quien bien se see, non se lieve.

CAPÍTULO XXVI.

De lo que conteció al cuervo con el raposo.

Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero, y díjole asi: Patronio, un hombre, que da á entender que es mi amigo, me comenzó á loar mucho, é dándome á entender, que avia en mí muchos cumplimientos de honra y de poder de muchas bondades, y de que con estas razones me falagó cuanto pudo, movióme un pleito que en la primera vista, segun lo que yo puedo entender, que parece que es mi pro. Y contó el conde á Patronio, cual era el pleito que le movia, y comoquier que parecia el pleito aprovechoso, Patronio entendió el engaño que yacia escondido so las palabras fermosas, é porende dijo: Señor conde Lucanor, sabed, que este hombre vos quiere engañar

dándovos á entender quel vuestro poder y vuestro estado es mayor de lo que es la verdad. É para que vos podades guardar deste engaño, que vos quiere facer, placermeia que supiesedes lo que conteció á un cuervo con un raposo. Y el conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, el cuervo falló una vegada un pedazo de queso muy grande, y subióse en un árbol porque pudiese comer el queso mas á su guisa y sin recelo y sin embargo de ninguno. É en cuanto el cuervo asi estava, pasó un raposo por el pie del árbol, é desque vió el queso que el cuervo tenia, comenzó á cuidar en cual manera lo podria levar dél. É porende comenzó á fablar con él en esta guisa: Don cuervo, muy gran tiempo ha, que ohi fablar de vos y de la vuestra nobleza y de la vuestra apostura, é comoquier que vos mucho busqué, non fué la voluntad de Dios, nin la mi ventura, que vos pudiese fablar fasta aora, y aora que vos veo entiendo que ha mucho mas bien en vos, de cuanto me decian. Y porque veades, que vos lo non digo por lisonja, tambien como vos diré las aposturas que en vos entiendo, tambien vos diré las cosas, en que las gentes tienen, que non sodes tan apuesto. Todas las gentes tienen, que la color de las vuestras péndolas y de los ojos y del pico y de los pies y de las uñas, que todo es prieto. Y porque la cosa prieta no es tan apuesta como la de otra color, y vos sodes todo prieto, tienen las gentes que es mengua de vuestra apostura, y no entienden como yerran en ello

mucho. Ca comoquier que las péndolas vuestras sean prietas, tan prieta y tan lucia es aquella pretura, que torna en Indio como péndolas de pavon, que es la mas fermosa ave del mundo. Y comoquier que los vuestros ojos son prietos, cuanto para ojos mucho son mas fermosos que otros ojos ningunos, ca la propiedad del ojo non es sinon ver. Y porque toda cosa prieta conoce á el viso, para los ojos los prietos son los mejores, y porende son mas loados los ojos de la gancela, que son mas prietos que de ninguna otra animalia. Otrosi el vuestro pico y las vuestras manos é uñas son muy fuertes mas que de ninguna ave tamaña como vos. Otrosi en el vuestro buelo avedes tan grande ligereza, que vos non embarga el viento de ir contra él, por recio que sea, lo que otra ave non puede facer tan ligeramente como vos. Y bien tengo, que pues Dios todas las cosas face con razon, que non consienta, pues que en todo sodes tan complido, que oviese en vos mengua de non cantar mejor que ninguna otra ave. Y pues Dios me fiso á tanta merced, que os veo, y sé que ay en vos mas bien de cuanto nunca de vos ohi, si yo pudiese de vos oir el vuestro canto, para siempre me ternia por de buena ventura.

Y, señor conde Lucanor, parad mientes, que magüer la intencion del raposo era para engañar al cuervo, que siempre las sus razones fueron con verdad, y sed cierto que los engaños y daños mortales siempre son los que se dicen con verdad engañosa. Y desque el cuervo oyó en cuantas ma-

neras el raposo le alabava, y como le decia verdad, creyó que asi le decia verdad en todo lo al, y tovo que era su amigo, y non sospechó que lo facia por levar dél el queso que tenia en el pico. Y por las muchas buenas razones, que avia oido, y por los falagos y ruegos que le ficiera porque cantase, abrió el pico para cantar. Y desque el pico fué abierto para cantar, cayó el queso en tierra, y tomólo el raposo y fuése con él, y asi fincó engañado el cuervo del raposo, creyendo que avia en sí mas apostura y mas cumplimientos de cuanto era la verdad.

Y, señor conde Lucanor, comoquier que Dios vos fizo asaz merced en todo, pues vedes que aquel ome vos quiere facer entender que avedes mayor poder y mayor honra y mas bondad de cuanto vos sabedes, que es la verdad, entended que lo face por vos engañar, y guardádvos dél, y faredes asi como hombre de buen recaudo. Al conde le plugo mucho lo que Patronio le dijo, é fízolo asi, y con su consejo fué él guardado de yerro. Y porque entendió don Juan, que este ejemplo era muy bueno, fízolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi: entiende abreviadamente la entencion é todo el ejemplo, y los versos dicen asi:

Quien te alabare con lo que non has en ti,
Sabe que quiere relevar lo que has de ti.

CAPÍTULO XXVII.

Del consejo que dió Patronio al conde Lucanor, cuando estava con recelo que algunos se ajuntasen para lo engañar ó para lo facer algun daño, y el ejemplo fué de lo que conteció á la golondrina con las otras aves.

El conde Lucanor fablava un dia con Patronio su consejero y díjole asi: Patronio, á mí dicen, que unos mis vecinos, que son mas poderosos que yo, andan ayuntando, y faciendo muchas maestrias y artes con que me puedan engañar y facer mucho daño, é yo no lo creo nin me recelo en ello. Pero por el buen entendimiento, que vos avedes, quiérovos preguntar que me digades, si entendedes que devo facer alguna cosa sobre esto. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, para que en esto fagades lo que yo entiendo que vos cumple facer, placermeia mucho, que supiesedes lo que conteció á la golondrina con las otras aves. El conde Lucanor le preguntó como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, la golondrina vido que un hombre sembrava lino, y entendió por su buen entendimiento, que si aquel lino naciese, podrian los hombres hacer redes é lazos para tomar las aves. Y luego fuése para las aves é fizolas ajuntar é díjolas en como el hombre

sembrava aquel lino, y que fuesen ciertas, que si aquel lino naciese, que se les seguiria ende muy gran daño, y que les consejava que ántes quel lino naciese, que fuesen allá, y que lo arrancasen, ca las cosas son ligeras de se desfacer en el comienzo, y despues son muy peores y muy mas graves de se desfacer. Y las aves tuvieron esto en poco, y no lo quisieron facer, y la golondrina les afincó desto muchas veces, fasta que vió que las aves non se sentian desto, nin davan por ello nada. Y el lino era ya tan crecido, que las aves non lo podian arrancar con las alas nin con los picos. Y desque esto vieron las aves, que el lino era crecido, y que non podian poner consejo al daño que se les ende seguia, arrepintiéronse ende mucho, porque ante non avian hi puesto consejo, pero el arrepentimiento fué á tiempo, que non podia tener pro. Y ante desto, cuando la golondrina vió, que non querian poner las aves recaudo en aquel daño que les venia, fuése para el hombre, y metióse en su poder, y ganó dél seguranza para sí y para su linage, y despues acá viven las golondrinas en poder de los hombres, y son seguras dellos: é las otras aves, que se non quisieron guardar, tómanlas cada dia con redes é con lazos.

Y vos, señor conde Lucanor, si quisieredes ser guardado deste daño que decides que vos puede venir, apercebídvos y poned recaudo ante que el daño vos pueda acaecer. Dice un sabidor, que si entendieres que te puede venir daño de alguna cosa, obra con que te asegures della, ca non es cuerdo

él que vee la cosa despues que es acaecida: asaz es cuerdo él, que por una señaleza ó por un movimiento cualquier entiende el daño que le puede venir, y pone hi consejo, porque non le acaezca daño. Al conde le plugo mucho desto, y fizolo segun Patronio le consejó, y fallóse ende bien. Y porque don Juan entendió que este ejemplo era bueno, fizolo poner en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

En comienzo deve ome partir
El daño que le non pueda venir.

CAPÍTULO XXVIII.

De lo que conteció á un ome, que levava una cosa muy preciada al cuello y pasava un rio.

Dijo el conde Lucanor un dia á Patronio su consejero, que avia muy gran voluntad de estar en una tierra, porque le avian hi de dar una partida de dineros, y cuidava facer hi mucho de su pro, pero avia muy gran recelo que si allá se detuviese, que le podria venir muy gran peligro del cuerpo, é que le rogava que le consejase en ello. Señor conde, dijo Patronio, para que vos fagades en esto al mio cuidar, lo que mas vos cumpliese, seria

muy bien que supiesedes lo que conteció á un hombre, que llevava una cosa muy preciada al cuello y pasava un rio. Y el conde le preguntó, que le dijese como fuera aquello, y Patronio le dijo asi:

Señor conde, dijo Patronio, un hombre levava una cosa muy preciada al cuello, y acaeció que llegó á un rio muy grande, en que avia mucho cieno, y avia de pasar el rio forzádamente para ir alli do le cumplia con aquello que llevava acuestas, ca non avia puente nin barco nin otra cosa por do pasase el rio, salvo por el agua. Asi que se ovo á descalzar á entrar por él, y como levava gran carga, zahondava mucho mas que si aquella carga non llevase. Y cuando fué en medio del rio, comenzó á zahondar mucho mas, por razon que era el cieno mayor en medio. El rey é un hombre que estava á la orilla del rio comenzó á dar voces y á decir, que si non echase aquella carga que llevava seria muerto. Y el mezquino loco non entendiendo, que si muriese en el rio, que perderia el cuerpo y la carga que levava, non lo quiso facer, nin quiso creer el buen consejo que le dava el otro que estava á la orilla del rio. Y como el rio venia muy recio, y el cieno era muy grande, y otrosi con el peso que llevava muy grande al cuello, ovo á zahondar tanto, fasta que le dió el agua por la garganta. Y desque quiso sacar los pies de aquel cieno en que estava, non pudo por la gran carga que tenia acuestas, y vino el agua muy recia,

y derribóle en el rio, y afogóse. Y asi perdió el cuerpo y lo que llevava acuestas por quererse meter á peligro por mala codicia, non queriendo creer el buen consejo que el otro le dava, y menospreciando su cuerpo por aquello que llevava acuestas.

É vos, señor conde Lucanor, comoquier que de los dineros ó de lo al que podriades facer de vuestra pro, seria bien que lo ficiesedes, empero consejovos, que si peligro del vuestro cuerpo falladess en la fianza, que non finquedes hi por codicia de dineros nin de su semejable: y aun vos consejo que nunca aventuredes el vuestro cuerpo sinon fuere por cosa que sea vuestra honra, y vos seria mengua si lo non ficiesedes: ca él, que poco se precia, é por codicia y por devaneo aventura su cuerpo, bien tened que non tiene mientes de facer mucho con el su cuerpo, ca él que mucho precia su cuerpo, ha menester que faga porque lo precien mucho las gentes, ca non es hombre preciado por preciarse él mucho, mas es muy preciado, porque faga tales obras que le precien mucho las gentes, y si él tal fuere, cierto sed que preciará mucho el su cuerpo, y non lo aventurará por codicia, nin por otra cosa en que non aya grande honra: mas en lo que se deviere aventurar, cierto sed, que non ha hombre en el mundo, que tan aína nin tan buenamente aventure el cuerpo como él que vale mucho y se precia mucho. É el conde tovo este por buen ejemplo, y fizolo asi, y fallóse ende bien. Y porque don Juan entendió que este ejemplo era muy bueno,

fizolo escrivir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Quien por gran codicia de aver se aventura,
Será maravilla si el bien mucho le atura.

CAPÍTULO XXIX.

De lo que conteció á una muger que se llamara doña Truhana.

Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta guisa: Patronio, un hombre me dijo una razon, y mostróme la manera como podia ser. Y bien vos digo, que tantas maneras de aprovechamiento ha en ellas, que si Dios quisiere que se faga asi como él me dijo, que será mucho mi pro, ca tantas son las cosas que nacen las unas de las otras, que al cabo es muy gran fecho á demas, y contó la manera á Patronio que podria ser. Y desque Patronio entendió aquellas razones, respondió al conde en esta manera: Señor conde Lucanor, siempre ohi decir, que era buen seso atenerse hombre á las cosas ciertas, y non á las fiucias y vanas, ca muchas veces á los, que se atienden á las fiucias, contecerlesia como conteció á doña Truhana. El conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, una muger fué que avia nombre doña Truhana, la cual era asaz mas pobre que rica, y un dia iba al mercado, y llevava una olla de miel en la cabeza, é yendo por el camino comenzó á cuidar que venderia aquella olla de miel, y que compraria partida de huevos, y de aquellos huevos nacerian gallinas, y las venderia, y de aquellos dineros compraria ovejas, y asi fué comprando de las ganancias que facia fasta que se falló por mas rica que ninguna de sus vecinas, y con aquella riqueza que ella cuidava que avia asmó, como casaria á sus fijos y fijas, y de como iba aguardada por la calle con yernos y con nueras, y como decian por ella, como fuera de buena ventura en llegar á tan gran riqueza, siendo tan pobre como solia ser. Y pensando en esto comenzó á reir con placer que avia de la su buena andanza, y en reyendo dió con la mano en la su cabeza y en su frente, y entonce cayó la olla de la miel en tierra y quebróse. Y cuando fué la olla de la miel quebrada, comenzó á facer muy gran duelo, teniendo que avia perdido todo lo que cuidava que averia, si la olla no se quebrara. Y porque puso todo su pensamiento por fiucia vana, non se fizo al cabo nada de lo que ella cuidara.

Y vos, señor conde Lucanor, si quisieredes que lo que vos dijeron, y que vos cuidaredes, que sea cosa cierta, creed y cuidad siempre tales cosas, que sean guisadas, y non fiucias y vanas, y si las quisieredes provar, guardad que non aventuredes nin pongades de lo vuestro cosa de que vos sin-

tades por fiucia de la pro de lo que non sodes cierto. Al conde plugo mucho de lo que Patronio le dijo, y fízolo asi, y fallóse ende bien. Y porque don Juan se pagó deste ejemplo, fízolo poner en este libro, é fizo estos versos, que dicen asi:

Á las cosas ciertas vos acomodad
Y las fiucias y vanas dejad.

CAPÍTULO XXX.

Do lo que conteció á un hombre que era mal doliente.

Otra vegada fablava el conde Lucanor con Patronio su consejero, y díjole asi: Patronio, sabed que comoquier que Dios me fizo mucha merced y muchas cosas que estó aora mucho aficionado de mengua de dineros, y comoquier que me es tan grave de lo facer como la muerte, tengo que avré de vender una de las heredades del mundo, de que he mas duelo ó facer otra cosa que me seria tan gran daño como esto, y averlohe aora á facer por salir desta laceria y desta cuita en que estó, que es tan grande á mi daño. Vienen á mi muchos hombres que sé que la podrian muy bien escusar, y demándanme que les dé estos dineros que me cuestan tan caros. Y por el buen entendimiento, que Dios en vos puso, ruégovos que me digades lo

que vos parece que devo facer en esto. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, paréceme á mí, que vos contece con estos hombres, como conteció á un hombre que era mal doliente: y el conde le rogó que le dijese como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, un hombre era muy doliente asi que le dijeron los fisicos, que en ninguna guisa non podia guarecer, si non le ficiesen una abertura por el costado, y que le sacasen el figado por él, y quel lavasen con unas melecinas que avia menester, y que le alimpiasen de aquellas cosas, porque el figado estava mal trecho. Estando él sofriendo este dolor, y teniendo el fisico el figado en la mano, otro hombre que estava cerca dél, comenzó á rogar que le diese de aquel figado para un su gato.

Y vos, señor conde Lucanor, si queredes facer muy gran vuestro daño por aver dineros, é darlos do se deven escusar, dígovos que lo podedes facer por vuestra voluntad, mas nunca lo faredes por el mi consejo. Y al conde plugo mucho de aquello, que Patronio le dijo, é guardóse ende de alli adelante, y fallóse ende bien. Y porque entendió don Juan, que este ejemplo era muy bueno, mandóle escrivir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Si non sabedes que devedes dar,
Á gran daño se vos podria tornar.

CAPÍTULO XXXI.

De lo que conteció á dos hombres que fueron muy ricos.

El conde Lucanor fabló otro dia con Patronio en esta manera: Patronio, bien conozco á Dios, que me ha fecho muchas mercedes mas que le yo podria servir, y en todas las otras cosas entiendo que está la mi facienda asaz bien y con honra. Pero algunas vegadas me contece de estar tan afincado de pobreza, que me parece que querria tanto la muerte, como la vida, y ruégovos que algun conorte me dedes para esto. Señor conde, dijo Patronio, para que vos conortedes, cuando tal cosa vos acaeciere, será bien que supiesedes lo que conteció á dos hombres que fueron muy ricos. Y el conde le rogó le dijese como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, destos dos hombres el uno llegó á tan gran pobreza, que le non fincó en el mundo cosa que pudiese comer. Y desque fizo mucho por buscar alguna cosa que comiese, non pudo aver cosa sinon una escudilla de altramuces, é acordándose de cuan rico solia ser, y que aora con fame y con mengua comia altramuces, que son tan amargos y tan de mal sabor, comenzó de llorar muy fieramente, pero con la gran fame comenzó á comer de los altramuces, é comiéndolos

estava llorando y echava las cortezas de los altramuces en pos de sí: y él estando en este pesar y en esta cuita, sintió que estava otro hombre en pos dél, y bolvió la cabeza, y vió un hombre cabe sí, que estava comiendo de las cortezas de los altramuces que él echava en pos de sí, y era aquel de que vos fablé de suso. Y cuando él vió aquel, que comia las cortezas de los altramuces, dijo, que porque facia aquello, y él dijo, que supiese que fuera mas rico que él, y aora que avia llegado á tan gran pobreza y tan gran fambre, que le placia mucho cuando él fallava aquellas cortezas que él dejava. Y cuando esto vió él que comia los altramuces, conortóse, pues entendia que otro avia mas pobre que él, y que avia ménos razon porque lo devia ser, y con este conorte esforzóse y ayudóle Dios, y cató manera como saliese de aquella pobreza, y salió della y fué muy bien andante.

Y vos, señor conde Lucanor, devedes saber, quel mundo es tal, y aun Dios nuestro señor lo tiene por bien, que ningun ome no aya cumplidamente todas las cosas, mas en todo lo al vos face Dios merced, y estades con bien y con honra. Si alguna vez vos menguare dineros y estuvieredes en algun afincamiento, non desmayedes por ello, y creed por cierto, que otros mas honrados y mas ricos que vos están afincados, que se ternian por pagados si pudiesen dar á sus gentes, y les diesen aun muy ménos de cuanto vos dades á los vuestros. Y al conde plugo mucho desto que Patronio le dijo, y conortóse y ayudóse y ayudóle Dios, y salió muy bien de

aquella queja en que estava. Y entendiendo don Juan, que este ejemplo era muy bueno, fízolo poner en este libro, y fizo estos versos que dicen asi:

Por la pobreza nunca desmayedes,
Pues que otro mas pobre que vos vedes.

CAPÍTULO XXXII.

De lo que aeaeció al gallo con el raposo.

Una vez fablava el conde Lucanor con Patronio en esta guisa: Patronio, vos sabedes que loado Dios, la mi tierra es muy grande, y non es toda ajuntada en uno, comoquiera que yo he muchos lugares, que son muy fuertes, y algunos que no lo son tanto, otrosi y lugares que son apartados de la mi tierra en que yo he mayor poder. Y cuando yo he contienda con mis señores ó con mis vecinos, que han mayor poder que yo, muchos que se me dan por amigos y otros que se me facen consejeros, métenme grandes miedos y grandes espantos y conséjanme que en ninguna guisa non esté en aquellos mis lugares apartados, sinon que me acoja y esté en los lugares muy fuertes y que son bien dentro de mi poder. Y porque yo sé, que vos sodes muy leal y sabedes muy mucho de tales

cosas como estas, ruégovos que me consejedes lo que vos semeja que me cumple de facer en esto. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, en los grandes fechos y muy dubdosos son muy peligrosos los consejos, ca en los mas de los consejos non puede hombre fablar ciertamente, ca non es hombre cierto á que podrán recudir las cosas, que muchas veces vemos que cuida hombre una cosa y recude despues otra, ca lo que cuida hombre que es mal, á las veces recude á bien, y lo que cuida que es bien, á las veces recude á mal: y porende él que ha á dar consejo, si es hombre leal y de buena entencion, es en muy grande queja, cuando ha de aconsejar, ca si el consejo que dá recude á bien, no ha otras gracias sino que fizo su deudo en dar buen consejo, y si el consejo á bien no recude, finca siempre el consejero con daño y con vergüenza. Y porende este consejo, en que ay muchas dubdas y muchos peligros, placermeia mucho de corazon, se pudiese escusar de non le dar. Mas pues queredes que vos conseje y non lo puedo escusar, dígovos que querria mucho que supiesedes como conteció á un gallo con un raposo. Y el conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, un hombre bueno avia una casa en la montaña, y entre las otras cosas que criava en su casa, criava muchas gallinas y muchos gallos, y acaeció que uno de aquellos gallos andava un dio alongado de la casa por un campo, y él andando muy sin recelo, vióle un raposo, y vino muy escondidamente cuidándole tomar.

El gallo sintióle y subióse en un árbol que estava ya cuanto alongado de los otros. Y cuando el raposo entendió que estava en salvo el gallo, pesóle mucho, porque no le pudiera tomar, y pensó en cual manera podria guisar que le tomase, y enderezó entonce al árbol, y comenzóle á rogar y falagar y asegurar que descendiese á andar por el campo como solia. El gallo non lo quiso facer. Y desque el raposo entendió, que por ningun falago non lo pudiera engañar, comenzólo á amenazar, diciéndole, que pues dél non fiava, que él guisaria de manera, como se le allegase ende mal. El gallo entendió que estava en salvo, y non dava nada por sus amenazas nin por sus seguranzas. Y desque el raposo entendió que por todas estas maneras non le pudiera engañar, enderezó al árbol, y comenzó á roer con los dientes, y dar en él muy grandes golpes con la cola: y el cautivo del gallo tomó miedo á sin razon, non parando mientes en como aquel miedo que el raposo le ponia, non le podia empecer, y él espantóse de balde, y quiso fuir á los otros árboles en que cuidava estar mas seguro, y non pudo llegar al monte, mas llegó á otro árbol. Y desque el raposo entendió, que tomava miedo á sin razon, fué en pos dél, y asi levólo de árbol en árbol, fasta que lo sacó del monte, y lo tomó y lo comió.

É vos, señor conde Lucanor, avedes menester, que pues á tan grandes fechos avedes á pasar, y vos avedes á parar á ello, que nunca tomedes miedo sin razon, nin vos espantedes de balde por amena-

zas nin por dichos de ningunos, nin fiedes en cosa que vos pueda venir grande daño nin gran peligro y pugnad siempre en defender los lugares mas postrimeros de vuestra tierra, y non creades que tal hombre como vos, teniendo gentes y vianda, que por non ser en lugar muy fuerte podriades tomar peligro ninguno. Y si con miedo y con recelos baldios dejades los lugares de cabe vuestra tierra, seguro sed que asi vos irán llevando de lugar en lugar fasta que vos saquen de todo, ca cuanto vos y los vuestros mayor miedo y mayor desmayo mostraredes en dejar los vuestros lugares, tanto mas esforzarian vuestros contrarios para tomáros lo vuestro. Y cuando vos y los vuestros vieredes á vuestros contrarios mas esforzados, tanto desmayaredes mas, y asi irá yendo el pleito fasta que vos non finque cosa en el mundo: mas si bien porfiaredes sobre lo primero, seredes seguro, como fué el gallo si estuviera en el primer árbol, y aun tengo que cumplia á todos los que á sin razon, cuando les metiesen miedo con enemigos y con cavas ó con castillos de madera ó con otras tales cosas, ca nunca las facen sinon por espantar á los cercados. Y mayor cosa vos diré, porque veades que vos digo verdad, nunca lugar se puede tomar sinon subiendo por el muro con escaleras ó cavando el muro, pues que el muro es alto, non podrán llegar allá las escaleras: y para cavárlo bien, créed que han menester gran vagar los que lo han de cavar, y asi todos los lugares que se toman es ó por alguna mengua que han los cercados, y lo demas

es por miedo y sinrazon. Y ciertamente, señor conde, los tales, como vos, y aun los otros que non son de tan gran estado como vos, ante que comencedes la cosa devédesla catar y ir á ella con gran acuerdo, non lo pudiendo nin deviendo escusar. Mas desque en el pleito fueredes, non ha menester que por cosa ninguna tomedes espanto nin miedo sin razon: siquier devédeslo facer, porque cierto es que los que son en los peligros, que muchos mas escapan de los que se defienden, que non de los que fuyen. Siquier parad mientes, que si á un perrillo cualquier quisiere matar un grande alano, se está quedo y regaña los dientes, que muchas veces escapa, y por gran perro que sea, si fuye, luego es muerto. Y al conde Lucanor plugo mucho desto que Patronio le dijo, y fízolo asi, y fallóse ende bien. Y porque don Juan entendió, que este ejemplo era muy bueno, fízole poner en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi.

Non te espantes por cosa sin razon,
Mas defiente bien como varon.

CAPÍTULO XXXIII.

De lo que conteció á un hombre que tomava perdices.

Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero y díjole: Patronio, algunos hombres de gran guisa, y otros que lo non son, fácenme algunas vegadas enojos y daños en mi facienda y en mis gentes, y cuando son ante mí, dan á entender que les pesó mucho, porque lo huvieron á facer, y que lo ficieron siempre con muy gran menester y con muy gran cuita, y non lo pudiendo escusar. Y porque yo querria saber lo que devo facer cuando tales cosas me ficieren, ruégovos que me consejedes lo que entendeis en ello. Señor conde, dijo Patronio, esto que vos decides que á vos conteció sobre que demandades consejo, paréceme mucho á lo que conteció á un hombre que tomava perdices. Y el conde le rogó le dijese como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, un hombre paró sus redes á las perdices, y desque las perdices fueron caidas en la red, aquel que las cazava llegó á la red en que yacian las perdices, y asi como las iba tomando, matávalas y sacávalas de la red,

y matando las perdices dávale el viento en los ojos tan recio, que le hacia llorar, y una de las perdices, que estavan en la red vivas, comenzó á decir á las otras: Vedes, amigas, lo que face este hombre, comoquiera que nos mata. Sabed, que él ha muy gran duelo de nos, y por eso está llorando, ¿y non vedes ahi que buen hombre, que llora cuando nos mata? Y otra perdiz que estava hi mas sabidora, que con su sabiduria se guardara de caer en la red, respondióle asi: Amiga, mucho agradezco á Dios, porque me guardó de caer en la red, y ruego á Dios que me guarde á mí, y á todos mis amigos dél que me quiere matar y facer mal, y me da á entender que le pesó ó pesa de mi daño.

É vos, señor conde Lucanor, siempre vos guardad dél que viereděs que vos face enojo, y da á entender que le pesa por que lo face. Pero si alguno vos ficiere enojo, non por vos facer daño nin deshonra, y el enojo non fuere cosa que vos mucho empezca, y el hombre fuer tal de quien ayades tomado servicio y ayuda, y lo ficiere con queja y con menester, en tales lugares conséjovos yo, que cerredes el ojo en ello: pero en guisa que no lo faga tantas veces, de que se vos faga daño nin vergüenza: mas si de otra manera lo ficiere contra vos, estrañadlo en tal manera, porque vuestra facienda y vuestra honra siempre finque guardada. Y el conde lo tuvo por buen consejo este que Patronio le dava, y fizolo asi, y fallóse ende bien. Y entendiendo don Juan, que este ejemplo era

muy bueno, mandóle poner en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Non pares mientes los ojos que lloran,
Mas deves catar las manos que obran.

CAPÍTULO XXXIV.

De lo que conteció á un hombre con otro, que le combidó á comer.

El conde Lucanor fabló otra vez con Patronio su consejero, y díjole asi: Patronio, un hombre vino á mí, y díjome que faria por mí una cosa que cumplia mucho, y comoquier que me la dijo, entendí en él que me la dijo tan flojamente, que le placeria mucho si se escusase de tomar aquella ayuda, y yo de una parte entiendo que me cumple mucho de facer aquello quél me ruega, y de otra parte he muy gran embargo de tomar de aquel la ayuda, pues veo que me lo dice tan flojamente. Y por el buen entendimiento, que vos avedes, ruégovos que me consejedes en ello lo que vos parece que devo facer en esta razon. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, para que vos fagades en esto lo que me semeja que es vuestra pro, placermeia que supiesedes lo que conteció á un hombre con

otro que le combidó á comer. El conde le rogó le dijese como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, un hombre bueno era, que avia sido muy rico y era llegado á muy gran pobreza, y facíale muy gran vergüenza de demandar nin evergonzarse á ninguno por lo que avia de comer. Y por esta razon sofria muchas veces muy gran laceria y muy gran vergüenza de demandar y muy gran fame. Y un dia yendo él muy cuitado, porque non podia aver ninguna cosa que comiese, pasó por una casa de un su conociente, que estava comiendo, y cuando le vió pasar por la puerta, preguntóle muy flojamente, si queria comer, y por el gran menester que le avia comienza á labarse las manos, y díjole: En buen ora, don fulano, pues tanto me conjurastes, y me afincastes que comiese con busco, non me semeja que seria guisado en contradecir tanto vuestra voluntad, nin vos facer quebrantar vuestra jura. Y asentóse á comer, y perdió aquella fambre y aquella queja en que estava, y dende adelante acorrióle Dios y dióle manera como saliese de aquella laceria en que estava.

Y vos, señor conde Lucanor, pues entendedes que aquello que aquel hombre vos rogó es vuestra pro, dadle á entender que lo facedes por cumplir su ruego: y non paredes mientes á cuan flojamente vos lo ruega, y non esperedes á que vos él afinque mas por ello, sinon por aventura non fablara en ello mas, y servosia mas vergüenza si vos lo huviesedes á rogar á él que él ruega á vos. El conde

tuvo este por buen ejemplo y por buen consejo, y fizolo asi, y fallóse ende bien. Y porque don Juan entendió, que este ejemplo era muy bueno, fízolo poner en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

En lo que tu pro pudieres fallar,
Nunca te dejes mucho rogar.

CAPÍTULO XXXV.

De lo que conteció á los buhos y á los cuervos.

Un dia fablava el conde Lucanor con Patronio su consejero y díjole asi: Patronio, yo he contienda con hombre muy poderoso, y aquel mi enemigo avia en su casa un pariente y su criado y hombre á quien él avia fecho mucho bien, y un dia por sus cosas que acaecieron entre ellos, aquel mi enemigo fízole mucho mal, y aquel hombre con quien avia tantos deudos, veyendo el mal que avia recebido, y queriendo catar manera como se vengar, vínose para mí, é yo tengo que es mi gran pro, ca este me puede desengañar, y apercebir como pueda mas ligeramente facer daño aquel mi enemigo. Pero por la fiucia, que yo he en vos, quiero que me consejedes lo que faga en este fecho. Señor conde, dijo Patronio, lo primero vos digo, que

este hombre non vino sinon por vos engañar, y para que sepades la manera de su engaño, placermeia que supiesedes lo que conteció á los buhos y á los cuervos. Y el conde le rogó le dijese como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, los cuervos y los buhos avian entre sí muy gran contienda, pero los cuervos eran en mayor queja, ca los buhos, porque es su costumbre de andar de noche, y de dia están escondidos en cuevas, que son muy malos de fallar, venian de noche á los árboles de los cuervos donde albergavan, y matavan muchos dellos, y facíanles mucho mal. Y pasando los cuervos tanto daño, un cuervo que avia entre ellos muy sabidor, que se dolia mucho del mal que avian recebido de los buhos sus enemigos, fabló con los cuervos sus parientes, y cató esta manera para se poder vengar, y la manera fué, que los cuervos le mesaron todo, salvo un poco de las alas con que bolava muy mal y muy poco. Y desque asi fué tan mal trecho, fuése para los buhos, y contóles el mal y daño que los cuervos le ficieran, y señaladamente porque les decia, que non quisiesen ser contra ellos. Mas pues tan mal lo avian fecho contra él, que si ellos quisiesen, que él les mostraria muchas maneras como se pudiesen vengar de los cuervos á facerles mucho daño. Cuando los buhos esto oyeron, plúgoles mucho, y tuvieron que por este cuervo que era con ellos era todo su fecho enderezado, y comenzaron á facer mucho bien al cuervo, y fiaron en él todas

sus faciendas y sus poridades. Y entre los otros buhos avia uno que era muy viejo, y avia pasado por muchas cosas. É desque vió este fecho del cuervo, entendió el engaño con que el cuervo andava, y fuése para el mayoral de los buhos, y díjole que fuese cierto que aquel cuervo non viniera á ellos sinon por su daño, y por saber sus faciendas, y que le echasen de su compañía. Mas este buho non fué cierto de los otros buhos, nin creido, y desque él vió que lo non querian creer, partióse dellos, y fuése buscar tierra, do los cuervos non lo pudiesen fallar. Y los otros buhos pensaron bien del cuervo. Y desque las peñolas fueron iguales, dijo á los buhos, que pues podia bolar, que queria saber, do estavan los cuervos, y que vernia á decirgelo, porque pudiesen ayuntarse é irlos destruir todos, y á los buhos plugo mucho desto. Y desque el cuervo fué con los otros cuervos, ayuntáronse muchos dellos, y sabiendo toda la facienda de los buhos fueron á ellos de dia. Y cuando ellos non buelan, y se están guardados y sin recelo, y mataron y destruyeron á tantos dellos porque fincaron los cuervos vencedores de toda su guerra. Y todo este mal vino á los buhos, porque fiaron en el cuervo, que naturalmente era su enemigo.

É vos, señor conde Lucanor, pues sabedes que este hombre que á vos vino es muy adeudado con aquel vuestro enemigo y naturalmente él y todo su linage son vuestros enemigos, conséjovos yo que en ninguna manera non lo traigades en vuestra

compañía, ca cierto sed que non vino á vos sinon por vos engañar, y por vos facer algun daño: pero si él vos quisiere servir siendo alongado de vos, en guisa que non vos pueda empecer nin saber nada de vuestra facienda, y de fecho ficiere tanto mal y tantos mancillamientos á vuestro enemigo, con quien él ha aquellos deudos, y que veades vos que le non finca lugar para se poder con el avenir, entonces podredes vos fiar dél, pero siempre fiad en él tanto, que vos non pueda venir daño. Y el conde tuvo este por buen consejo, y fallóse dello muy bien. Y porque don Juan entendió, que este ejemplo era muy bueno, fízolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Dél que tu enemigo suele ser,
Nunca quieras mucho dél creer.

CAPÍTULO XXXVI.

Del consejo, que Patronio dió al conde Lucanor cuando dijo que queria folgar y tomar placer, y el ejemplo fué de lo que conteció á la formiga.

Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta manera: Patronio, loado Dios, yo só asaz rico, y algunos conséjanme, que pues lo puedo facer, que non tome otro cuidado.

sinon tomar placer y comer y beber y folgar, que asaz he para mi vida y aunque deje á mis fijos bien heredados. Y por el buen entendimiento, que vos avedes, ruégovos que me digades lo que vos parece que devo facer en este. Señor conde, dijo Patronio, comoquier que el folgar y tomar placer es bueno, para que vos en esto fagades lo que es mas aprovechoso, placermeia que supiesedes lo que la formiga face para mantenimiento de su vida. El conde le rogó le dijese como fuera aquello. Patronio le dijo:

Señor conde Lucanor, ya vos vedes cuan pequeña es la formiga, y segun razon non devia aver gran apercebimiento, pero fallaredes cada al tiempo que los omes cogen el pan, salen ellas de sus formigüeros, y van á las heras, y traen cuanto pan pueden para su mantenimiento, y métenlo en sus casas, y en la primera agua que viene sácanlo fuera, y las gentes dicen que lo sacan á enjugar, y non saben lo que dicen, ca non es asi verdad, ca bien sabedes vos, que cuando las formigas sacan la primera vez el pan de sus formigüeras, que estónces es la primera agua, y comienza el invierno. Pues si ellas cada que lloviese huviesen de sacar el pan para lo enjugar, luenga labor tenian, y demas que non podrian aver sol para lo enjugar, ca en el invierno non se face tantas veces sol, que lo pudiesen enjugar. Mas la verdad, porque ellas le sacan la primera vez que llueve, es esta: ellas meten cuanto pueden aver en sus casas, y non catan por al si non por traer cuanto fallan, y desque lo

tienen ya en salvo, cuidan que tienen ya recaudo para su vida ese año, y cuando viene la lluvia y se moja el pan, comienza de nacer, y ellas veen que si el pan nace en las formigüeras, que en lugar de se governar dello, que el su pan mesmo las mataria, y serian ellas ocasion de su daño, y entonce sácanlo fuera é comen aquel corazon que ha en cada grano de que sale la simiente, y dejan todo el grano entero, y despues por lluvia que faga non puede nacer, y goviérnanse dél todo el año. Y aun fallaredes que magüer que tengan cuanto pan les cumple, que cada que buen tiempo face, non dejan de acarrear cualesquier cruezuelas que fallan, y esto facen recelando que les non cumplirá aquello que tienen, y mientra han tiempo non quieren estar de balde, nin perder lo que Dios les dá, pues se pueden aprovechar dél.

Y vos, señor conde Lucanor, pues la formiga que es tan mezquina cosa, ha tal entendimiento, y face tanto por se mantener, bien devedes vos cuidar que no es buena razon para ningun hombre, y mayormente para los que han de mantener muy grande estado, é governar muchos, querer siempre comer de lo ganado, ca cierto sed, que por grande aver que sea, donde sacan cada dia, y non meten hi nada, que non puede durar mucho: y demas parece muy grande amortiguamiento y gran mengua de corazon: mas el mi consejo es este, que si queredes comer y folgar, que lo fagades siempre, manteniendo vuestro estado y guardando vuestra honra y catando y aviendo cuidado como avredes

donde lo cumplades, ca si mucho huvieredes y bueno quisieredes ser, asaz avredes logares en que lo despendades á vuestra honra. Y al conde plugo mucho este consejo que Patronio le dió, y fízolo asi, y fallóse ende bien. Y porque don Juan se pagó deste ejemplo, fízolo poner en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Non comas siempre lo que has ganado,
Vive tal vida que mueras hendrado.

CAPÍTULO XXXVII.

De lo que conteció á un buen hombre con un su fijo, que decia que avia muchos amigos.

Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero, y díjole desta manera: Patronio, segun el mi cuidar yo he muchos amigos, que me dan á entender, que por miedo de perder los cuerpos, nin lo que han, non dejarian de facer todo lo que me cumpliese, y que por cosa del mundo que pudiese acaecer no se partirian de mí: y por el buen entendimiento, que vos avedes, ruégovos que me digades en que manera podria saber, si estos mis amigos farian tanto por mí como dicen. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, los buenos amigos son la mejor cosa del mundo, y bien creed que

cuando viene la gran queja y el gran menester, que falla hombre muy ménos de cuantos cuida, y otrosi cuando el menester no es grande, es grave de provar cual seria amigo verdadero cuando la priesa viniese. Pero para que vos podades saber cual es el amigo verdadero, placermeia que supiesedes lo que conteció á un hombre bueno con un su fijo, que decia que avia muchos amigos. Y el conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, un hombre bueno avia un fijo, y entre las otras cosas que le mandava y le consejava siempre que pugnase, era en aver muchos amigos y buenos, y el fijo fízolo asi, y comenzó á acompañarse, y á partir lo que avia con muchos hombres, por tal de los aver por amigos, y que farian por él todo lo que á él cumpliese, y que aventurarian por él los cuerpos, y cuanto en el mundo le fuese menester. Y un dia estando aquel mancebo con su padre, preguntóle su padre si avia fecho lo que él mandara, y si avia ganado algunos amigos. Y el fijo dijo que sí, que avia muchos mas, y que señaladamente que entre todos los otros avia fasta diez de que él era mas cierto, que por miedo de la muerte ni por ningun recelo, que nunca le errarian por queja nin por mengua nin por ocasion que le viniese. Y cuando el padre esto oyó, díjole que se maravillava ende mucho, porque en tan poco tiempo pudiera aver tantos amigos y tales, que él que era anciano nunca en toda su vida pudiera aver mas de un amigo, y otro medio. Y el fijo comenzó á porfiar, diciendo que

era verdad lo que él decia de sus amigos. Desque el padre vió que tanto porfiava el fijo, díjole que los provase en esta guisa: que matase un puerco y que lo metiese en su saco y que se fuese á casa de uno de aquellos sus amigos y que le dijese, que aquel era un hombre que él avia muerto, y que era cierto si aquello fuese sabido, que non avia en el mundo cosa porque pudiese escapar de la muerte á él y á cuantos sabian que supiesen de aquel fecho, y que los rogase, que pues sus amigos eran, que le encubriesen aquel mal fecho, y que, si menester les fuese, que se parasen con él á lo defender. Y el mancebo fízolo y fué provar sus amigos y les dijo aquel fecho segun el padre ge lo mandara. Y desque llegó en casa de sus amigos, y les dijo aquel fecho peligroso que le acaeciera, todos le dijeron que en otras cosas le ayudarian asaz, que en esto, porque podrian perder los cuerpos y lo que avian, que no se atrevian á lo ayudar, y que por amor de Dios que guardase que non supiese ninguno que avia ido á sus casas. Pero destos amigos algunos le dijeron, que no se atrevian á facerle otra ayuda, mas que irian rogar por él: y otros le dijeron, que cuando le levasen á la muerte, que non le desampararian hasta que oviese cumplido la justicia, y que le farian honra al su enterramiento. Y desque el mancebo ovo provado todos sus amigos, y no falló cobro ninguno, tornóse para su padre, y díjole todo lo que le conteciera. Y cuando el padre asi lo vió venir, díjole, que bien podia ver ya, que mas saben los

que mucho han pasado en esto é visto y provado, que los que nunca pasaron por las cosas. Y entónces le dijo, que él no avia mas de un amigo y medio, y que los fuese provar. El mancebo fué provar aquel que su padre tenia por medio amigo, y llegó á su casa de noche, y levava el puerco muerto acuestas, y llamó á la puerta de aquel medio amigo de su padre, y católe aquella desventura que le avia contecido, y lo que fallara en todos sus amigos, y rogóle que por el amor que avia con su padre, que le acorriese aquella cuita. Y cuando el medio amigo de su padre aquello vió, díjole que con él no avia amor ni facimiento, porque se deviese tanto aventurar asaz, que por el amor que avia con su padre, que ge lo encubriria. Y entónces tomó el saco con el puerco acuestas, cuidando que era hombre, y levólo á una su huerta, y enterrólo en un surco de coles y puso las coles en el surco asi como de ante estavan, y embió el mancebo en buena ventura. Y desque fué á su padre, contóle lo que le conteciera con aquel su medio amigo, y el padre le mandó, que en otro dia cuando estuviesen en consejo, que sobre cualquier razon que departiesen, que comenzase á porfiar con aquel su medio amigo, y sobre la porfia, que le diese una puñada en el rostro la mayor que pudiese. Y el mancebo fizolo que le mandó su padre, y cuando ge la dió, catól el ome bueno, y díjole: Á buena fe, fijo, mal feciste, mas dígote que por esto nin por otro tuerto non descubriré las cosas del hurto. Y desque el mancebo contó

esto á su padre, mandóle que fuese á provar al que era su amigo, y él fizolo. Y desque llegó á casa del amigo de su padre y le contó todo lo que le avia contecido, díjole el ome bueno amigo de su padre, que él lo guardaria de muerte y de daño. Y acaeció por ventura, que en aquel tiempo avian muerto un hombre en aquella villa, y non podian saber quien lo matara. Y porque algunos vieron que aquel mancebo avia ido con aquel saco acuestas muchas veces de noche, tuvieron que él lo avia muerto. Y ¿que vos iré alongando? El mancebo fué juzgado que lo matasen, y el amigo de su padre avia fecho cuanto pudiera por lo escapar: é desque vió, que en ninguna manera no lo podia librar de muerte, díjo á los alcaldes, que no queria levar pecado de aquel mancebo, y que supiesen que aquel mancebo non matara el hombre, mas que lo matara un su fijo, y non tenia otro sinon aquel, y fizo á su fijo que lo conociese, y el fijo otorgólo, y matáronle, y escapó de la muerte el fijo del hombre bueno que era amigo de su padre.

É aora, señor conde Lucanor, vos he contado como se pruevan los amigos, y tengo que este ejemplo es bueno para saber hombre en este mundo cuales son los amigos, y cuales deve provar ante que se meta en gran peligro para su fiucia, y que sepa á cuanto se pararon por él si menester fuere, ca cierto sed, que algunos son buenos amigos, mas muchos no: y por aventura los mas de los amigos son de la ventura, que asi como la ventura corre,

así son ellos amigos. Y otrosi este ejemplo se puede entender espiritualmente en esta manera. Todos los hombres deste mundo tienen que han amigos, y cuando viene la muerte, hanlos de provar en aquella queja, y van á los seglares, y dícenles que estos han de ver en sí, y van á los religiosos y dícenles que rogarán á Dios por ellos, y van á la muger y á los fijos, y dícenles que irán con ellos fasta la fuesa, y que los farán honra en su enterramiento, y asi pruevan á todos los que ellos cuidan que eran sus amigos: y desque no fallan en ellos ningun cobro para escapar de la muerte, asi como tornó el fijo del hombre bueno, despues que no falló cobro en ninguno de aquellos, que él tenia que eran sus amigos, tornóse á Dios que es su padre, y Dios díceles, que prueven á los santos, que son medios amigos, y ellos fácenlo, y tan grande es la bondad de los santos, y sobre todos santa Maria, que no deja de rogar á Dios por los pecadores, y muéstrale como fué su madre, y cuanto trabajo ovo en lo traer, y en lo criar, y los santos muéstranle las lacerias y las penas que recibieron por él, y todo esto facen por encubrir los yerros de los pecadores, y aunque ayan recebido muchos enojos dellos no lo descubren, asi como no descubrió el medio amigo la puñada que le dió el fijo de su amigo. Y desque el pecador vee que por todas estas cosas no puede escapar de la muerte del alma, tórnase á Dios, asi como tornó el fijo al padre despues que no falló quien lo pudiese escusar de la muerte, y nuestro señor Dios

asi como padre y amigo verdadero, acordándose del amor que ha al hombre, que es su crianza, fizo como el buen amigo, ca embió el su fijo Jesu Cristo que muriese, no aviendo ninguna culpa é seyendo sin pecado, por desfacer las culpas y los pecados que los hombres merecian, y Jesu Cristo como buen fijo obedeciendo á su padre é seyendo verdadero Dios y verdadero hombre quiso recibir y recibió muerte y redimió á los pecadores por la su sangre. Y aora, señor conde Lucanor, parad mientes, cuales destos amigos son mejores é mas verdaderos, ó por cuales devia hombre facer mas por les ganar por amigos. Al conde plugo mucho con estas razones, y tuvo que eran muy buenas. Y entendiendo don Juan, que este ejemplo era muy bueno, fízolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Nunca ome podria tan buen amigo fallar,
Como Dios, que lo quiso por su sangre salvar.

CAPÍTULO XXXVIII.

De lo que conteció al leon y al toro.

El conde Lucanor fablava otra vez con Patronio su consejero, é díjole asi: Patronio, yo he un mi amigo muy poderoso é muy honrado, é como-

quier que fasta aqui nunca fallé en él sinon buenas obras, aora dícenme que non ama tan derechamente como suele, y aunque anda buscando maneras por donde sea contra mí, é yo estó aora en grandes dos cuidados: y el uno es, porque me recelo que si por ventura él contra mí quiere ser, que me puede venir gran daño: y el otro es, que me recelo que si él entiende que yo tomó dél esta sospecha, y que me vó guardando dél, que él otrosi fará eso mismo, y que asi irá creciendo la sospecha y el desamor poco á poco, fasta que nos ayamos á desavenir: y por la gran fiucia, que yo en vos he, ruégovos que me consejedes lo que vieredes que me mas cumple de facer en esto. Señor conde, dijo Patronio, para que vos desto vos podades guardar, placermeia que supiesedes lo que conteció al leon y al toro. Y el conde le rogó le dijese como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, el leon y el toro eran muy amigos, y porque ellos son dos animalias muy fuertes y muy recias, apoderávanse y enseñoreávanse de todas las otras animalias, ca el leon con la ayuda del toro apremiava á todas las otras animalias que comian carne: y el toro con la ayuda del leon apremiava á todas las otras animalias que pacian yerva. Y desque todas las animalias entendieron que el leon y el toro las apremiavan con el ayuda que se facian el uno al otro, y vieron que por esto les venia gran premia y gran daño, fablaron todas entre sí, que manera podrian catar para salir desta premia. Y entendie-

-ron, que si ficiesen desavenir al leon y al toro, que serian ellos fuera de la premia de que los traian apremiados el leon y el toro. Y porque el raposo y el carnero eran mas allegados á la privanza del leon y del toro, que las otras animalias, dijéronles que se trabajasen cuanto pudiesen por facer esto que las animalias querian. Y el raposo, que era consejero del leon, dijo al oso, que es mas esforzado y mas fuerte de todas las bestias que comen carne en pos del leon, que le dijese que se recelava que el toro andava catando manera para le traer cuanto daño pudiese, y que dias avia que ge lo avia dicho esto. Y comoquier que por aventura esto non era verdad, empero que parase mientes para ello. Eso mesmo dijo el carnero, que era consejero del toro, al cavallo, que es la mas fuerte animalia que ay en esta tierra, de las bestias que pacen yervas. Y el oso y el cavallo cada uno dellos dijo està razon al leon y al toro. Y comoquier que el leon y el toro no creyeron del todo, aun tomaron alguna sospecha, que aquellos eran los mas honrados de su linage y de su compaña, que ge lo decian por meter mal entre ellos, pero con todo eso ya creyeron en alguna sospecha, y cada uno dellos fablaron con el raposo y con el carnero sus privados, y ellos dijéronles, que comoquier que por aventura el oso y el cavallo les decian esto por alguna maestria engañosa, que con todo eso era bien que fuesen parando mientes en los dichos, y en las obras que farian de alli adelante, y segun viesen que asi podrian facer, é ya con esto cayó

mayor sospecha entre el leon y el toro. Y desque las animalias entendieron, que el leon y el toro tomaron sospecha el uno del otro, comenzáronles de dar á entender mas descubiertamente, que cada uno dellos se recelava del otro, y que esto non podia ser sinon por las malas voluntades que tenian ascondidas en los corazones, y el raposo y el carnero como falsos consejeros catando su pro olvidando la lealtad que avian de tener á sus señores de los desengañar, engañáronlos, y á tanto ficieron, fasta que el amor que solia ser entre el leon y el toro, que tornaron en muy gran desamor. Y desque las animalias esto vieron, comenzaron á esforzar aquellos sus mayorales, fasta que los ficieron comenzar la contienda, y dando á entender cada uno dellos á su mayoral que le ayudavan é guardávanse los unos de los otros y facian tornar todo el daño sobre el leon y el toro. Y al fin del pleito vino á esto, que comoquier que el leon fizo mas daño y mas mal, el toro abajó mucho el su poder y la su honra, pero siempre el leon fincó tan desapoderado de alli adelante, que nunca pudo enseñorearse de las otras bestias, nin apoderarse dellas como solia, tambien de las de su linage, como de las otras. É asi porque el leon y el toro no entendieron, que por el amor y el ayuda que el uno tomava del otro, ellos eran honrados y apoderados de todas las otras animalias, y non guardaron el amor aprovechoso que avian entre sí, y non se supieron guardar de los malos consejos que les dieron para salir de su premia, y apremiar á ellos,

y fincaron el leon y el toro tan mal de aquel pleito, que asi como ellos eran de ante apoderados de todas las animalias, asi fueron despues todos apoderados dellos.

Y vos, señor conde Lucanor, guardádvos que estos que en esta sospecha vos ponen contra aquel vuestro amigo, que vos lo non fagan por vos traer á aquello que trajeron las animalias al leon y al toro. Y porende consêjovos yo, que si aquel vuestro amigo es hombre leal, y fallastes en él siempre buenas obras y leales y fiades en él como deve hombre fiar de buen fijo ó de buen hermano, que non creedes cosa que vos digan contra él, ántes vos consejo que le digades lo que vos dijeron dél: y luego vos dirá otrosi lo que á él dijeren de vos, y faced tan grande escarmiento en los que esta falsedad cuidaron, porque otros nunca se atrevan á la comenzar otra vegada. Pero si el amigo non fuere desta manera que es dicha, y fuere de los amigos que se aman por el tiempo, por la ventura y por el menester, aquel amigo como este siempre guardad que nunca digades nin fagades cosa porque él pueda entender que de vos se mueve mala sospecha nin mala obra contra él, y dad pasada á algunos de sus yerros, ca por ninguna manera non puede ser que tan gran daño vos venga á deshora, de que ántes non veades alguna señal cierta, como seria el daño que vos vernia si vos desaviniesedes por tal engaño y maestria como de suso es dicha: pero á tal amigo siempre le dad á entender buena manera, que asi como cumple á vos la su ayuda,

que asi cumpla á él la vuestra, lo uno faciendo buenas obras demostrando buen talante, y non tomando sospecha dél á sinrazon, nin creyendo dichos de malos omes, é dando alguna pasada á sus yerros, y mostrando casi como cumple á vos la su ayuda, que asi cumple á él la vuestra. Por estas maneras durará el amor entre vos, y seredes guardado de no caer en el yerro que cayó el leon y el toro. Al conde plugo mucho este consejo, que Patronio le dió, y fizolo asi, y fallóse ende bien. Y entendiendo don Juan, que este ejemplo era bueno, fizolo escrevir en este libro, y fizo esto versos, que dicen asi:

Por falso dicho de ome mentiroso,
No pierdas al amigo provechoso.

CAPÍTULO XXXIX.

Del consejo que dió Patronio al conde Lucanor, cuando dijo que queria cobrar buena fama, y el ejemplo fué de lo que conteció á un filosofo con una enfermedad que avia.

Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta manera: Patronio, una de las cosas del mundo, porque ome deve mas traba-

jar, es por buena fama, y por se guardar que ninguno le pueda travar en ella. Y porque yo sé que en esto, nin en alguno non me podrian consejar mejor que vos, ruégovos que me consejedes en cual manera podré mejor acrecentar y levar delante y guardar la mi fama. Señor conde Lucanor, mucho me place desto que vos decides, y para que vos mejor lo podades facer, placermeia que supiesedes lo que conteció á un filosofo y mucho anciano. El conde le preguntó como era aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, un muy gran filosofo morava en una villa del reino de Marruecos, y aquel filosofo avia una enfermedad, que cuando le era menester de se desembargar de las cosas sobejanas y de la vianda que avia recibido é non lo podia facer sinon con muy gran dolor y con muy gran queja, y tardava muy gran tiempo ante que pudiese ser desembargado. Y por esta enfermedad que avia mandávanle los fisicos, que cada quél tomase gana de se desembargar de aquellas cosas sobejanas, que lo provase luego, y non lo tardase, porque cuando lo tardase, y aquella materia se quemase, mas desecaria y mas endureceria, en guisa que le seria gran pena y gran daño para la salud del cuerpo. Y porque esto le mandaron los fisicos, facialo y fallávase ende bien. Y acaeció un dia yendo por una calle de aquella villa, dó morava y do tenia muchos discípulos que aprendian, y aquel tomó talante de se desembargar como dicho es. Y por facer lo que los fisicos le man-

davan y era su pro, entró en una callejuela para facer aquello, que non podia escusar, y á tal fué su ventura, que en aquella calleja, do él entró, que moravan hi las mugeres que publicamente viven en las villas, faciendo daño á sus almas y deshonras de sus cuerpos, y desto non sabia nada el filosofo, que tales mugeres moravan en aquel lugar. Y por las semejanzas que en él parecieron, cuando salió de aquel lugar, do aquellas mugeres moravan, comoquiera que él non sabia nada que alli tal compañía morava, con todo esto, cuando dende salió, todas las gentes cuidaron que entrara en aquel lugar para otro fecho, que era muy desvariado de la vida que solia y devia facer. Y porque parece muy peor, y fablan muy mas y peor las gentes dello, cuando algun ome bueno ó de gran guisa face algun cosa, que no le pertenece, le está peor por pequeño que sea, que á otro que saben ya las gentes, que es acostumbrado de non se guardar de facer no muchas cosas peores: porende fué muy fablado y muy tenudo á mal, porque aquel filosofo tán honrado y tan anciano entrara en aquel lugar, que le era tan dañoso para el alma y para el cuerpo é para la fama: y cuando fué en su casa, viniéron á él sus discípulos con gran dolor de sus corazones y con gran pesar, y comenzaron á decir, que desaventura ó que pecado fuera aquel, porque en tal manera confundiera á sí mismo y á ellos, y perdiera toda su fama, que fasta entónces guardara mejor que ome del mundo. Cuando el filosofo esto oyó, fué muy espantado y preguntóles que porque

decian esto, é qué mal era este quél ficiera, ó cuando, ó en qué lugar. Ellos dijeron, que porque fablava asi en ello, ca ya por su desventura dellos era, que non avia ome en la villa que non fablase de lo que él ficiera, cuando entrava en aquel lugar, do aquellas tales mugeres moravan. Cuando el filosofo esto oyó, huvo ende muy gran pesar, pero díjoles que non se quejasen mucho desto, que dende á ocho dias les daria ende respuesta, y metióse luego en su estudio, y compuso un librete pequeño y muy bueno y muy provechoso, y entre muchas cosas que en él se contienen, fabla hi de la buena ventura, y como en manera de departimiento departió con dos discípulos, y dice así: Fijos, en la buena ventura y en la desaventura acontece asi, que algunas vegades es fallada y buscada, y algunas vegadas es fallada y non. La fallada y buscada es, cuando algun hombre face algun buen fecho, ó por aquel bien que face le viene alguna buena ventura, y eso mismo por algun buen fecho malo le viene alguna mala ventura, esto tal es ventura buena y mala, fallada y buscada, ca él busca y face porque le venga aquel bien, ó aquel mal. Otrosí la fallada y non buscada es, cuando un hombre faciendo nada, por ello le viene algun pro ó algun bien, asi como si fuese un ome por algun lugar, y fallase muy gran aver ó otra cosa muy aprovechosa, porque él non oviese fecho nada, y eso mismo es cuando un hombre non faciendo nada por ello, le viene algun mal ó algun daño, asi como si un hombre fuese por una calle, y lan-

zasé otro una piedra á un pajaro, y descalabrase á él en la cabeza, esta es desventura fallada y non buscada, él nunca fizo, nin buscó porque deviese venir aquella desaventura. Y, fijos, devedes saber, que en la buena ventura y desaventura fallada y buscada ha menester dos cosas: la una, que se enmiende ome faciendo bien ó faciendo mal para mal aver; la otra, que las galardone Dios segun las obras buenas y malas que el ome oviere fecho. Otrosi en la buena ventura ó mala fallada y non buscada, ha menester otras dos cosas: la una, que se guarde ome cuanto pudiere de non facer nin meterse en sospecha nin en semejanza, porque él deva venir á aquella desaventura ó mala fama; y la otra es, pedir merced y rogar á Dios, que pues él se guarda cuanto puede, porque le non venga alguna desaventura, como vino á mí el otro dia, que entré en una calleja por facer lo que non podia escusar para la salud del mi cuerpo, y que era sin pecado y sin ninguna mala fama, y por desaventura moravan hi tales compañas, porque yo magüer era sin culpa, finqué mal infamado.

É vos, señor conde Lucanor, si quisieredes acrecentar y llevar adelante vuestra buena fama, conviene que fagades tres cosas. La primera, que fagades muy buenas obras, que sean placer de Dios, y desto guardando despues en lo que pudieredes á placer de las gentes y guardando vuestra honra y vuestro estado, que non cuidedes que por buena fama que ayades, que non la perdades, si dejasedes de facer buenas obras, y faciendo las contra-

rias, ca muchos ficieron un tiempo, y porque despues non lo levaron adelante, perdieron el bien que avian fecho, y fincaron con la mala fama postrimera. La otra es, que roguedes á Dios que vos enderece, y fagades tales obras, porque la vuestra buena fama se acreciente y vaya siempre adelante, y que vos guardedes de facer nin decir cosa porque la perdades. La tercera cosa es, que por fecho nin por dicho nin por semejanza nunca fagades cosa porque las gentes puedan tomar sospecha, porque la vuestra fama vos sea guardada como deve, ca muchas veces faciendo ome buenas obras, y por algunas malas semejanzas que facen las gentes, toman dél sospecha que empece poco, y menos para el mundo, y para el dicho de las gentes, como si ficiese mala obra. Y devedes saber, que las cosas que tañen á la fama que tanto aprovecha, ó empece lo que las gentes tienen ó dicen, como lo que es verdad en sí, mas cuanto para Dios y para el alma non aprovecha, nin empece sinon las obras que el ome face, y á cual intencion son fechas. Y el conde tuvo este por buen ejemplo, y rogó á Dios que le ayudase á facer tales obras, cuales entendia que cumplia para salvamiento de su alma, y para guarda de su fama y de su honra y estado. Y porque don Juan tuvo este por buen ejemplo, fizolo escrivir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Faz siempre bien, y guarte de sospecha.
Y será siempre tu fama derecha.

CAPÍTULO XL.

De lo que conteció á un hombre que ficieron señor de una gran tierra.

Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio y dijole: Patronio, muchos me dicen, que pues yo soy tan honrado y tan poderoso, que faga cuanto pudiere por aver gran riqueza y gran poder y gran honra, ca esto es lo que me mas cumple y mas me pertenece. Y porque yo sé, que siempre me aconsejades lo mejor, y que lo faredes asi de aqui adelante, ruégovos que me consejedes lo que vieredes que mas me cumple en esto. Señor conde, dijo Patronio, este consejo que me vos demandades es grave de dar por dos razones. Lo primero, que en este consejo que vos demandades avré á decir contra vuestro talante; y la otra, porque es muy grave cosa de decir contra el consejo que es dado á pro del señor; y porque este consejo ha estas dos cosas, es muy grave de decir contra él. Pero porque todo consejo, si leal es, no deve catar sinon por dar el mejor consejo, y no catar su pro nin su daño nin si le place al señor, nin si le pesa, sinon decir lo mejor que hombre viere. Porende yo no dejaré de vos decir en este consejo lo que entiendo que es mas vues-

tra pro, y vos cumple mas, y porende vos digo, que los que esto vos dicen, que en parte vos consejan bien, empero no es el consejo cumplido para vos, y seria muy bien, y placermeia mucho que supiesedes lo que conteció á un hombre que ficieron señor de una gran tierra. Y el conde le preguntó, como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, en una tierra avia por costumbre, que cada un año facian un señor, y en cuanto durava aquel año facian todas las cosas que él mandava, y luego que el año era acabado, tomávanle cuanto avia y desnudávanlo y echávanlo en una isla solo, que non fincava hombre del mundo con él. Y acaeció, que ovo una vez aquel señorio un hombre que fué de mejor entendimiento y mas apercebido que los que lo fueron ante, y porque sabia que desque el año pasase que le avian de facer lo que á los otros ficieron. Ante que se acabase el año de su señorio, mandó en muy gran poridad facer en aquella isla, do sabia que le avian á échar, una morada muy buena y muy cumplida, en que puso todas las cosas que eran menester para en toda su vida, y fizo la morada en un lugar tan encubierto, que nunca ge lo pudieron entender los de aquella tierra que le dieron aquel señorio, y dejó algunos amigos en aquella tierra, asi adeudados y castigados, que si por aventura alguna cosa huviese menester de lo, que se non acordara de embiar adelante, que ge las embiasen ellos en guisa que le non menguase ninguna cosa. Y cuando el año fué cum-

plido y los de la tierra le tomaron el señorio, y lo echaron desnudo en la isla, asi como á los otros hicieron, que fueron ante quél, que fuera apercebido, y avia fecho tal morada en que podia vivir muy vicioso y muy á placer de sí, fué para ella, y vivió en ella muy bien andante.

Y vos, señor conde Lucanor, si queredes ser bien aconsejado, parad mientes que en este tiempo que avedes á vivir en este mundo, pues sodes cierto que lo avedes á dejar, y que vos avedes á partir desnudo dél, y non avedes á levar cosa del mundo, sino las obras que ficieredes, guisad que las fagades tales, porque cuando deste mundo salieredes, que tengades fecha tal morada en el otro, porque cuando vos echaren deste mundo desnudo, que falledes buena morada del alma. Y la vida no se cuenta por años, mas dura para siempre sin fin, que el alma es cosa espiritual que no se puede corromper, ante dura y finca para siempre. Y sabed que las buenas obras ó malas, que el hombre en este mundo face, todas las tiene Dios guardadas para dar dellas galardon en el otro mundo segun sus merecimientos. Y por todas estas razones consejovos yo que fagades tales obras en este mundo, porque cuando dél ovieredes á salir, falledes buena posada en aquel áo avedes de ir y durar por siempre. Porque por los estados y honras deste mundo, que son vanos y fallecederos non querades perder aquella que es cierta que ha de durar para siempre sin fin. Y estas buenas obras faceldas sin ufania y sin vanagloria, que aunque

las vuestras buenas obras serán sabidas, siempre serán encubiertas, pues non las facedes por ufania nin por vanagloria. É otrosi dejad acá tales amigos, que lo que vos non pudieredes cumplir en toda vuestra vida, que lo cumplan ellos á pro de la vuestra ánima. Pero seyendo estas cosas todas guardadas, todo lo que pudieredes facer para levar vuestra honra y vuestro estado adelante, tengo que lo devedes facer, y es bien que lo fagades. Y el conde tuvo este por buen consejo, y rogó á Dios que le guisase que lo pudiese asi facer como Patronio decia. Y entendiendo don Juan, que este ejemplo era bueno, fizolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Por este mundo, que es fallecedero,
Non quieras perder él que es duradero.

CAPÍTULO XLI.

De lo que conteció al bien y al mal, y de lo que conteció á un ome con un loco.

Fablava el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta manera: Patronio, á mí contece, que he dos vecinos, el uno es hombre á quien amo mucho, y ay muchos buenos deudos entre mí y él, porque le devo amor, y non sé que pecado

y que ocasion es, ca muchas veces me face algunos yerros y algunas escatimas, de que tomó muy grande enojo: y el otro no es hombre con quien aya grandes deudos nin grande amistad, nin ay entre nosotros gran razon, porque la deva mucho aver. Y este otrosi fáceme á las veces algunas cosas, de que yo non me pago. Y por el buen entendimiento, que vos avedes, ruégovos que me consejedes en que manera pase con estos dos hombres. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, esto que vos decides no es una cosa, ántes son dos muy revesadas la una de la otra. Y para que vos podades en esto obrar como vos cumple, placermeia que supiesedes dos cosas que contecieron, la una que conteció al bien y al mal, y la otra que conteció á un hombre bueno con un loco. Y el conde le preguntó como fuera aquello. Señor conde, dijo Patronio, porque estas son dos cosas, y non vos las podria en uno decir, decirvoshe primero de lo que conteció al bien y al mal, y decirvoshe despues lo que conteció al buen hombre con el loco.

Señor conde, el bien y el mal acordaron de facer su compañía en uno, y el mal, que siempre es mas acucioso y siempre anda con rebuelta y non puede folgar sinon rebolver algun engaño y algun mal, dijo al bien, que seria buen recaudo que huviese algun ganado con que se pudiesen mantener, y al bien plugo desto, y acordaron aver ovejas. El bien, como es bueno y mesurado, no quiso escoger. Y luego que las ovejas fueron paridas, dijo el mal al bien, que escogiesen en el esquilmo

de las ovejas. Y el bien, como es bueno y mesurado, non quiso escoger, mas dijo el bien al mal, que escogiese él. Y el mal, porque es malo y derranchado, plúgole ende mucho, y dijo que tomase el bien el corderuelo asi como nacia, y él que tomaria la leche y la lana de las ovejas: y el bien dió á entender, que se pagava desta particion. Y el mal dijo, que era bien que huviesen puercos, y al bien plugo desto: y desque partieron, dijo el mal, que pues el bien tomara los fijos de las ovejas, y él la leche y la lana, que tomase aora la leche y la lana de los puercos, y que tomaria él los fijos: y el bien tomó aquella parte. Y despues dijo el mal, que pusiesen alguna hortaliza, y pusieron nabos: y desque nacieron, dijo el mal al bien, que no sabia que cosa era lo que no veía, mas porque el bien viese lo que tomava, que tomase las fojas de los nabos, que parecian y estavan sobre tierra, y que tomaria él lo que estava so tierra: y el bien tomó aquella parte. Y despues pusieron coles, y desque nacieron, dijo el mal, que pues el bien tomara la otra vez de los nabos lo que estava sobre tierra, que tomase aora de las coles lo que estava so la tierra: y el bien tomó aquella parte. Y el mal dijo al bien, que huviesen una muger que los sirviese, y el bien dijo, que le placia, y desque la huvieron, dijo el mal al bien, que partiesen el servicio della, y el bien dijo que le placia, y el mal dijo al bien, que tomase el servicio de la cinta arriba, que era la mejor parte del cuerpo, y que él tomaria la peor parte, que era

de la cintura ayuso, y fué asi, que la parte del bien facia lo que le cumplia en casa, y la parte del mal era casada con él, y avia de dormir con su marido. Y la muger fué encinta, y encaeció de un fijo, y quísole dar de la leche. Y cuando el bien esto vió, díjole que no lo ficiese, que la leche de su parte era, y que no lo consentiria en ninguna manera. Y cuando el mal supo que era encaecida, vino muy alegre por ver su fijo que naciera, y falló que estava llorando, y preguntó á su madre, que porque llorava, y la madre le dijo, que porque non mamava: y dijo el mal, que le diese á mamar, y la muger dijo, que el bien ge lo defendiera, diciendo que la leche era de la su parte. Y cuando el mal esto oyó, fué al bien y díjole riyendo y burlando, que ficiese dar de la leche á su fijo. Y el bien díjole, que la leche era de su parte, y que lo non faria. Y cuando el mal esto oyó, comenzóle á afincar ende. Y desque el bien vió la priesa en que estava el mal, díjole: Amigo, amigo, non cuidades, que yo tan poco sabia, que non entendia cuales partes escogistes vos siempre, y cuales distes á mí, pero yo nunca vos demandé nada de las vuestras partes, y pasé muy lazdradamente con las partes que vos me davades, y vos nunca vos dolistes, nin ovistes mesura contra mí: pues si aora vos Dios trajo á lugar que avedes menester algo de lo mio, non vos maravilledes si non os lo quiero yo dar, y acordad de lo que me fecistes sofrir. Esto por lo al cuando el mal atendió que el bien decia verdad, y que su fijo seria muerto por

esta manera, fué muy mal cuitado, y comenzó á rogar y á pedir merced al bien que por amor de Dios oviese piedad de aquella criatura, y que non parase mientes á las sus maldades, y que de alli adelante que siempre faria cuanto mandase: y desque el bien esto vió, tuvo que le ficiera Dios mucha merced en traerlo á lugar que viese el mal que non podia guarecer sinon por la bondad del bien, y tuvo que esto era muy gran enmienda, y dijo al mal, que si queria que consintiese que diese la muger la leche á su fijo, que tomase el mozo acuestas, y que anduviese por la villa apregonando en guisa que lo oyesen todos, y que dijese: Amigos, sabed que con bien asi venció el bien al mal, y faciendo esto, que consentiria que le diese de la leche. Desto plugo mucho al mal, y tovo que avia de buen mercado la vida de su fijo, y el bien tuvo que avia muy buena enmienda, y fizose asi. Por esto supieron todos, que siempre el bien vence con bien. Mas al ome bueno conteció de otra guisa con el loco, y fué asi. Que un ome bueno avia un baño, y en aquella tierra era un loco, el cual era el primero que cada dia venia al baño, y cuando las gentes bañavan, dávales tantos golpes el loco con piedras y con palos y con cuanto fallava á los que alli entravan, que ome del mundo non osava ir aquel baño de aquel ome, y perdia su renta. Y cuando el buen ome vió, que aquel loco le facia perder toda su renta de aquel baño, madrugó un dia, y metióse en el baño ante que el loco viniese, é desnudóse y tomó un cubo de agua

caliente lleno y una gran maza de madera, y cuando vino el loco que solia venir al baño para ferir los que se bañavan, enderezó á uno como solia. Y cuando el ome bueno que estava atendiendo lo vió entrar, dejóse ir á él muy sañudo y muy bravo, y dióle con el cubo del agua caliente por encima de la cabeza, y metió mano á la maza, y dióle tantos y tales golpes con ella por la cabeza y por el cuerpo, que el loco cuidó ser muerto, y cuidó que aquel ome bueno que era loco, y salió dando voces muy grandes y topó con un ome muy bueno y preguntóle como venia asi dando voces, quejándose á tanto. El loco le dijo: Guardadvos, amigo, que otro loco ha en el baño.

É vos, señor conde Lucanor, pasad con vuestros vecinos asi, que con él que avedes tales deudos, que en toda guisa querades que siempre seades amigos, facedle siempre buenas obras, y aunque vos faga algunos enojos, dadles pasada, y acorredle siempre á su menester, pero siempre lo faced, dando á entender que lo facedes por los deudos y por el amor que le avedes, mas non por vencimiento. Mas al otro con quien non avedes tales deudos, en guisa del mundo non le sufrades cosa del mundo, mas dadle á entender que por quierque vos faga que todo se aventurara sobre ello, ca bien creed que los falsos amigos mas guardan el amigo por barata ó por recelo, que por otra buena voluntad. Y el conde tovo este por buen ejemplo, y fízolo asi, y fallóse ende bien. Y porque don Juan tuvo esto por buen ejemplo, fízolo

escrevir en este libro, y fiso estos versos, que dicen asi:

Siempre que el bien vence con bien al mal,
Sufrir al ome malo poco val.

CAPÍTULO XLII.

De la compañía que hicieron la mentira y la verdad.

Un dia fablava el conde Lucanor con Patronio su consejero y díjole asi: Patronio, sabed que estoy en gran queja y en gran ruido con unos omes que me non aman mucho y estos omes son tan reboltosos y tan mentirosas, que nunca otra cosa facen sino mentir á mí y á todos los otros con quien han de facer ó delibrar alguna cosa, y las mentiras que dicen sábenlas tan bien apartar y aprovecharse en ellas, que me traen á mí gran daño, y ellos apoderanse mucho, y han en las gentes muy fieramente contra mí: y bien creed, que si yo quisiera obrar por aquella manera, que por aventura lo sobria facer tan bien como ellos. Mas porque yo sé que la mentira es de mala manera, nunca me pagué della, y aora por el buen entendimiento, que vos avedes, ruégovos que me consejedes, que manera tomaré con estos omes.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, la mentira y la verdad ficieron en uno su compañía, y desque ovieron estado asi un tiempo, la mentira que es mas acuciosa dijo á la verdad, que seria bien que pusiesen un árbol de que huviesen fruto, y pudiesen estar á la su sombra cuando ficiese calentura. Y la verdad como es cosa llana y de buen talante, dijo que le placia. Y desque el árbol fué puesto y comenzó á nacer, dijo la mentira á la verdad, que tomase cada uno dellos su parte de aquel árbol. Y la mentira dándole á entender á la verdad con razones coloradas y apuestas, que la raiz del árbol es la cosa que dá la vida y la mantenienza al árbol, y que es mejor cosa y mas aprovechosa, consejó la mentira á la verdad, que tomase las raices del árbol que están so tierra, y ella que se aventuraria á tomar aquellas ramillas que avian á salir y están sobre tierra, comoquier que era gran peligro, porque estava á ventura de tajarlo, y fallarlo los homes, y roerlo las bestias, ó tajarlo las aves con los picos ó con las manos ó con los pies, ó secarlo la gran calentura, ó quemarlo el yelo, y que todos peligros non avia á sufrir ninguno la raiz. Y cuando la verdad oyó todas estas razones, porque non ay en ella muchas maestrias y es cosa de gran fianza y de gran creencia, fióse en la mentira su compañera, y tovo que era verdad lo que le decia, y tovo que la mentira le consejava bien, y que tomava muy buena parte, y tomó la raiz del árbol, y fué con aquella parte muy pagada. Y cuando la mentira esto ovo acabado, fué muy alegre por

el engaño que avia fecho á su compañera, diciéndole mentiras coloradas y fermosas y apuestas. Y la verdad metióse so tierra para vivir do estavan las raices que era la su parte, y la mentira fincó sobre tierra donde viven los hombres y andan las gentes y todas las otras cosas. Y como es ella muy falagüera, en poco tiempo fueron muy pagados della. Y el su árbol comenzó á crecer y á echar muy grandes ramos y muy grandes fojas, y facian muy fermosa sombra, y parecieron en él muy apuestas flores y de muy fermosas colores y muy pagaderas de parecencia. Y desque las gentes vieron aquel árbol tan fermoso, ajuntávanse á él de muy buenamente á estar cabe él, y pagávanse mucho á la su sombra, y estavan hi las mas de las gentes siempre, y aun los que se fallavan por los otros lugares, decian los unos á los otros, que si querian estar viciosos y alegres que fuesen á estar á la sombra del árbol de la mentira. Y cuando las gentes eran ayuntadas so aquel árbol, como la mentira es muy falagüera y de muy gran sabiduria, facia muchos placeres á las gentes, y mostrávales de su sabiduria, y las gentes pagávanse mucho de aprender aquella su arte. Y por esta manera tiró y allegó á sí todas las gentes del mundo, y mostrava á los unos mentiras sencillas, y á los otros muy mas sabios mentiras tebles. Y devedes saber, que la mentira sencilla es, cuando dice un hombre á otro 'Don fulano, yo faré tal cosa por vos' y él miente de aquello que dice: y la mentira doblada es, cuando le dá juras ó omenages y rehenes, ó

dá á otros por sí que fagan todos aquellos pleitos, y en faciendo estos aseguramientos ha él ya pensado: y sabed la manera como todo esto tornara en mentira y engaño. Mas la mentira feble, que es mortalmente engañosa, es la que él miente y le engaña, diciéndole verdad. Y desta sabiduria tal avia tanto en la mentira, y sabíalo tan bien mostrar á los que se pagavan de estar á la su sombra del su árbol, que les facia acabar por aquella sabiduria lo mas de las cosas que ellos querian, y non fallava ningun hombre que aquella arte non supiese, que ellos no le trajesen á facer toda su voluntad, lo uno por la fermosura del árbol, y lo al por la gran arte que de la mentira aprendian, y deseavan mucho las gentes de estar á aquella sombra, y aprender lo que aquella mentira les mostrava, y la mentira estava mucho hondrada y muy preciada y muy acompañada de las gentes, y él que ménos se allegava á ella, y ménos sabia de la su arte, ménos le preciavan todos, y aun él mismo se preciava ménos. Estando la mentira tan bien andante y lazdrada y despreciada la verdad, y estava escondida so tierra, y hombre del mundo non sabia parte della nin se pagava della nin la querian buscar. Y ella viendo que non le avia fincado cosa en que se pudiese mantener sinon aquellas raices del árbol, que era la parte que le consejara tomar la mentira con mengua de otra vianda, óvose á tornar y á roer y á tajar y á governarse de las raices del árbol de la mentira. Y comoquier que el árbol tenia muy buenas ramas y muy anchas fojas,

y facia muy gran sombra y muchas flores y de muy apuestas colores, ántes que pudiesen llevar fruto, fueron tajadas todas las raices, ca las ovo á comer la verdad, pues non avia al de que se governar. Y desque las raices del árbol de la mentira fueron todas tajadas, estando la mentira á la sombra del su árbol con todas las gentes que aprendian de aquella su arte, vino un viento, y dió en el árbol: y porque las sus raices eran todas tajadas, fué ligero de derribar, y cayó sobre la mentira, y quebrantóla muy de mala manera, y todos los que estavan aprendiendo de la su arte fueron todos muertos y muy mal feridos, y fincaron muy mal andantes: y del lugar do estava el tronco del árbol salió la verdad que estava escondida, y cuando fué sobre la tierra, falló que la mentira y todos los que á ella llegavan eran muy mal andantes, y se fallaron mal de cuanto aprendieron, y usaron de lo que aprendieron de la mentira.

Y vos, señor conde Lucanor, parad mientes que la mentira ha muy grandes ramas, y las sus flores, que son los sus dichos y los sus pensamientos y los sus falagos, son muy placenteros, y páganse mucho dello las gentes, empero todo es sombra, y nunca llegan á buen fruto. É porende si aquellos vuestros contrarios usan de las sabidurias, y de los engaños de la mentira, guardadvos dellos cuanto pudieredes, y non querades ser su compañero en aquel arte, nin ayades embidia de la su buena andanza, que han por usar del arte de la mentira, ca cierto sed que poco les durará, y non

pueden aver buena fin, y cuando cuidan ser mas bien andantes, estónces les fallecerá, asi como falleció el árbol de la mentira, y á los que cuidavan ser muy bien andantes á la su sombra: mas aunque la verdad sea menospreciada, abrazadvos con ella bien, y preciadla mucho, ca cierto sed, que por ella serédes bien andante y avrédes buen acabamiento y ganarédes la gracia de Dios, porque vos dé en este mundo mucho bien y mucha honra para el cuerpo, y para el alma salvamento en el otro mundo. Y al conde plugo mucho deste consejo que Patronio le dió, y fizolo asi, y fallóse ende bien. Y entendiendo don Juan, que este ejemplo era muy bueno, fizolo escrivir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Seguid la verdad, la mentira fuid,
Ca mucho mal crece quien usó de mentir.

CAPÍTULO XLIII.

De lo que conteció á una raposa que se fizo muerta.

Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero, y díjole asi: Patronio, un mi pariente vive en una tierra do no ha tanto poder, que pueda estrañar cuantas escatimas le facen, y los que han poder en la tierra querrian muy de

grado que ficiese alguna cosa, porque oviesen achaque para ser contra él, y aquel mi pariente tiene que le es muy grave cosa de sofrir aquellas terrerias que le facen, y querria aventurarlo todo ante que sofrir tanto pesar de cada dia: y porque yo querria què él acertase en lo mejor, ruégovos que me digades en que manera le conseje, porque pase lo mejor que pudiere en aquella tierra. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, para que vos le podades consejar en esto, placermeia que supiesedes lo que conteció á un raposo que se fizo muerto. Y el conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, un raposo entró una noche en un corral do avia gallinas, y andando en ruido con las gallinas, cuando él cuidó que se podria ir era ya de dia, y las gentes andavan ya por las calles: y desque vió que non se podia ya esconder, salió ascondidamente á la calle, y tendióse asi como si fuese muerto. Y cuando las gentes lo vieron, cuidaron que era muerto, y non cató ninguno por él. Y á cabo de una pieza pasó por hi un ome, y dijo que los cabellos de la frente del raposo que eran muy buenos para poner en las frentes de los mozos pequeños, porque no los ahojen, y trasquilóla con unas tijeras de los cabellos de la frente del raposo, que eran muy buenos, y levólos: y despues vino otro, y dijó eso mismo de los cabellos del lomo, y otro de las hijadas, y tantos dijeron esto, fasta que lo trasquilaron todo, y por todo esto nunca se movió el raposo, porque entendia que aquellos cabellos non le facian gran daño

en los perder: y despues vino otro y dijo, que la uña del pulgar del raposo, que era buena para guarecer de los panadizos, y sacárongelo, y el raposo non se movió: y despues vino otro y dijo, quel diente del raposo era bueno para el dolor de los dientes y sacárongelo y el raposo non se movió. Y despues á cabo de pieza vino otro y dijo, que el corazon del raposo era bueno para el corazon, y metió mano á un cuchillo para sacarle el corazon, y el raposo vió que le querian sacar el corazon, y que si ge lo sacasen, que non era cosa que se pudiese cobrar, y que la vida era perdida, y tuvo que era mejor de se aventurar á quier que pudiese venir, que sofrir cosa porque se perdiese todo, y aventuróse y pugnó de guarecer, y escapó muy bien.

Y vos, señor conde Lucanor, consejad á aquel vuestro pariente, que si Dios le echó en tierra do no puede estrañar lo que le facen como él querria ó como le cumple, que en cuanto las cosas que le ficieren fueren á tales, que se puedan sofrir sin daño y sin gran mengua, que dé á entender, que se non siente dello y que les dé pasada. Ca en cuanto da hombre á entender, que se non tiene por mal trecho de lo que contra él han hecho, no está tan avergonzado: mas dando á entender que se tiene por mal trecho de lo que ha recibido, si dende adelante no face lo que deve por no fincar menguado, non está bien como decia. Y porende á las cosas pasaderas, pues non se puede estrañar como devia, mejor es darles pasada. Mas si lle-

gare el fecho á alguna cosa que sea gran daño ó gran mengua, entonce que se aventure y non le sufra. Ca mejor es la perdida ó la muerte, defendiendo hombre su derecho y su honra y su estado, que vivir pasando en estas cosas mal y deshonradamente. Y el conde tuvo este por buen ejemplo. Y don Juan fizolo escrevir aqui, y fiso estos versos, que dicen asi:

Sufre las cosas en cuanto vivieres,
Estraña las otras cuanto pudieres.

CAPÍTULO XLIV.

De lo que conteció á un ciego con otro.

Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta manera: Patronio, un pariente y amigo de quien yo fio mucho, y so cierto que me ama verdaderamente, me conséja que vaya á un lugar de que me recelo yo mucho, y díceme que non aya recelo, que ante tomaria él la muerte, que yo tomase ningun daño: y aora ruégovos que me consejedes en esto. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, mucho querria para este consejo que supiesedes lo que conteció á un ciego con otro. Y el conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, un hombre morava en una villa, y perdió la vista de los ojos y fué ciego, y estando asi ciego y pobre, vino á él otro ciego que morava en aquella villa, y díjole que fuesen amos á otra villa cerca de aquella que ellos moravan, y que pedirian por amor de Dios y avrian en que se mantener y governar. Y aquel ciego le dijo, que en aquel camino de aquella villa, que avia pasos y barrancos y muy fuertes pasadas, y que se recelava mucho de aquella ida. Y el otro ciego le dijo, que non oviese recelo, que él iria con él, y le pornia en salvo: y tanto le seguró y tantas proes le mostró en la ida, que el ciego creyó al otro ciego, y fuéronse ambos. Y desque llegaron á los lugares fuertes y peligrosos, cayó el ciego que guiava al otro, y non dejó de caer por eso el otro ciego que recelava por ello.

É vos, señor conde Lucanor, si recelo avedes con razon y el fecho es peligroso, non vos metades en camino de peligro por lo que vuestro pariente y amigo vos dice, que ántes moriria que vos tomades daño, ca muy poco vos aprovecharia á vos, que él muriese y vos tomasedes daño ó muriesedes. El conde tuvo este por buen consejo, y fizolo asi, y fallóse ende bien. Y entendió don Juan, que este ejemplo era muy bueno, y fizolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Nunca te metas do ayas mal andanza,
Aunque tu amigo te faga seguranza.

CAPÍTULO XLV.

De lo que conteció á un mancebo el dia que se casó.

Un dia fablava el conde Lucanor con Patronio su consejero y díjole: Patronio, un mi criado me dijo le traían casamiento con una muger muy rica, y aunque es mas honrada que él, y que es el casamiento muy bueno para él, sino por un embargo que hi há, y el embargo es este. Díjome que le dijeron, que aquella muger que era la mas fuerte y la mas brava cosa del mundo, y aora ruégovos que me consejedes, si le mandaré, que case con aquella muger, pues sabe de cual manera es, ó si le mandaré, que lo non faga. Señor conde Lucanor, dijo Patronio, si él fuere tal como fué un fijo de un hombre bueno, que era moro, consejalde que case con ella, mas si non fuere tal, non se lo consejedes. Y el conde le rogó que le dijese como fuera aquello.

Patronio le dijo, que en una villa avia un moro honrado, que avia un fijo el mejor mancebo que en el mundo podria ser, mas no era tan rico, que pudiese cumplir tantos fechos, nin tan grandes como el su corazon le dava á entender que devia cumplir, y por esto era él en gran cuidado, porque avia la voluntad, y non avia el poder. Y en

aquella villa misma avia otro moro muy mas honrado y muy mas rico que su padre, y avia una fija y non mas, y era muy contraria de aquel mancebo, que cuanto aquel mancebo avia de buenas maneras, tanto las avia aquella fija del hombre bueno de malas y revesadas: y porende hombre del mundo non queria casar con aquel diablo. Y aquel tan buen mancebo vino un dia á su padre, y díjole, que bien sabia él que non era tan rico, que pudiese darle con que él pudiese vivir á su honra, y que pues le convenia facer vida menguada y lazdrada ó irse de aquella tierra, que si él por bien tuviese, que le parecia mejor seso de catar algun casamiento con que pudiese aver alguna pasada: y el padre le dijo, que le placeria ende mucho si pudiese fallar casamiento que le cumpliese. Y entonce le dijo el fijo, que si él quisiese que poderia guisar, que aquel hombre bueno que avia aquella fija, que ge la diese para él: y cuando el padre esto oyó, fué mucho maravillado, y díjole que como cuidava en tal cosa, que non avia hombre que la conociese, que por pobre que fuese quisiese casar con ella, y el fijo le dijo que le pedia por merced, que le guisase aquel casamiento, y tanto le afincó, que comoquier que el padre lo tuvo por estraño, ge lo otorgó, y fuése luego para aquel hombre bueno, y amos eran mucho amigos, y díjole todo lo que pasara con su fijo, que se atrevia á casar con su fija, que le pluguiese, y ge la diese para él. Cuando el hombre bueno esto oyó decir á aquel su amigo, díjole: Por Dios, amigo,

si yo tal cosa ficiese, seryoaia muy falso amigo, ca vos tenedes muy buen fijo, y ternia que facia muy gran falsedad, que yo vos consintiese su mal ni su muerte, ca so cierto, que si con mi fija casase que seria muerte, ó le valdria mas la muerte, que la vida, y vos non entendades que vos digo esto por non cumplir vuestro talante, ca si la quisieredes, á mí bien me place de la dar á vuestro fijo, ó á otro que me la saque de casa: y aquel su amigo díjole que le agradecia mucho esto que le decia, y que le rogava, que pues su fijo queria aquel casamiento, que le pluguiese; y el casamiento se fizo, y levaron la novia á casa de su marido, y los moros han por costumbre, que adovan de cenar á los novios, y pónenles la mesa, y déjanlos en su casa fasta en otro dia, y ficiéronlo asi aquellos, pero estavan los padres y las madres y parientes del novio y de la novia con grande recelo cuidando, que otro dia fallarian el novio muerto ó muy mal trecho. Y luego que ellos fincaron solos en casa, asentáronse á la mesa, y ante que ella huyase á decir cosa, cató el novio en derredor de la mesa, y vió un su alano, y díjole ya cuanto bravamente: Alano, dadnos agua á las manos: y el alano no lo fizo, y él se comenzó á ensañar y díjole mas bravamente, que le diese agua á las manos, y el perro non lo fizo. Y desque vió que lo non facia, levantóse muy sañudo de la mesa, y metió mano á la espada y enderezó al alano, y cuando el alano le vió venir contra sí, comenzó á fuir y él en pos dél, saltando amos por la ropa y por la mesa y

por el fuego, y tanto anduvo en pos dél, fasta que lo alcanzó y cortóle la cabeza y las piernas y los brazos, y fizolo todo piezas, y ensangrentó toda la casa y la ropa y la mesa: y ansi muy sañudo y ensangrentado tornóse á sentar á la mesa, y cató al derredor, y vió un blanchete, y mandó que le diese del agua á las manos, y porque non lo fizo, díjole: ¿Como, don falso traidor, no viste lo que fice al alano, porque non quiso facer lo que le mandé? Yo prometo, que si un punto mas porfias conmigo, que eso mismo faré á ti que al alano. Y porque lo non fizo, levantóse, y tomóle por las piernas, y dió con él á la pared, y fizole mas de cien pedazos, mostrando muy mayor saña que contra el alano. Y asi bravo y sañudo, faciendo malos continentes, tornóse á sentar á la mesa, y cató á todas partes. Y la muger, que le vió esto facer, tuvo que estava loco y fuera de seso, y non decia nada. Y desque ovo catado á toda parte, vió un su cavallo que estava en casa, y él non avia mas de aquel, y díjole bravamente, que le diese agua á las manos, y el cavallo non lo fizo. Y desque vió que lo non fizo, díjole: ¿Como, don cavallo, cuidades, que porque non he otro cavallo, que por eso vos dejaré, si non ficieredes lo que vos mandaré? Que tan mala muerte vos daré como á los otros, y no ha cosa viva en el mundo, que non faga lo que yo mandare, que eso mismo le non faga. El cavallo estuvo quedo, y desque él vió que non facia su mando, fué á él y cortóle la cabeza, y con la mayor saña que podia mostrar des-

pedazávalo todo. Y cuando la muger vió que matara el cavallo, non aviendo otro, y que decia que esto faria á cualquier cosa que su mandado non ficiese, tuvo que esto ya non se facia por juego, y ovo tan gran miedo, que non sabia si era muerta ó viva. Y él asi bravo y sañudo y ensangrentado, tornóse á la mesa, y jurando que si mil cavallos y hombres y mugeres él huviese en casa, que le saliesen demandado, que todos serian muertos, y asentóse y cató á toda parte, teniendo la espada ensangrentada en el regazo. Y desque cató á una parte y á otra, y no vió cosa viva, bolvió los ojos contra su muger muy bravamente, y díjole con gran saña, teniendo la espada sacada en la mano: ¡Levantadvos y dadme agua á las manos! Y la muger que no esperava otra cosa, sinon que la despedazaria toda, levantóse muy apriesa y dióle agua á las manos y díjole: ¡Ha, como agradezco á Dios, porque fecistes lo que vos mandé! ca de otra guisa por el pesar que estos locos me ficieron, eso oviera yo fecho á vos, que á ellos. Y despues mandóle que le diese de comer, y ella fizolo, y con tal son se lo decia, que ella ya cuidava que la cabeza era ida por el polvo, y asi pasó el fecho entre ellos aquella noche, y nunca ella fabló, mas facia todo lo que él le mandava. Y desque ovieron dormido una pieza, dijo él á ella: Con esta saña que ove esta noche no puedo bien dormir, catad que no me despierte eras ninguno, y tenedme bien adovado de comer. Y cuando fué gran mañana, los padres y las madres y los parientes allegáronse á la puerta,

y en cuanto non fablava ninguno, cuidaron que el novio estava muerto ó ferido: y desque vieron entre las puertas á la novia, y no al novio cuidáronlo mas, y cuando la novia los vió á la puerta, llegó muy paso y con gran miedo, y comenzóles luego á decir: ¿Traidores, qué facedes, y como osades llegar á la puerta, nin fablar? callad, sino, tambien vosotros, como yo, todos somos muertos. Y cuando todos esto oyeron, fueron muy maravillados: y desque supieron como pasaran en uno aquella noche, preciaron mucho al mancebo, porque asi supiera facer lo que le cumplia, y castigara tan bien su casa: y de aquel dia adelante fué aquella muger tan bien mandada, y ovieron muy buena vida, y dende á pocos dias su suegro quiso facer asi como ficiera su yerno, y por aquella manera mató un cavallo, y díjole su muger: Alafe, don fulano, tarde vos acordades, que ya bien nos conocemos.

É vos, señor conde Lucanor, si aquel vuestro criado quiere casar con tal muger, si fuere él tal como aquel mancebo, consejadle que case seguramente, ca él sabrá como ha de pasar en su casa, mas si non fuere tal, que entienda lo que deve facer á lo que le cumple, dejadle pasar por su ventura. Y aun conséjovos, que con todos los omes que huvieredes que facer, faced que siempre dedes á entender en que manera han de pasar con busco. Y el conde tuvo este por buen ejemplo, y fízolo asi, y fallóse ende bien. Y porque don Juan lo

tuvo por buen ejemplo, fizolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Si en el comienzo non muestras quien eres,
Non podrás empues cuando lo quisieres.

CAPÍTULO XLVI.

De lo que conteció á un mercader que fué á comprar sesos.

Un dia fablava el conde Lucanor con Patronio su consejero, estando muy sañudo por una cosa que le dijeron que él tenia, que era muy grande su deshonra, y dijo que queria facer sobre ello tan gran cosa y tan gran movimiento, que siempre fincase por fazaña. Y cuando Patronio lo vió asi sañudo tan rebatadamente, díjole: Señor conde, mucho querria que supiesedes lo que conteció á un mercader que fué un dia á comprar sesos. Y el conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde Lucanor, dijo Patronio, en una villa morava un grande maestro, que non avia otro oficio sino vender sesos, y aquel mercader de que vos fablé, por esto que oyó, fué un dia á ver aquel maestro que vendia sesos, y díjole que le vendiese un seso, y el maestro dijo que le placia, mas que le dijese de que precio le queria, que segun quisiese el seso, asi avia de pagar el precio por él.

Y díjole el mercader, que queria seso de un maravedí, y el maestro tomó el maravedí, y díjole: Amigo, cuando alguno vos combidare, si non supieredes los manjares que huvieredes á comer, fartadvos bien del primero que vos trajeren. Y el mercader le dijo, que le non avia dado muy gran seso, y el maestro le dijo, que le non diera precio porque le deviese dar gran seso. Y el mercader le dijo, que le diese seso de una dobla, y diógela. Y el maestro le dijo, que cuando fuese muy sañudo, y quisiese facer alguna cosa arrebatadamente, que se non quejase, nin se arrebatase fasta que supiese toda la verdad. Y el mercader tovo, que aprendiendo tales fablillas, que podria perder cuantas doblas traia, y non quiso comprar mas sesos, pero tuvo este seso en el corazon. Y acaeció que el mercader fué sobre mar á una tierra muy lueñe, y cuando se fué, dejó á su muger en cinta, y el mercader moró andando en su mercaderia tanto tiempo, fasta que el su fijo que naciera de que fincara su muger en cinta, avia mas de veinte años, y la madre, porque non avia otro fijo, y tenia que su marido non era vivo, conortávase con aquel fijo y amávalo como á fijo y por el grande amor que avia á su padre llamávalo marido, y comia siempre con ella y dormia con ella, como cuando avia un año ó dos, y asi pasava su vida como muy buena muger y con muy gran cuita, porque non sabia nuevas de su marido. Y acaeció que el mercader libró toda su mercaderia y tornó muy bien andante. Y el dia que llegó al puerto de aquella villa do

moravá, non dijó nada á ninguno, y fuése desconocidamente para su casa, y escondióse en un lugar encubierto por ver lo que se facia en su casa. Y cuando fué contra la tarde, llegó el fijo de la buena muger, y la buena madre preguntóle: Dí, marido, ¿donde vienes? Y el mercader, que oyó á su muger llamar marido á aquel mancebo, pesóle mucho, ca bien tuvo que era hombre con quien facia maldad, y non que era casada, porque era el hombre tan mancebo, y quisiéralos matar luego. Pero acordándose del seso, que le costara una dobla, non se arrebató. Y desque llegó la tarde, asentóse á comer, é desque el mercader los vió asi estar, fué ya mucho mas movido para los matar, pero por el seso que comprara non se arrebató. Mas cuando vino la noche y los vió echar en la cama, fízosele muy grave de sofrir, y enderezó á ellos para los matar, é yéndose muy sañudo acordóse del seso, que comprara, y estuvo quedo: é ante que matase la lumbre, comenzó la madre á decir al fijo llorando muy fuertemente: ¡Ay, marido y fijo! dijéronme que aora llegaria una nave, que dicen que viene de aquella tierra do fué vuestro padre, y por amor de Dios id allá cras de mañana, y por ventura querria Dios que sabriamos algunas nuevas dél. É cuando el mercader aquello oyó y se acordó como dejara en cinta á su muger, entendió que aquel era su fijo, y asi ovo gran placer. Otrosi agradeció mucho á Dios que los non mató como lo quisiera facer, donde fincara muy mal andante por tal ocasion, y tovo por bien empleada

la dobla que dió por aquel seso de que se guardó, que se non arrebató por saña.

É vos, señor conde Lucanor, comoquier que cuidades que es mengua sofrir esto que decides, esto seria verdad de que fuesedes cierto de la cosa. Mas fasta que ende seades cierto, consejovos yo que por saña nin por rebato que vos non arrebatades á facer ninguna cosa, ca pues esto no es cosa que se pierde por tiempo en vos sofrir fasta que sepades la verdad, non perdedes nada, y del rebatamiento podervos iades mucho aína arrepentir. Y el conde tuvo este por buen consejo, y fizolo así, y fallóse ende bien. Y entendiendo don Juan, que este ejemplo era muy bueno, fizolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Si con rebato gran cosa ficieres,
Ten que es derecho si te arrepintieres.

CAPÍTULO XLVII.

De lo que conteció á un ome con un pardal y una golondrina.

Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta guisa: Patronio, en ninguna guisa non puedo escusar de aver contienda con uno de dos vecinos que yo he, y contece asi

que es el uno mas mi vecino aora, y ruégovos que me consejedes que faga en esto. Señor conde, dijo Patronio, porque sepades para esto lo que vos mas cumple, seria bien que supiesedes lo que conteció á un ome con un pardal y una golondrina. É el conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, un ome era flaco, y tomava grande enojo con el ruido de las voces de las aves, y rogó á un su amigo que le diese algun consejo, porque non podia dormir por el ruido que le facian los pardales y las golondrinas. Y aquel su amigo díjole, que todas non le podia desembargar, mas que él sabia un escanto con que le desembargaria de lo uno dellos, ó del pardar ó de la golondrina. Y aquel que estava flaco respondióle, que comoquier que la golondrina da muchas veces y mayores, pero porque la golondrina va y viene, y el pardal mora siempre en casa, que ante se queria parar al roido de la golondrina, que iba y venia, que non al roido del pardal que está siempre en casa.

Y vos, señor conde Lucanor, comoquier que aquel que mora mas lejos es mas poderoso, consé-jovos que ayades ante contienda con él que no con él que vos está mas cerca, aunque no sea tan poderoso. Y el conde tovo este por buen consejo, y fízolo asi, y fallóse ende bien. Y porque don Juan se pagó deste ejemplo, fizolo escrevir en este libro, y fizo estos versos que dicen asi:

Si en toda guisa contienda ovieres de aver,
Tómala de mas lejos, aunque aya mas poder.

CAPÍTULO XLVIII.

De lo que conteció al diablo con una muger pelegrina.

Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta manera: Patronio, yo y otras gentes muchas estavamos fablando, y preguntamos que cual era la manera, que un ome malo podria aver para facer á todas las otras gentes cosa porque mas mal les viniese. Y los unos decian, que por ser el ome reboltoso, y los otros decian, que por ser muy mal fecho, y otros decian, que la cosa porque el ome malo podria facer mas mal á todas las gentes, que era por ser de mala lengua y asacador. Y por el buen entendimiento, que vos avedes, ruégovos que me digades, de cual mal destos podria venir mas mal á las gentes. Señor conde, dijo Patronio, para que vos sepades esto, mucho querria que supiesedes lo que aconteció al diablo con una muger destas pelegrinas. El conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, en una villa avia un muy buen mancebo, y era casado con una muger, y facian buena vida en uno, asi que nunca entre ellos avia ninguna desavenencia, y porque el diablo se despaga siempre de las buenas cosas, huvo desto muy grande pesar, pero anduvo muy

gran tiempo por meter mal entre ellos, y nunca lo pudo facer nin guisar. Y un dia viniendo el diablo de aquel lugar, do facian vida aquel hombre y aquella muger, muy triste porque non podia hi poner ningun mal, topó con una mala pelegrina, y desque se conocieron, preguntóle porque venia triste, y él díjole que venia de aquella villa, do facian vida aquel ome y aquella muger, y que avia muy gran tiempo que él andava por poner mal entre ellos, é que nunca pudiera: y que desque lo supiera su mayoral, que dijera, que pues tan gran tiempo andava en aquello, y non lo facia, que supiese que era perdido con él, y por esta razon venia triste. Y ella dijo que se maravillava, pues tanto sabia, como no lo podia facer, mas que si ficiese lo que ella queria, que ella le pornia recaudo en esto, y el diablo le dijo, que faria todo lo que ella quisiese, en tal guisa, que pudiese poner mal entre aquel hombre y aquella muger, y aquel diablo y aquella pelegrina fueron á esto avenidos. Y fuése la pelegrina á aquel lugar, do vivian aquel ome y aquella muger, y tanto fizo de dia en dia, fasta que se fizo conocer con aquella muger de aquel mancebo, y fízola entender que era criada de su madre, y por este deudo que avia con ella, que era tenuda de la servir, y que la serviria cuanto pudiese. Y la buena muger fiando en esto, tóvola en su casa, y fiava della toda su facienda, y eso mismo facia su marido: y desque ella huvo morado muy gran tiempo en su casa, y era privada de entrambos, vino un dia muy triste, y dijole á la muger,

que fiava en ella: Fija, mucho me pesa desto que aora oí, que vuestro marido se pagava mas de otra muger, que non de vos, y ruégovos que le fagades mucha honra y mucho placer, porque él non se pague mas de otra muger que de vos, ca desto vos podria venir mas mal que de otra cosa ninguna. Cuando la buena muger esto oyó, comoquier que non lo creia, tomó desto muy gran pesar, y entristeció muy fieramente. Y desque la mala pelegrina la vió estar triste, fuése para el lugar, por do su marido avia de venir, y desque encontró con él, dijo que le pesava mucho de lo que facia, en tener tan buena muger como tenia y amar mas á otra, que no á ella, y que esto que ella lo sabia ya, y tomara gran pesar, y que le dijera, que pues él esto facia, faciéndole ella tanto servicio, que cataria ella á otro que la amase tanto como él, ó mas, y que por Dios que guardase, que esto no lo supiese su muger, sino que seria muerta. Cuando el marido esto oyó, comoquier que lo non creyó, tomó ende muy gran pesar, y fincó ende muy triste, y desque la muy falsa pelegrina lo dejó asi, fuése adelante á su muger, y díjole, amostrándole muy gran pesar: Fija, no sé que desaventura es esta, que vuestro marido es muy despagado de vos: y porque entendades que es verdad esto que vos digo yo, aora veredes como viene triste y muy sañudo, lo que non solia facer. Y dejándole con este cuidado fuése para su marido, y díjole otro tanto. Y desque el marido llegó para su casa, y falló su muger triste, y de los placeres que solian

en uno aver, que non avian ninguno, estava toda-via con muy gran cuidado, y desque el marido fué á otra parte, díjole la falsa pelegrina á la buena muger, que si ella quisiese que buscaria algun ome múy sabidor, que le ficiese alguna cosa con que su marido perdiese aquel mal talante, que avia contra ella: y la muger queriendo aver buena vida con su marido, díjole que le placia, y que ge lo agradecia mucho: y á cabo de algunos dias tornó á ella, y díjole que avia fallado un ome muy sabidor, y que le dijera, que si huviera unos pocos de cabellos de la barba de su marido, de los que están en la garganta, que faria con ellos una maestria, porque perdiese el marido toda la saña que avia della, y que vivirian en buena vida como solian, y por aventura mejor, y que á la hora que viniese, que guisase que se echase á dormir en su regazo, y dióle una navaja con que cortase los cabellos: y la buena muger por el grande amor que avia á su marido, pesándole mucho de la estrañeza que entre ellos avia caido, y codiciando mas que cosa del mundo tornar á la buena vida que en uno solian aver, díjole que le placia de lo facer asi, y tomó la navaja que la mala pelegrina traia para lo facer. Y la mala pelegrina tornó al marido y díjole, que avia muy gran duelo de la su muerte, y que porende que no se lo podia encobrir, y que supiese que su muger lo queria matar y irse con su amigo, y que porque entendiese que le decia verdad, que su muger é aquel su amigo avian acordado, que le matasen en esta manera. Que luego que viniese

guisase, que se adurmiese en su regazo della, y de que fuese adormido, que le degollase con una navaja que tenia para le degollar. Y cuando el marido esto oyó, fué muy espantado con mal cuidado de las falsas palabras que la mala pelegrina le avia dicho: y por esto que aora dijo, fué muy cuitado, y puso en su corazon de se guardar y de lo provar, y fuése para su casa, y luego que su muger le vió, recibióle mejor que los otros dias de ante, y díjole que siempre andava trabajando, y que non queria holgar, nin descansar, mas que se echase alli cerca della, é que pusiese la cabeza en su regazo, y que ella lo espulgaria. Y cuando el marido esto oyó, tuvo que era cierto lo que le dijera la falsa pelegrina: y por provar lo que su muger haria, echóse en su regazo á dormir, y comenzó á dar á entender que dormia. Y desque su muger tovo que era dormido bien, sacó la navaja para le cortar los cabellos segun que la falsa pelegrina le avia dicho. Y cuando el marido le vió la navaja en la mano cerca de la su garganta, teniendo que era verdad lo que la falsa pelegrina le dijera, sacóle luego la navaja de las manos y degollóla con ella. Y al ruido que se fizo cuando la degollava; recudieron el padre y los hermanos de la muger, y cuando vieron que la muger era degollada, y que nunca fasta aquel dia oyeron á su marido, nin otro ome ninguno cosa mala en ella, por el gran pesar que ovieron ende, fueron todos al marido y matáronlo. Y á este ruido recudieron

los parientes del marido, y mataron aquellos que mataron á su pariente; y en tal guisa se bolvió el pleito, que se mataron aquel dia la mayor parte de cuantos eran en la villa. Y todo este mal vino por las falsas palabras que supo decir aquella falsa pelegrina. Pero porque nunca Dios quiere que el ome que el mal fecho face finque sin pena, que aunque el mal fecho sea encubierto, guisó que fuese sabido, que todo aquel mal viniera por aquella falsa pelegrina, y ficieron della muchas malas justicias, y diéronle muy mala muerte y muy cruel.

É vos, señor conde Lucanor, si quisieredes saber cual es el peor ome del mundo, y de que mas mal puede venir á las gentes, sabed, que es él que se muestra á las gentes por buen cristiano y ome bueno y leal, y la su intencion es falsa, y anda asacando falsedades y mentiras por meter mal entre las gentes. Y conséjovos yo, que siempre vos guardedes de los omes que vierdes que se facen gatos religiosos, que los mas dellos siempre andan con mal y con engaño, y porque vos podades consejar, tomad el consejo del evangelio, que dice: *A fructibus eorum cognoscetis eos*, que por las sus obras los conocereis. Ca sed cierto, que non ha hombre en el mundo, que muy luengamente pueda encobrir las obras que tiene en la voluntad, bien las puede encobrir algun tiempo, mas no luengamente. Y el conde tuvo que era verdad esto que Patronio le dijo, y puso en su corazon de lo facer asi, y rogó á Dios que guardase á él y á todos sus amigos de tal ome. Y entendiendo don Juan

que este ejemplo era muy bueno, fizolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Para miente á las obras, non á la semejanza,
Si quies ser guardado de aver mal andanza.

CAPÍTULO XLIX.

Del consejo, que dió Patronio al conde Lucanor, cuando le dijo un ome, que él faria saber las cosas que eran por venir, y otrosi catar agüeros. Y el ejemplo fué de lo que conteció al ome bueno, que fué fecho rico é despues pobre con el diablo.

Un dia fablava el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta guisa: Patronio, un ome me dijo que sabia muchas maneras, tambien de agüeros como de otras cosas, en como podré saber las cosas que son por venir, y como podré facer muchas arterias, con que podré mucho aprovechar mi facienda. Pero en aquellas cosas tengo, que non se pueden escusar de non aver pecado: y por la fiucia, que de vos he, ruégovos, que me consejedes lo que faga en esto. Señor conde, dijo Patronio, para que vos fagades en esto lo que vos cumple mas, placermeia que sopiesedes lo que conteció á un ome con el diablo. Y el conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, un ome fué muy rico, y llegó á tan gran pobreza, que non avia cosa de que se mantener: y porque no ha en el mundo tan grande desventura como ser ome mal andante él que suele ser bien andante: porende aquel ome que fuera muy bien andante, y era llegado á tan gran mengua, sintióse dello mucho, y un dia iba solo por un monte muy triste cuidando muy fieramente, é yendo asi tan cuitado encontróse con el diablo, y como el diablo sabe mucho, sabia el cuidado con que venia aquel ome y preguntól, que porque venia tan triste, y el ome le dijo, que para que se lo diria, ca él no le podria dar consejo á la tristeza que él avia. Y el diablo díjole, que si él quisiese facer lo que él le diria, que él le daria cobro para el cuidado que avia: y porque entendiese que lo podia facer, que le diria en lo que venia cuidando y la razon porque estava tan triste. Entónces le contó toda su facienda y la razon de su tristeza, como aquel que la sabia muy bien, y díjol, que si quisiese facer lo que le él diria, que lo sacaria de toda laceria, y lo faria mas rico que nunca fuera él, nin ome de su linage, ca él era el diablo, y avia poder para lo facer. Cuando el ome oyó decir que era el diablo, tuvo ende muy gran recelo: pero por la gran cuita, en que estava, dijo al diablo, que si él le diese manera como pudiese ser rico, que faria cuanto él quisiese: y bien creo, que el diablo siempre cata tiempo para engañar los omes, cuando vee que están en alguna queja ó de mengua ó de dinero ó de miedo ó de

querer cumplir su talante, entonce libra él con ellos todo lo que quiere. Asi cató manera para engañar aquel ome en el tiempo que estava en aquella cuita: entónces ficieron sus posturas en uno, el ome fué su vasallo. Y desque las avenencias fueron fechas, dijo el diablo al ome, que de alli adelante fuese á furtar, y nunca fallaria puerta, ni casa por bien cerrada que fuese, que él no ge la abriese luego: y si por ventura en alguna priesa se viese ó fuese preso, que luego que le llamase, é dijese: '¡Acorredme, don Martin!' que luego seria con él, y lo libraria de aquel peligro en que estuviese. Las posturas fechas entre ellos, partiéronse, y el ome enderezó á casa de un mercader de noche escura (que los que mal quieren facer, siempre aborrecen la lumbre), é luego que llegó á la puerta, el diablo abriógela, y deso mismo fizo á las otras, en guisa que luego ovo ende muy grande aver. Otro dia fizo otro hurto muy grande é despues otro, fasta que fué tan rico, que ge non acordava de pobreza que avia pasado. Y el mal andante non se tenia por bien pagado de como era fuera de laceria, comenzó mas á furtar y tanto lo usó, fasta que fué preso, y luego que lo prendieron llamó á don Martin que lo acorriese, é don Martin llegó muy apriesa y libróle de la prision. Y desque el ome vió que don Martin le fuera tan verdadero, comenzó á furtar como de primero, y fizo muchos furtos, en guisa que fue mas rico é fuera de laceria. É usando furtar fué otra vez preso, y llamó á don Martin, mas don Martin non

vino tan aína como él quisiera, y los alcaldes del lugar do ficiera el furto comenzaron á facer pesquisa sobre aquel furto, y estando asi el pleito llegó don Martin, y el ome dijo á don Martin: ¿En qué me mentistes, porque tanto tardavades? É don Martin le dijo, que estava en otras priesas muy grandes, y que por esto tardava, y sacólo luego de la prision. Y el ome se tornó á furtar, é sobre muchos furtos fué preso, y fecha la pesquisa dieron sentencia contra él, y la sentencia dada llegó don Martin, y sacólo. Y tornó á furtar porque via que siempre lo acorria don Martin: y otra vez fué preso, y llamó á don Martin, y non vino, y tardó tanto fasta que fué juzgado á muerte: y siendo juzgado llegó don Martin, y tomó alzada para casa del rey, y libról de prision, y fizolo quito. Y despues tornó á furtar, y fué preso, y llamó á don Martin, y non vino fasta que lo juzgaron que lo enforcasen, é seyendo al pie de la forca llegó don Martin, y el ome dijo á don Martin: Sabed, que esto non era ya juego, que bien vos digo que gran miedo he pasado. Y don Martin le dijo que él le traia quinientos maravedís en una limosnera, y que los diese al alcalde, y que luego seria libre. Y el ome lo fizo, y el alcalde avia mandado ya que lo enforcasen, é non fallavan soga para lo enforcar, y cuando buscavan la soga para lo enforcar, llamó el ome al alcalde, y dióle la limosnera con los dineros. Cuando el alcalde cuidó, que le dava los quinientos maravedís, dijo á las gentes que ahi estavan: Amigos, ¿quien vió nunca

que menguase soga para enforcar? ome non es culpado. Dios non quiere que muera, y por esto nos menguó la soga, mas tengámoslo fasta cras, y veremos mas en este fecho, ca si culpado es, se cumplirá cras la justicia. Y esto facia el alcalde por le librar por los quinientos maravedís que le avia dado. Y aviendo esto asi acordado, apartóse el alcalde, é abrió la limosnera cuidando fallar los quinientos maravedís, é non falló los dineros, mas falló una soga en la limosnera, é luego que esto vió mandóle enforcar, é poniéndolo en la forca, vino don Martin, y el ome le dijo que le acorriese, é don Martin le dijo, que siempre él acorria á sus amigos fasta que los llegava á tal lugar: é asi perdió aquel ome el cuerpo y el alma creyendo al diablo, é fiado en él, ca cierto sed, que nunca en el ome creyó, que non lo llegase á ver mala postrimeria: é si non, parad mientes en todos los agoreros ó adevinos ó que facen ciertos encantamentos é destas cosas cualesquier, y veredes que siempre ovieron malos acabamientos: y si non me creedes, acordadvos de Alvar Nuñez y de Garcilaso, que fueron los omes del mundo que mas fiaron en agüeros y en estas tales cosas, y veredes cual acabamiento ficieron.

É vos, señor conde Lucanor, si bien queredes facer de vuestra facienda para el cuerpo y para el alma, fiad derechamente en Dios, y poned en él toda vuestra esperanza, y vos ayudadvos cuanto pudieredes, y Dios ayudarvosha, é non creades nin fiedes en agoreros nin en otro devaneo, ca cierto

sed, que el pecado del mundo de mas pesar, en que ome mayor tuerto é mayor desconocimiento face á Dios, es catar en agüeros y en estas tales cosas. Y el conde tuvo este por buen consejo, y fizolo asi, y fallóse muy bien dello. Y porque don Juan tovo este por buen ejemplo, fizolo escrevir en este libro, y fizo estos versos, que dicen asi:

Quien non pusier en Dios su esperanza,
Morrá mala muerte, avrá mala andanza.

FIN

DE LAS HISTORIAS Y EJEMPLOS

DEL CONDE LUCANOR.


DO NOT CIRCULATE



